

TERMÓPILAS 480 a.C.



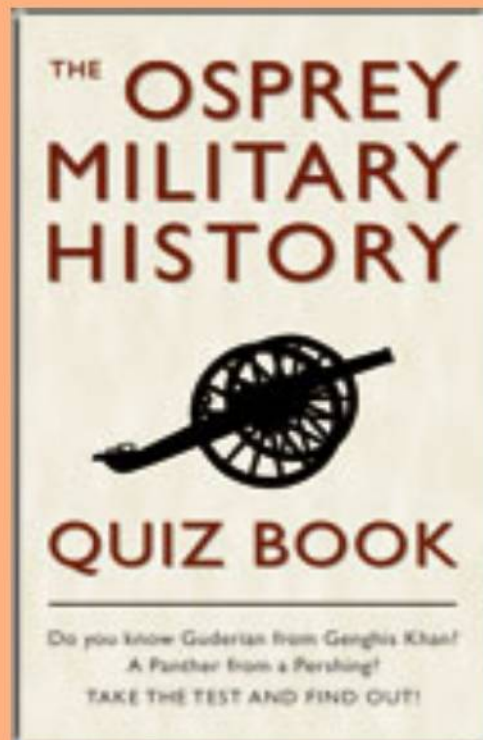
LA RESISTENCIA DE LOS 300

BATALLAS DE LA HISTORIA 29

TERMÓPILAS 480 a.C.

la resistencia de los 300

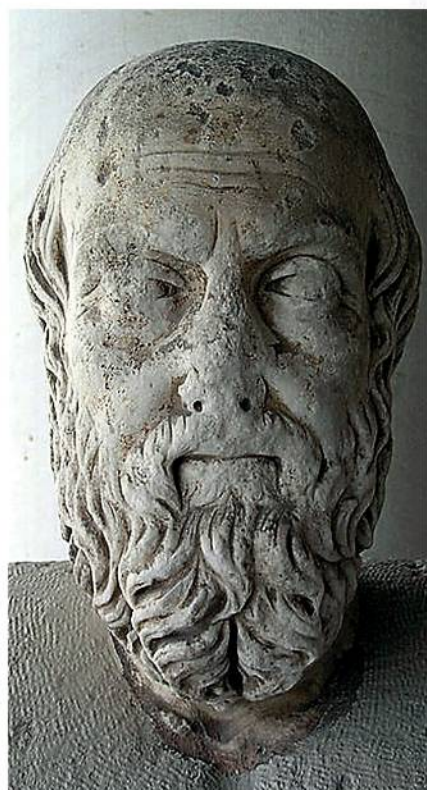
Nic Fields



ÍNDICE

Introducción	02
Orígenes de la campaña	03
Comandantes enfrentados	08
Leónidas, rey de Esparta	08
Los reyes de Esparta	10
Jerjes, gran rey de Persia	11
Ejércitos enfrentados	18
Los griegos	19
Los spartiatai	30
Los persas	34
El ejército regular	37
La infantería persa	42
Los Inmortales	45
La caballería persa	48
Los medos y los persas	51
Planes enfrentados	52
El plan griego	53
El plan persa	57
Inicio de la campaña	59
La batalla naval de Artemisio	63
La batalla de las Termópilas	68
Los días previos a la batalla	68
Primer día	71
Segundo día	78
Tercer día	83
Entre la Historia y la leyenda	91
El día después	100
Batalla de Salamina	101
La batalla de Platea	104
El campo de batalla, hoy	110
Cronología	111

INTRODUCCIÓN



Busto de Herodoto (Atenas, Museo Ágora, I 39/5270). Copia romana del original griego. Herodoto fue el primero que convirtió los acontecimientos del pasado en motivo de investigación y verificación, definición ésta de la palabra *historie*. Su trabajo, una verdadera obra maestra, es la principal fuente del desarrollo de las guerras médicas. (Colección del autor)

Hasta el día de hoy, la batalla de tres días de duración por el control del angosto desfiladero de las Termópilas continúa siendo materia de leyenda, una lucha heroica en la que Leónidas, el rey de los espartanos (y, como él creía, descendiente del mismísimo Heracles –Hércules para los romanos–, el semidiós que había matado a un león con sus propias manos), y 300 hombres especialmente elegidos murieron valerosamente en el intento de retrasar el avance de los persas. Una generación después de este enfrentamiento a vida o muerte surgió entre los griegos la creencia de que los espartanos, obedientes a sus férreas leyes, nunca se retiraron, una creencia que surgió de la misma batalla. Por lo tanto, no es sorprendente descubrir que todas las batallas de entre lo que los griegos llamaban «guerras médicas», las Termópilas ocupan un puesto de honor y orgullo, uno de esos episodios en los que, por citar las palabras de Michel de Montaigne, «las derrotas triunfantes rivalizan con las victorias» (*De los caníbales*, 1580). La muerte en el campo de batalla se concebía como la mayor de las virtudes espartanas y la imagen de los bravos espartanos enfrentándose a las hordas persas en el rocoso desfiladero continúa inspirando a los lectores modernos.

En la Antigüedad, el paso de las Termópilas, situado a unos 150 km al norte de Atenas y el último corredor defendible en Grecia sobre el istmo de Corinto, estaba atrapado entre las montañas, en un lado, y el mar, en el otro. El desfiladero en sí mismo se estrechaba en varios puntos, y fue en la llamada «Puerta Central», donde tiempo atrás los focenses de la zona habían construido un muro defensivo que conducía a la costa, donde los griegos decidieron organizar su resistencia con sus escudos de bronce y sus barreras de lanzas. Lo que entonces sucedió fue un reflejo de la máxima de Arquíloco: «El zorro conoce muchos trucos, el puerco espín sólo uno» (fr. 201 West), pues una fuerza de unos 7.000 hoplitas, con Leónidas en calidad de comandante en jefe, resistió al ejército de Jerjes durante dos días, hasta que un pastor indígena se ofreció a guiar a los persas a la retaguardia griega por un paso de montaña, el sendero de Anopea.

Cuando los persas atacaron, en el tercer y último día, los griegos empezaron a luchar con sus lanzas, y cuando éstas fueron destruidas, empuñaron sus espadas. Cuando éstas se quebraron, atacaron a los persas con uñas y dientes. Cuando Leónidas cayó por fin, los griegos rechazaron al enemigo cuatro veces antes de poder recuperar su cuerpo. Antes de que los griegos plantaran cara por última vez en una pequeña loma, mataron a muchos persas «muy distinguidos» (Herodoto 7, 224, 2), incluyendo dos medio hermanos de Jerjes. Los tebanos posiblemente se rindieron hasta el último hombre, pero las flechas persas aniquilaron al resto. Cuando encontró el cuerpo de Leónidas, Jerjes ordenó decapitar el cadáver y empalar la cabeza seccionada en un poste en el campo de batalla. Las Termópilas significaron un punto de inflexión en esta parte de las guerras entre los persas y los griegos, pues sentó las bases de todo lo que iba a suceder a continuación.

ORÍGENES DE LA CAMPAÑA

El Imperio persa se formó de forma repentina merced a las victorias de *Ciro el Grande* (h. 550-530 a.C.), casi tanto como sería destruido poco más de dos siglos después gracias a las victorias de Alejandro Magno. Como todos los imperios, fue fundado sobre las ruinas de otros, pero a diferencia de los que le precedieron, en lugar de permanecer confinado en los límites territoriales del Próximo Oriente, el Imperio persa se expandió más allá de éstos. Como vasallos de los medos, unas gentes de su propia raza, los persas ocuparon los altos valles que se extendían en los alrededores de la ciudad de Anshan, al este de lo que hoy en día seguimos llamando golfo Pérsico, que entonces se encontraba a muchos kilómetros tierra adentro de su localización actual.

Parsis (Fars), una tierra cerrada al mar, atrapada entre la cordillera de Zagros, las montañas que separan el Irán moderno y la frontera iraquí, era pobre y escabrosa. Robustos montañeros entrenados en el uso del arco y la honda, los persas eran excelentes soldados de infantería, aunque necesitaban un líder capaz de convertirse en algo más que un mero cabecilla y explotar toda su fuerza y vigor. Procedente de su montañoso reino, *Ciro* empezó por vencer a los medos del norte para luego volver la vista hacia el oeste, a los dominios del lidio *Creso* (546 a.C.). Tras hacerse con el trono más rico del mundo, el infatigable *Ciro* regresó al este para capturar Babilonia (539 a.C.) antes de encontrar la muerte en una oscura batalla entre los masagetas de las fronteras nororientales de su imperio (530 a.C.). «Soy *Ciro*, quien dio a los persas un imperio y fue rey de Asia», reza el críptico epitafio escrito en su modesta tumba escalonada. Para los persas de aquel tiempo, era lo bastante explícito.

Su hijo mayor y sucesor, *Cambises*, llevó a cabo los planes de su padre y conquistó Egipto. Con las gentes de su imperio, que vivían de cara al mar, los griegos de Asia Menor y los fenicios, creó una armada con la que remontar el delta del Nilo. Entonces, reunió al veterano ejército de *Ciro*, marchó sobre Gaza y cruzó la franja de desierto que se extiende más allá de ésta. Una durísima batalla en la frontera egipcia, en Pelusio, en la que los griegos de Asia Menor lucharon en ambos bandos, decidió el destino del país (525 a.C.). En el viaje de regreso, en algún lugar de Siria, *Cambises* murió y entró en la historia.

Tras un breve interludio de desórdenes y revueltas, *Darío* (h. 522-486 a.C.) conquistó la mayor parte del actual Pakistán, se hizo con todas las tierras hasta el Indo, y luego cruzó las estrechas aguas del Bósforo y se internó en Europa (513 a.C.). Aunque las tribus transdanubianas frustraron su avance, el ejército, que *Darío* había dejado tras de sí en su regreso a Asia, conquistó Tracia y llegó hasta el Estrimón, y también Macedonia parece haber ofrecido al Gran Rey los símbolos formales de la sumisión, la «tierra y el agua» (512 a.C.). Pese a este revés en las grandes llanuras de Escitia, *Darío* situó un valioso pie en Europa y empujó las fronteras de Persia hasta las mismísimas puertas de la Grecia continental.



Oriente se encuentra con Occidente en este kylix ático de figuras rojas (Edimburgo, Museo Real, 1887, 213). En él aparece un soldado de infantería persa enfrentándose a un hoplita griego fuertemente acorazado. En Oriente era costumbre llevar armaduras forradas de lino o de cuero, que eran más ligeras y confortables que los «hombres de bronce» griegos. (Esther Carré)

Un persa y un ateniense luchan sobre el cuerpo sin vida de un persa, en una losa (Londres, Museo Británico, GR 1816, 6, 10, 158) del templo de Atenea Niké, en Atenas. Realizada alrededor del 425 a.C., se ha sugerido que la escena representa la batalla de Maratón, una victoria elevada a la categoría de mito, cuya importancia emula hazañas tales como la victoria sobre las Amazonas. (Colección del autor)



Como resultado de la conquista de Lidia por Ciro, los griegos entraron en conflicto por primera vez con los medos «portadores de flechas» en la Anatolia del Egeo. Después de una frustrada revuelta en Lidia, en la que participaron algunos de ellos, muchas de sus ciudades fueron tomadas al asalto y al resto se les ordenó doblegarse al poder de los persas. Se tiene constancia de que los espartanos mandaron un embajador a Ciro, a quien advirtieron pomposamente que se mantuviera alejado de sus hermanos griegos de Asia Menor. «¿Quiénes son los espartanos?», fue la fría respuesta de Ciro. Finalmente, los griegos de Asia Menor se sometieron. Más adelante, durante el reinado de Darío, se produjo una rebelión generalizada desde Bizancio, en el norte, hasta Chipre, en el sureste; fue la llamada revuelta jonia (499-494 a.C.). Sorprendentemente, en un principio, los griegos de Asia Menor triunfaron. En parte, esto parece haberse debido a la lentitud de la movilización de los persas. Los rebeldes pidieron ayuda a sus parientes de la Grecia continental, pero sólo Atenas y Eretria respondieron, si bien abandonaron en cuanto la suerte de la guerra cayó del lado persa.

En las remotas tierras de Anatolia, con la ventaja de sus líneas de comunicaciones interiores y sus superiores fuerzas, los persas fueron capaces de luchar en más de un teatro de operaciones al mismo tiempo y de utilizar los valles de los ríos como medio de ataque; las comunicaciones eran mucho más dificultosas para los griegos, que estaban aislados por las montañas que envolvían sus resguardadas comunidades litorales. El alto mando persa también tenía experiencia en la organización de expediciones a gran escala y, por tanto, estaba en poder de los medios y de los conocimientos logísticos necesarios para mantener sus ejércitos en campaña. Además, desde Asiria, los persas aprendieron las artes de la guerra de asedio, por ejemplo, cómo formar montículos junto a las murallas de las ciudades para superarlas en altura. Y así, uno a uno, los estados rebeldes fueron reducidos, a menudo brutalmente, y cinco años después la revuelta estaba sofocada. Los persas completaron la conquista de Tracia, incluidas las colonias griegas que salpicaban la costa del Egeo y sometieron a la mismísima Macedonia. Ya sólo quedaba castigar a Atenas y a Eretria por su intervención o, en opinión de Darío, por su descarada impertinencia.

Si los objetivos inmediatos de Darío eran Atenas y Eretria, sus planes a largo plazo incluían toda Grecia. Tras conquistar estos estados, el rey podría

situar títeres en calidad de tiranos (ya preparados en el caso de Atenas) fieles a los valores persas y mantenidos por las guarniciones del Imperio.

Tras establecer la cabeza de puente, ya sólo era cuestión de aguardar la oportunidad adecuada. Así, en el 491 a.C., el rey mandó una embajada a Grecia exigiendo «tierra y agua» a todos, incluidos los espartanos; de lo contrario, tendrían que atenerse a las consecuencias. Resueltos a resistir, los espartanos ofrecieron una alianza a los atenienses, y ambos ejecutaron a los enviados de Darío, creando un grave conflicto diplomático. Supuestamente, los espartanos arrojaron a los emisarios a un pozo mientras les conminaban a que cogieran de él la tierra y el agua para su rey. A continuación, Darío mandó a la región central del Egeo una incursión punitiva formada por un ejército transportado por mar.

Al año siguiente, una flota de unos 600 barcos que transportaban unos 25.000 soldados, caballería incluida, sometió las Cícladas para luego tomar Caristo y Eretria en Eubea. Ya sólo quedaba un breve trecho a través del estrecho hasta la Grecia continental y el Ática, donde la fuerza expedicionaria había recalado en Maratón. Junto a los comandantes persas que llegaron a tierra, ansioso por convertirse en el tirano de Atenas, se encontraba el anciano, aunque todavía enérgico, Hippias. Mientras tanto, el ejército de ciudadanos de Atenas, en lugar de quedarse inmóvil, marchó a enfrentarse a los persas en el punto de invasión. Tras un escalofriante retraso, los persas posiblemente empezaron a avanzar sobre Atenas, y los atenienses, con sus aliados platenses (unos 10.000 en total), se vieron obligados a luchar. Fue un triunfo de David sobre Goliat. Sin embargo, Maratón no fue el fin de la guerra en Grecia, sino sólo el prólogo de una serie de batallas mayores: Artemisio, Salamina y Platea, y, por supuesto, las Termópilas.

Seguramente, Robert Graves tenía razón cuando imaginó que el alto mando persa pensaba en Maratón —que para los atenienses asumió carácter mítico inmediatamente— como en un simple revés en el gran esquema de las cosas. Aunque de tono ligero, su poema es, sin lugar a dudas, una obra importante. Graves era un maestro a la hora de reflejar el tono de voz exacto de la figura que deseaba satirizar. Aquí, las palabras del portavoz persa son un claro testimonio de que el arte de las maniobras políticas estaba bien vivo varios miles de años atrás. Sin embargo, lo pomposo de su justificación traiciona su propósito:



Schoenias, en la bahía de Maratón, mira hacia el este, hacia Cinosura. Tras 20 años de exilio, Hipias se detuvo en esta playa junto con Datis, creyendo que sería instaurado de nuevo, con la ayuda de los persas, como tirano de Atenas. Herodoto nos cuenta que perdió un diente en la arena. (Colección del autor)

Amantes de la verdad, los persas no conceden importancia a la trivial escaramuza que disputaron cerca de Maratón. En cuanto a la tradición teatral de los griegos, representa la expedición de aquel verano no como una simple declaración de fuerza de tres brigadas a pie y una a caballo (su flanco izquierdo cubierto por obsoletas naves de la flota persa), sino como un intento grandioso e infortunado de conquistar Grecia: lo tratan con desdén; y con desaire rechazan las principales demandas de los griegos, haciendo hincapié en la fama que el monarca persa y la nación persa ganaron con tal demostración: pese a la poderosa defensa y al clima adverso, todas las armas se integraron espléndidamente.

Robert Graves, *La versión persa*

La derrota de la fuerza expedicionaria persa en el 490 a.C. no zanjó el asunto en absoluto. De hecho, los recursos de los persas, inmensamente mayores que los de cualquier Estado griego, permanecían intactos, de modo que Darío empezó a planear la campaña continental.

La muerte de Darío y la subida al trono de Jerjes (486 a.C.), seguida por una revuelta en Egipto (485 a.C.), retrasó los acontecimientos, pero en el 481 a.C. ya se habían puesto en marcha toda clase de preparativos en masa, incluida la construcción de barcos y la preparación de suministros. Del mismo modo, se tendió un puente doble de naves a través del Helesponto para evitar perder tiempo con el traslado del ejército de Jerjes, se colocó otro pontón a través del Estrimón en Nueve Caminos, en Tracia, y se construyó un canal a través del istmo que conectaba la península del monte Atos con la Calcídica para evitar el peligro de las violentas tormentas en las inmediaciones del monte Atos, pues una flota persa había naufragado junto al promontorio en el 492 a.C. Se establecieron depósitos para almacenar alimentos, forraje y equipamiento militar a lo largo de la costa del Egeo en Tracia y Macedonia. Estos preparativos se realizaron abiertamente, como anunciando al mundo griego que el objetivo de los persas era, a todas luces, subyugar Grecia, y que tanto mejor si ésta se sometía sin lucha. El futuro de los helenos parecía sombrío.

Por las inexorables leyes del Imperio, el coloso persa tenía que expandirse o contraerse. La mayor parte de los hombres ama el poder por sí mismo, y en cualquier hombre que tiene en sus manos un poder absoluto debe darse por sentado el deseo de expandir ese poder. Como comentó Henry Kissinger en una ocasión, éste es un afrodisíaco para algunas personas. De este modo, una década después de su revés en Maratón, en el año 480 a.C., los persas regresaron, esta vez por el continente, por Tracia y Macedonia, y conducidos por el Gran Rey en persona. Así pues, considerándolo todo, el famoso oráculo de Delfos, aunque a menudo equivocado y confuso, tuvo mucha razón al recomendar a los atenienses que «volaran hasta el extremo del mundo» (Herodoto 7, 140, 2) antes que tratar de resistir a la apisonadora persa.



Cuando Napoleón
vio la pintura *Léonidas aux
Thermopyles* (Paris, Museo
del Louvre), le preguntó a
Jacques-Louis David por
qué se había molestado
en pintar a los vencidos.
El artista, sin embargo,
consideraba esta pintura
su obra maestra y, al final
de su vida, comentó:
«Supongo que sabéis que
nadie, a excepción de David,
podría haber pintado a
Léonidas». (Esther Carré)

COMANDANTES ENFRENTADOS

Estatua moderna de Leónidas erigida en 1968 a expensas de los griegos estadounidenses de origen espartano. Está basada en el «Leónidas» hallado en la acrópolis espartana, que se alza justo detrás. En el pedestal se hallan inscritas las dos palabras que el rey dio como respuesta a Jerjes cuando éste invitó a los griegos a deponer las armas. (Colección del autor)



Según Jenofonte, cazador experimentado, el arte de la guerra era una extensión de las técnicas de caza de las sociedades guerreras anteriores a los estados. Así pues, el antiguo capitán mercenario ateniense se convirtió en un granjero del Peloponeso y se preguntó si, en un mundo más sofisticado, seguía siendo necesario que el general (*strategos*) se convirtiera en el ejemplo de valor de su ejército o si no era preferible que se alejara del peligro para que, mediante la observación y la sangre fría, pudiera dirigir los esfuerzos de su ejército a fin de obtener un mejor resultado. Después de algunas discusiones, Jenofonte (*Oikonomikos* 21, 4-9) llega a la conclusión de que continúa siendo preferible que el general muestre un valor homérico a causa del ejemplo que tal actitud ejerce sobre sus hombres.

Existe un antiguo proverbio chino que afirma: «Un general valiente o estúpido es una calamidad». En otras palabras, los soldados esperan algo más de un comandante que el simple valor. Por el contrario, Jenofonte, habiendo considerado el tema del liderazgo, decidió que la acción era más importante que el pensamiento. Keegan (1987: 315-338) apunta lo que él considera las cinco categorías básicas del mando: en primer lugar, el acercamiento, es decir, la creación de un vínculo entre el comandante y sus subordinados; en segundo lugar, la orden, es decir, el contacto verbal directo entre el comandante y sus hombres; tercero, la sanción, el sistema de recompensa y castigo; cuarto, el imperativo de la acción, preparación táctica/estratégica e inteligencia; y quinto, el imperativo del ejemplo, la presencia física del comandante en la batalla y el hecho de compartir el riesgo. Esta última categoría, la que debemos considerar siempre al analizar la batalla de las Termópilas, puede dividirse en tres estilos de mando: los comandantes que participan en la batalla siempre, los que lo hacen en ocasiones y los que no lo hacen nunca. En los dos extremos del espectro de la «máscara del mando» tenemos al jefe guerrero de los tiempos anteriores a los estados del que habla Homero, el líder en su sentido más estricto, y el director de batalla que dirige el combate en lugar de participar en él.

LEÓNIDAS, REY DE ESPARTA

Leónidas, rey de Esparta, hijo de Anaxándridas, nació probablemente a principios de la década de 540 a.C. Su madre era la primera esposa de su padre (se desconoce su nombre), pero nació cuando éste ya tenía un hijo legítimo, Cleómenes, nacido de su segunda esposa –aparentemente el rey era bigamo–, cuyo nombre tampoco se conoce. Herodoto escribió que la bigamia de Anaxándridas era una «condición nunca oída en Esparta» (5, 37), pero aquello no impidió que Cleómenes asumiera el trono tras la muerte de su madre. Tras el nacimiento de Cleómenes, la primera esposa de Anaxándridas logró concebir por fin, y de esta unión nació en primer lugar Dorieo

El fértil valle del Eurotas, mirando al noroeste desde el *Menaleion*, el mausoleo de Menelao y Helena. Los orígenes de Esparta se sitúan en un grupo de aldeas emplazadas a orillas del río Eurotas, en el sur del Peloponeso. Creció subyugando o esclavizando a sus vecinos de Laconia y Mesenia, que se convirtieron, así, en ilotas. (Colección del autor)



y luego dos hijos varones más: Leónidas y Cleómbroto. Así pues, Leónidas fue uno de los cuatro hijos de Anaxándridas, el segundo vástago de su primera esposa, y el tercero por orden de nacimiento.

Leónidas subió al trono, así, de forma inesperada, como el rey de los agiadas de Esparta tras la siniestra muerte de su medio hermano Cleómenes, con cuya hija y heredera, Gorgo, se había desposado. La versión oficial era que Cleómenes se había suicidado en un raptó de locura. Aparentemente, se había cortado en pedazos por la parte superior de los pies, un final trágico para alguien que se había convertido en un chiflado alcohólico después de que un emisario escita le enseñara a beber vino puro. Los griegos casi nunca tomaban el vino de este modo, pues, por regla general, lo rebajaban con agua. Algunos autores de la Antigüedad señalan que la proporción vino/agua es de 3:1, 5:3 o, como máximo, 3:2. Así pues, si Cleómenes bebía vino «a la moda escita», si esto es lo que efectivamente sucedió, sin duda no era mejor que el más bárbaro de los bárbaros.

Los espartanos eran abstemios, controlaban a los bebedores de vino y no eran partidarios del culto a Dioniso. El dios de la bebida y del comportamiento desenfrenado era todo lo contrario al masculino control espartano. ¿Cayó Cleómenes por sí mismo o le empujaron otros? Lo más probable es que el reino de Cleómenes fuera acortado por medio de un asesinato organizado y silenciado, que se ejecutó siguiendo las órdenes del hombre que le sucedió en el trono de los agiadas. Es posible que, cuando Leónidas llevó su pequeño ejército a las Termópilas, tuviera algo que expiar en su conciencia.

Así pues, mientras sus obligaciones impedían al resto de los espartanos celebrar su festival anual más importante, las Carneas, en honor de Apolo, Leónidas marchó al norte con un grupo escogido de 300 soldados espartanos, todos ellos «hombres con hijos» (Herodoto 7, 205, 2). Nada sabemos de la trayectoria militar de Leónidas antes de ese momento. Como ya había superado la edad militar (el límite estaba establecido en 60 años), podría haber adquirido experiencia en combate en la década del 520 a.C., pero habría sido sólo en guerras menores, es decir, en las libradas contra los atenienses y los argivos.

Mientras Leónidas preparaba su resistencia, llegó un emisario persa que explicó al rey la inutilidad de intentar resistir el avance del ejército del Gran Rey y exigió que los griegos depusieran sus armas y que se sometieran al poder de Persia. Leónidas, lacónico, respondió así a Jerjes: «Ven y cógelas» (*molon labe*. Plutarco, *Obras morales y de costumbres* 225D). Aunque Leónidas logró repeler los asaltos de los persas durante dos días, no pudo impedir que su flanco sur fuera sorprendido por el sendero de Anopea. Tras hacer partir al grueso principal de sus fuerzas, el rey permaneció con 700 tespios, 400 tebanos y los Trescientos. Los espartanos y los tespios perdieron hasta el último hombre, y el rey de Esparta cayó con el cuerpo ensartado por las lanzas persas mientras encabezaba valientemente un contraataque que fracasó.

Unos 40 años más tarde, lo que se cree que eran los restos del rey fueron llevados a Esparta para ser enterrados de nuevo según los ritos y, más tarde, se construyó en su honor un mausoleo digno de un héroe. En cuanto a los Trescientos, en su epitafio en verso, escrito por el poeta más admirado de la época, Simónides de Ceos (n. h. 556 a.C.), y grabado sobre una piedra en el lugar donde cayeron, es, quizá, la más famosa de todas las inscripciones de este tipo: «Extranjero, dí a los espartanos que aquí yacemos, obedeciendo sus preceptos» (Herodoto 7, 228, 2). Esta lacónica y muy apropiada frase recordó a generaciones de helenos la deuda contraída con los espartanos. El mismo mensaje de orgullo y desafío se cita en un león de piedra erigido en el lugar, pues el rey del reino animal simbolizaba las gestas militares. Este documento también se hace eco del propio nombre de Leónidas, que significa «descendiente de león».

LOS REYES DE ESPARTA

Esparta era un conglomerado de cuatro asentamientos (*obai*), al que se añadió un quinto en fecha más tardía, a cuyos ciudadanos les gustaba proclamar que no necesitaban murallas. El hecho más peculiar sobre el Estado espartano era su monarquía dual (diarquía), un fenómeno que nunca ha sido explicado satisfactoriamente. Herodoto (6, 52, 1) afirma que las dos familias reales, los agiadas y los euripóntidas, compartían un antepasado común y ambos trazaban su linaje hasta los mismísimos hijos del semidiós Heracles, y por ello eran dignificados igualmente. Otra sugerencia es que los dos reyes procedían de una época en la que había dos tribus, cada una de ellas encabezada por un jefe. A la larga, ambas tribus se unieron y sus jefes compartieron el liderazgo. Herodoto (5, 56-60) nos asegura que ambos reyes compartían idénticos poderes, privilegios y obligaciones o eran los comandantes en jefe del ejército durante toda la vida. En otras palabras, la monarquía dual de Esparta era una forma de liderazgo hereditario pero no monárquico, lo que Aristóteles describe como «un tipo de generalato (*strategia*) irresponsable y vitalicio» (*Política* 1285A 4). Del mismo modo, la constitución política espartana tenía una base de tipo tribal, con una asamblea de guerreros (*apella*) y un consejo de ancianos (*gerousia*). Este último estaba formado por los dos reyes y por otros 28 miembros, que eran elegidos a

Pithos del siglo VI (Esparta, Museo de Arqueología), con un guerrero espartano. El casco corintio, en especial cuando estaba bruñido, era una visión terrorífica para el enemigo. Para acrecentar el efecto, los espartanos dejaban asomar los cabellos bajo el casco. Antaño moda universal, el pelo largo era, en aquella época, exclusivo de Esparta. (Colección del autor)



perpetuidad de entre los espartanos de 60 años de edad o mayores. Poco se sabe sobre cuáles eran las atribuciones del consejo, si bien Herodoto (5, 40) infiere que podía desempeñar las funciones de un tribunal para escuchar los casos más importantes. La *apella*, por otro lado, estaba formada por los guerreros espartanos que hubieran alcanzado los 30 años de edad. Sus funciones incluían la elección de miembros para la *gerousia* y de otro cuerpo político formado por los éforos («los que supervisan»). La *apella* también tenía la última palabra en materia de leyes y política. El modo de votación habitual era por aclamación, lo que incluso Aristóteles considera un espectáculo de juegos infantiles, aunque Tucídides (1, 87, 2) indica que éste no siempre era el caso.

Los éforos, cinco en total, eran elegidos libremente una vez al año y se encargaban de la mayor parte de las cuestiones diarias del Estado. Presidían las reuniones de la *apella*, recibían a los embajadores extranjeros y transmitían órdenes a los comandantes en el campo. Sin embargo, su origen es oscuro. Jenofonte (*La República de los lacedemonios* 15, 7) recoge que, todos los meses, los éforos y los reyes intercambiaban juramentos, cada uno para sostener la posición del otro, lo que sugiere que, en un remoto pasado tribal, los éforos funcionaban como figuras de tipo chamánico. Tucídides (1, 131, 2) afirma que los éforos tenían el poder para encarcelar a los reyes, aunque no para juzgar ni condenar, y Herodoto (5, 39-40) demuestra hasta qué punto éstos podían persuadir a los reyes. Teniéndolo todo en consideración, parece ser que los reyes se doblegaban a la voluntad de los éforos y la *gerousia*. Quizá cuando surgían quejas sobre los reyes, los éforos desempeñaban las funciones de fiscales y los ancianos, de jueces.

JERJES, GRAN REY DE PERSIA

Hijo de Darío y Atosa, hija de Ciro, Jerjes (h. 486-465 a.C.) fue designado heredero por su padre, parece ser que por delante de su medio hermano mayor Artabazanes. Jerjes fue el primer hijo varón de Darío tras su ascensión al trono (Herodoto 7, 2, 2). Jerjes es la transliteración griega del persa antiguo *Xshayarsha*, el nombre del trono del rey, que se compone de las palabras *xshaya* (rey; cf. persa moderno *shah*) y *arshan* (hombre, masculino), lo que significa «el rey que es un verdadero hombre», «héroe entre reyes». A sus 32 años de edad, al alto y apuesto Jerjes le sentaba muy bien el papel. Jerjes siguió los pasos de Ciro, su abuelo materno y fundador de la dinastía de los aqueménidas, así llamada por Aquémenes, el fundador semimítico del clan de Ciro. Todos los reyes desde Ciro habían encabezado una invasión y todos ellos habían conquistado nuevos territorios.

Jerjes es el bíblico rey Asuero, «que gobernó 127 provincias desde la India hasta Cush» (Ester 1, 1), sin duda el mayor imperio de la historia hasta aquel momento. Jerjes también heredó de su padre los planes para una expedición contra Grecia y, puesto que su entronización no se debió al derecho de primogenitura sino a la elección, se enfrentó a la formidable tarea de confirmarse a sí mismo como sucesor válido de Darío. Tomó el poder después de librar una sangrienta batalla contra un individuo que afirmó ser el *magus* Gaumata, pero que probablemente era Bardiya («Esmerdis» en Herodoto 3, 61), hermano de Cambises; Darío, que procedía de una rama colateral de los aqueménidas, reorganizó y consolidó el imperio –tal como se recoge en la inscripción de Behistún– y estableció un despotismo benéfico sobre sus provincias.

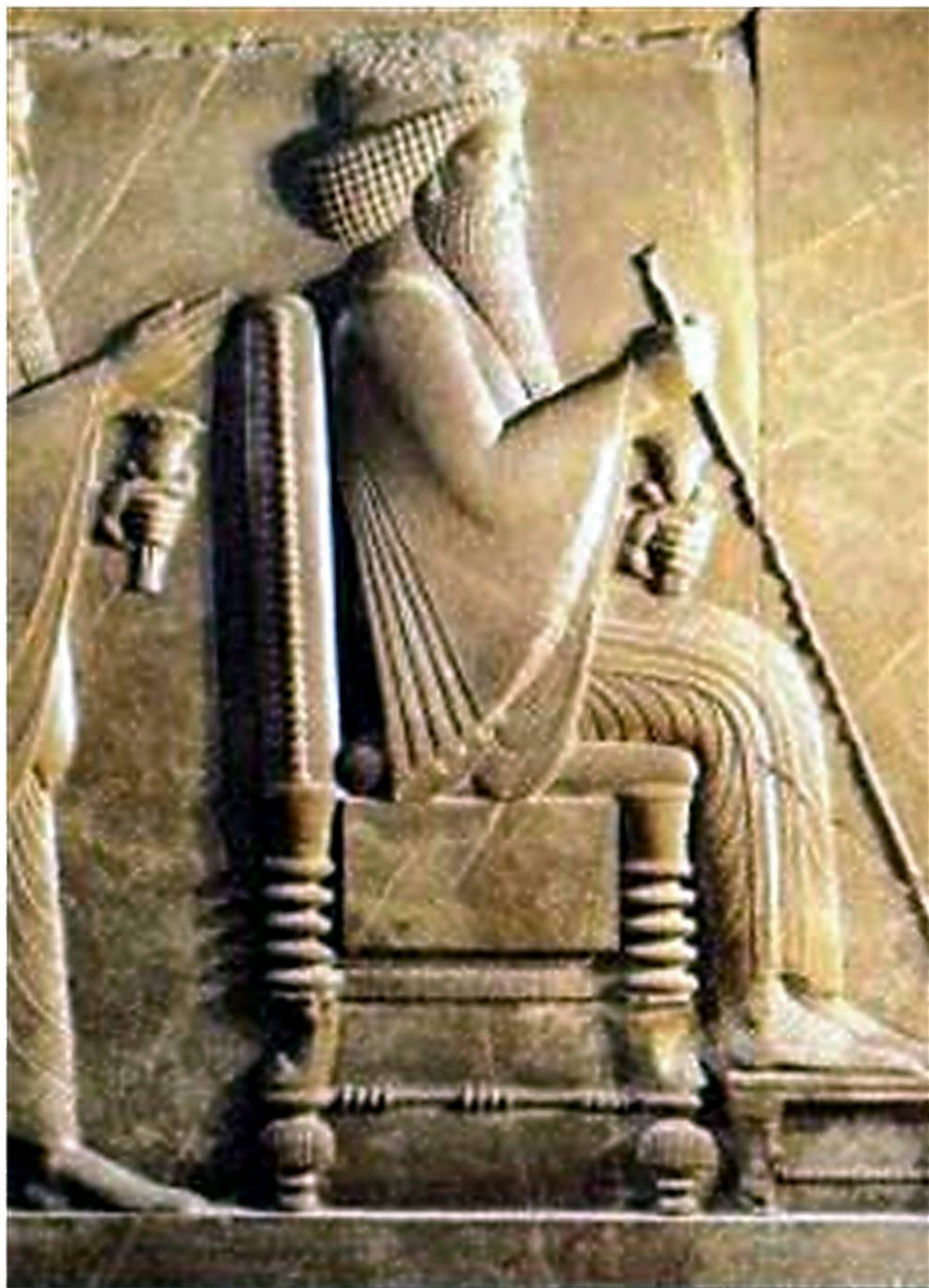


Imagen en un bajorrelieve del rey Jerjes

Por supuesto, había pocas cosas que pudieran granjearle el respeto de los suyos al nuevo «Rey de reyes» que vengar a su real padre ante los griegos. Pero aquello tendría que esperar. En los inicios de su reinado, Jerjes tuvo que enfrentarse a una revuelta en Egipto (486 a.C.) y, posiblemente, a otra en Babilonia (485 a.C.). Aunque luchó con éxito en África y Asia, Jerjes es famoso por su fracaso en la conquista de Grecia y la pérdida de Macedonia, Tracia y la Anatolia del Egeo (480-476 a.C.), además de por la aplastante derrota en el río Eurimedonte, en la Anatolia meridional (466 a.C.). Incluso así, se merece una consideración más compasiva. Su expedición contra los griegos, cuyo objetivo era vengarse por la derrota en Maratón, también reflejaba un imperativo expansionista: se preparó de forma elaborada (se mejoraron las carreteras, se construyó un canal tras el monte Atos, se tendió un puente sobre el Helesponto y se abrieron depósitos de alimentos) y a gran escala. Naturalmente, los griegos pensaban que los elaborados preparativos de Jerjes no eran más que *hubris*—arrogancia ante los dioses—, que ellos asociaban con todos los déspotas y monarcas orientales. No hay nada que contradiga la idea de que Jerjes y su alto mando fueran magníficos organizadores a una escala nunca soñada en aquel período de la historia de la humanidad.

El cuadro que presenta Herodoto de un enorme ejército que incorporaba todos los grupos étnicos del Imperio es un tanto absurdo, pero no sobrevive ningún documento de la zona del Próximo Oriente que pueda arrojar luz sobre el reclutamiento, entrenamiento y equipamiento de la infantería o la caballería persa, y las teorías modernas discrepan en este sentido. Sin duda era demasiado grande y engorroso, y, seguramente, precisaba una logística poco adecuada a la topografía griega. También existe la sospecha de que los persas confiaron demasiado en la presunta fragilidad de la unidad griega. Aunque Jerjes no era el déspota «híbrida» oriental que los autores griegos describieron, su naturaleza era lo bastante arrogante como para desear librar una gran batalla final que redondeara la campaña. Pero ésta no iba a producirse. La torpe campaña en la «divina Salamina» (Herodoto 7, 141, 4), donde la flota persa luchó en los términos de los griegos; mientras Platea volvió a mostrar la superioridad de los hoplitas helenos sobre la infantería persa cuando el terreno neutralizó la superioridad numérica y la movilidad del enemigo.

En este escenario, entre los persas, que veían el buen gobierno de un rey expresado en sus construcciones, Jerjes fue recordado como un gran hombre. Las construcciones más importantes sobre las terrazas de Persépolis, la espiritual y ceremoniosa capital, se completaron durante el reinado de Jerjes, incluyendo la Sala de Audiencias (*apadana*), con sus impresionantes relieves en piedra caliza, que ilustraban la estructura y el alcance del Imperio: rey, corte y cientos de miles de súbditos con distintas características etnográficas. La reputación de Jerjes como un hombre débil y mujeriego se debe a ciertos pasajes de evidente estilo novelístico de Herodoto (7, 2-3, 9, 108-113), que sentía poca simpatía por Jerjes, el guerrero que aplastó las revueltas en Egipto y Babilonia, así como a la lectura de ciertas inscripciones reales como mensajes personales del Gran Rey más que en fórmulas reales. Visto desde el corazón del territorio, su reinado forma un período de consolidación, no de incipiente descomposición ni de decadencia endogámica.

Todos los escritores griegos estaban fascinados por las riquezas y el poder de los gobernantes persas, de modo que a menudo contaban, con gran regocijo, toda clase de historias sobre las intrigas de la corte y la decadencia moral



Un darico (Londres, Museo Británico), que muestra a Jerjes esgrimiendo un arco y una lanza. Armado y peligroso, esta era la imagen del Gran Rey que habrían de ver los millones de personas que nunca verían de otro modo cuál era su aspecto. Introducida por Darío por primera vez, esta moneda de oro puro se convirtió rápidamente en el «dólar» de su tiempo. (Colección del autor)

que surge de la comodidad excesiva del lujo ilimitado. En estas anécdotas, el Gran Rey aparece como una figura esencialmente débil, presa de las maquinaciones de mujeres poderosas y siniestros eunucos. Ésta es una inversión de las normas sociales y políticas de los griegos con las que nosotros, como occidentales, nos identificamos normalmente y continuamos haciéndolo en el día de hoy: la oposición binaria de un «nosotros» y un «ellos» tan aparente durante los recientes conflictos de Afganistán e Irak. La imagen de un monarca persa cobarde y afeminado ha ejercido una enorme influencia a través de los siglos, convirtiendo el Imperio persa en un poderoso «otro» en el orientalismo occidental, en contraste con el valor y la masculinidad «occidentales». Debemos recordar este dato al estudiar el Imperio persa: la visión de su sistema político está llena de fisuras.

El Gran Rey era un guerrero elegido por otros guerreros persas, del clan de los aqueménidas y, en teoría, la sucesión pasaba de padre a hijo. Sin embargo, había un factor que lo complicaba: los numerosos hijos potencialmente disponibles, gracias al subtema de harén creado por Jerjes. Ésta era una vasta organización supervisada por los eunucos de la corte, que incluía esposas persas y no persas. La Ester bíblica era una de ellas. Por la mañana, una joven acudía a Jerjes para, «a la mañana siguiente, regresar a otra parte del harén al cuidado de Shaashgaz, el eunuco del rey, que estaba a cargo de las concubinas. No acudiría de nuevo a brazos del rey a menos que éste estuviera complacido con ella y la llamara por su nombre» (Ester 2, 14).

La intriga seguida del magnicidio se convierte en un mal endémico. Jerjes, junto a su hijo mayor, serían asesinados durante un golpe de estado palaciego en el 465 a.C. (Ctesias *FGrHist* 688 F13, Aristóteles, *Política* 1311b 37-40). Sin embargo, pese al fracaso de su invasión, Persia no dejó de desempeñar un importante papel en los asuntos griegos. Durante el siglo y medio siguiente, la mayor parte de los estados helenos de Asia Menor permanecieron bajo el firme control de los persas, mientras que la diplomacia y el oro de Persia conformaban el curso de muchos conflictos políticos y militares en Grecia.

La inscripción de Behistún

Este excepcional documento es un extenso texto sobre la historia de Persia y es la única inscripción de la realeza que recoge hechos, fechas y lugares. Está grabada en una suave sección rectangular del anverso de un acantilado en el monte Behistún, a unos 66 m de altura, situado en la antigua ruta de caravanas y camino estratégico entre la moderna Hamadán (Irán) y Bagdad (Irak). Behistún, o Bisitún, deriva de una palabra del persa antiguo *Bagastana*, que significa «el lugar donde moran los dioses», pues para los persas —y antes que ellos para los elamitas—, las montañas y los ríos eran sagrados. La inscripción es ilegible desde el suelo. En aquellos días, esta carretera conectaba las capitales de Babilonia y Media, Babilonia y Ecbatana (Hamadán).

El más famoso de los grandes reyes es Darío, y al igual que muchos hombres famosos, no era demasiado modesto. En esta inscripción, Darío conmemora sus victorias militares. Nos cuenta cómo el dios Ahura Mazda (en persa antiguo *Auramazdaha*) le eligió para expulsar del trono a un usurpador llamado Gaumata y salvar a Persia, cómo tuvo que sofocar varias revueltas y cómo venció a algunos enemigos extranjeros. El monumento tiene cuatro partes. En primer lugar, en un gran papel aparece un Darío de tamaño real, cubierto con una túnica y llevando un arco, acompañado del portador de su arco, Intrafrenes, y del portador de su lanza, Gobrias, que puede identificarse como el padre de Mardonio. Darío contempla desde lo alto a nueve

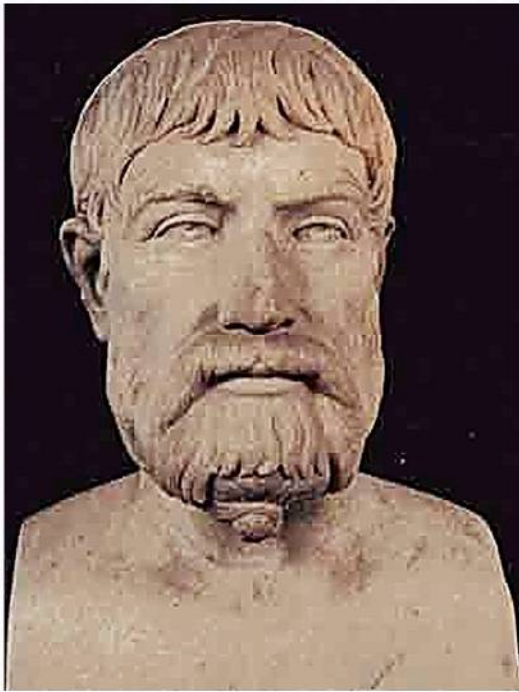
representantes de pueblos conquistados, cuyos cuellos están sujetos por una larga cuerda y sus manos atadas a la espalda. Bajo los pies de Darío se encuentra otra figura, muy dañada: Gaumata. Sobre estas 13 personas se halla una representación del dios supremo y deidad principal del zoroastrismo, Ahura Mazda. Debajo hay un panel con un texto cuneiforme en persa antiguo, una «escritura real» inventada por Darío para transcribir su propio idioma, que cuenta la historia de las conquistas del rey. Este texto tiene unas 515 líneas. Otro panel cuenta más o menos la misma historia en acadio, el idioma antiguamente hablado en Babilonia y que todavía se usaba en ocasiones oficiales y para propósitos científicos. Hay aún otro panel con el mismo texto escrito en elamita, la lengua de la administración del Imperio aqueménida. Esta traducción del texto persa consta de 650 líneas.

Tras destronar a Gaumata (522 a.C.), Darío se dispuso a sofocar algunas rebeliones por todo el Imperio, que fueron aplastadas en 19 batallas por un cuerpo de tropas leales: el endurecido ejército que Cambises condujo a Egipto. Los rebeldes fueron vencidos y sus capitanes, como era habitual, mutilados y empalados. Esto también aparece sobre el texto, donde vemos al dios y al rey, al usurpador muerto y a siete hombres que representan a siete pueblos rebeldes. Mientras los artistas daban forma a este monumento, Darío venció a varios enemigos extranjeros (520-519 a.C.); estas victorias fueron celebradas mediante un cambio en el diseño inicial, añadiendo dos nuevas figuras que incluían la del rey escita (*saca*) Skunkha, que aparece con una barba larga y un sombrero puntiagudo. Cuando se finalizaron los grabados, se eliminó la cornisa que se hallaba bajo la inscripción para que nadie pudiera sabotear las inscripciones. Fuente primordial de la historia de la Persia aqueménida, la inscripción de Behistún también es una hábil maniobra de propaganda política que sirvió para legitimizar el reino de Darío.



Ahura Mazda, de Mazdeïsche god van licht werd op deze manier afgebeeld in het paleis van Darius, zesde of vijfde eeuw v.Chr. Louvre.

EJÉRCITOS ENFRENTADOS



Leónidas, rey de Esparta

Cuando Aristágoras, el tirano de Mileto patrocinado por los persas, llamó a la puerta de Cleómenes, rey de Esparta, llevaba consigo un mapa del mundo, tal como él lo conocía, grabado en bronce. Armado de este modo, pronunció un elocuente discurso que pintaba un vívido cuadro sobre las enormes riquezas materiales del Gran Rey y la falta de valor que mostraban sus súbditos. Por supuesto, el astuto Aristágoras tenía buenas razones políticas para ello: quería que Cleómenes apoyara una revuelta de los griegos de Asia Menor de su señor, Darío. Pero Cleómenes rehusó mandar tropas espartanas a una campaña contra el Imperio persa que les supondría una marcha de tres meses tierra adentro, lejos de su familiar mar Egeo, y ordenó expulsar de Esparta al tirano de Mileto antes de la puesta del sol. Aristágoras se encaminó entonces a Atenas, donde tuvo más suerte. Pese a lo vehemente de sus dos discursos, Aristágoras mencionó dos hechos importantes acerca del equipamiento militar de los persas cuando habló de él en términos de «arcos, lanzas cortas, pantalones y turbantes», e hizo hincapié en que carecían tanto de «escudos hoplitas» como de «lanzas hoplitas» (Herodoto 5, 49, 3; 97, 1).

Pese a ello, casi todo el mundo consideraba que los persas eran invencibles en el campo de batalla y, según Herodoto, los griegos nunca habían logrado detenerlos. Durante la revuelta de Jonia, que se sepa, los persas lucharon en cinco batallas terrestres, y resultaron vencedores en cuatro de ellas. Por desgracia, Herodoto no proporciona excesivos detalles. De tres de ellas (Éfeso, Columnas Blancas, Labraunda), el historiador no aporta información táctica alguna; una de ellas, en la que los persas «fueron cortados en pedazos» (Herodoto 5, 118), fue una emboscada nocturna en una vía cerca de la ciudad de Pedaso, en Caria, y la batalla final fue el enfrentamiento en Melene, cerca de Atarneo, en la Grecia continental, al este de Lesbos. Resulta sorprendente lo poco que cuenta Herodoto sobre esta batalla, pues mientras la infantería persa estaba bloqueada en la batalla, la llegada tardía de la caballería desequilibró el conflicto y «los griegos huyeron» (6, 29, 1). De hecho, más tarde, Herodoto hace hincapié en la confianza de los persas en Maratón cuando comenta que pensaban que los atenienses estaban locos por arriesgarse a un ataque «sin soporte de la caballería ni de los arqueros» (6, 112, 2).

Cuando el arte de la guerra clásica se reduce a sus elementos más simples, nos encontramos con que sólo existen dos métodos para derrotar al enemigo en el campo de batalla: el choque o los proyectiles. En el primero, la victoria se aseguraba con la lucha cuerpo a cuerpo; en el segundo, mediante una lluvia mortal de proyectiles que destruían o hacían huir al enemigo antes de que éste pudiera acercarse. Así pues, las armas de batalla toman las características que las definen: armas de choque, tales como la daga, la espada o el hacha, y de proyectil, como las piedras, el arco y las flechas o la lanza arrojada. Las Termópilas serían un enfrentamiento entre ambos sistemas



Casco corintio (Londres, Museo Británico GR 1873, 9-10) de la elegante «forma final» (h. 500 a.C.). Este casco fue, con mucho, el que más éxito tuvo entre los griegos. Fabricado con una sola hoja de bronce, se ajustaba bien a la forma del cráneo y presentaba orificios únicamente para los ojos, las fosas nasales y la boca. (Colección del autor)

militares: los luchadores cuerpo a cuerpo (hoplitas griegos) contra los luchadores de largo alcance (arqueros persas).

LOS GRIEGOS

La *polis* (pl. *poleis*), o «ciudad-estado», era la forma característica de la vida urbana griega. Se caracterizaba, principalmente, por su pequeño tamaño, su autonomía política, su homogeneidad social y su fuerte sentido de la comunidad y respeto por la ley. Sin embargo, la *polis* ni era una verdadera ciudad ni tampoco únicamente una ciudad, pues su población estaba distribuida por un territorio urbano que podía incluir numerosas aldeas. El elemento principal de las *poleis* era la gente, los ciudadanos, más que el territorio. Su verdadero sentido, pues, y aquel que las convertía en algo único era el de «estado de ciudadanos» más que el de «ciudad-estado».

Como la *polis* siempre se definía por sus miembros (por ejemplo, los atenienses, no Atenas; los espartanos, no Esparta), más que geográficamente, era, en esencia, una comunidad de granjeros guerreros, varones en edad militar que, si era necesario, lucharían por ella y en la que el poder militar de la comunidad controlaba la vida política e institucional (magistraturas, consejo, asamblea). Puesto que era una sociedad básicamente agraria, la *polis* en sí misma controlaba y explotaba un territorio (*chora*), que cultivaban los ciudadanos y sus grupos familiares. Como la *chora* estaba delimitada geográficamente por las montañas o el mar, o bien por su proximidad con otra *polis*, las guerras entre las comunidades fronterizas eran bastante habituales. La autonomía de cada *polis* se guardaba celosamente, pero la necesidad de colaboración derivó en una serie de alianzas, ligas y hegemonías.

El soldado-ciudadano

Los ejércitos de las *poleis* griegas estaban formados por levás de ciudadanos (*polites*) lo bastante prósperos como para hacerse con un equipamiento de hoplita, infantería acorazada que luchaba codo con codo en una gran formación conocida como «falange», palabra que significa «hileras de hombres». A excepción de los espartanos, que dedicaban toda la vida al entrenamiento militar, y unas pocas unidades patrocinadas por el Estado como la famosa Banda Sagrada de Tebas (que comprendía 300 hombres distribuidos en parejas de homosexuales), las levás ciudadanas eran soldados a tiempo parcial sin entrenamiento específico. Luchar por su Estado en tiempos de guerra era el deber moral, social y, sobre todo, político del ciudadano de una *polis*. Los ciudadanos, que estaban disponibles para el servicio militar a cualquier edad, en general desde los 20 años, permanecían en este papel durante al menos 40, pues la desertión o la cobardía podían conllevar la pérdida de la ciudadanía. Incluso los poetas, como el ateniense Esquilo, luchaban en la falange y, de hecho, en su tumba se le recuerda como guerrero, no como poeta.

La panoplia hoplita constaba de un escudo grande y redondo, en forma de cuenco (*aspis*), de aproximadamente un metro de diámetro, un casco de bronce, una coraza de bronce o de lino rígido y espinilleras de bronce. La armadura podía pesar más de 30 kg; el *aspis*, de aproximadamente 7 kg, era el elemento más pesado. Se trataba de un escudo de madera forrada con una capa muy fina de bronce y el interior forrado de cuero de lino. La estructura del escudo, por lo general, estaba construida con maderas



Una panoplia hoplita de mediados del siglo VI (Olimpia, Museo de Arqueología, B 5101, B 4985) estaba formada por un corselete acampanado (izquierda) y un *aspis* (derecha). Este tipo de corselete toma su nombre de la aleta que asoma hacia fuera debajo de la cintura, como la boca de una campana. Estas aletas servían para desviar los golpes. (Colección del autor)

flexibles como el sauce o el chopo. A causa de su enorme peso, los soldados asían el escudo con dos asas: un brazal (*porpax*), en el centro, por donde se pasaba el antebrazo, y la empuñadura (*antilabe*), fijada cerca del borde. El *aspis* se sostenía cerca del pecho y cubría al hoplita desde la barbilla hasta las rodillas. Sin embargo, como se fijaba en el brazo izquierdo, sólo ofrecía protección en dicho lado.

Sobre el borde, plano y ancho, del escudo, la cabeza del hoplita estaba protegida por un casco, forjado con una única hoja de bronce al estilo corintio. Muy duraderos, estos cascos cubrían el rostro, dejando sólo unas pequeñas aberturas para los ojos, los orificios nasales y la boca, y resistían los impactos sin resquebrajarse. El interior estaba forrado por una capa de cuero de lino, que se fijaba en el metal mediante unos orificios practicados en éste. Bajo el casco, muchos hombres llevaban una cinta en la frente, que no sólo les recogía el cabello, sino que también proporcionaba cierto soporte para esta pesada prenda acorazada. Sin embargo, todos los hoplitas que llevaban cascos recubiertos de bronce en un clima cálido estaban bien preparados para enfrentarse a ciertas incomodidades. Cuando no luchaban, el casco podía colocarse en la parte posterior de la cabeza y dejaban el rostro al descubierto. Ésta es la posición en que aparece con mayor frecuencia en esculturas, jarrones y monedas.

El corselete, que podía ser de bronce o de lino, cubría totalmente el torso del hoplita. Los de esta última clase se fabricaban con numerosas capas de lino pegadas con resina, con la que se formaba una prenda rígida de medio centímetro de grosor. Bajo la cintura se cortaba en bandas (*pteruges*) para facilitar los movimientos, y se colocaba una segunda capa de *pteruges* detrás de la primera, cubriendo los espacios que quedaban abiertos y formando una especie de falda que protegía las ingles. La principal ventaja del corselete de lino (*linothorax*), que apareció alrededor del 525 a.C., era su comodidad y, para los soldados que luchaban bajo el sol del Mediterráneo,

El friso norte del Tesoro de Sifnio, en Delfos (h. 525 a.C.), muestra la batalla entre los gigantes, equipados como hoplitas, y los dioses del Olimpo. Obsérvese el detalle de la doble asa del *aspis*, una abrazadera en el centro (*porpax*) y una correa de cuero (*antilabe*) cerca del borde. (Colección del autor)





Estatua de bronce dedicada a los 700 tespios que cayeron en las Termópilas. Este contingente, que permaneció por voluntad propia junto a los Trescientos, probablemente estaba formado por todos los varones adultos de la pequeña polis de Beocia que estaban lo bastante preparados como para ingresar en el servicio militar en calidad de hoplitas. En unas pocas horas, una generación entera de ciudadanos granjeros fue masacrada. (Colección del autor)

resultaba más flexible y fresco que las prendas de esta clase de bronce. En cuanto a la protección, la principal ventaja del bronce era que podía desviar los golpes oblicuos. Un golpe directo podía traspasar el metal, pero aún podía ser detenido por los refuerzos que los soldados llevaban debajo de la armadura. Los corseletes de lino no desviaban los golpes oblicuos, pero podían ser tan efectivos como los de bronce para las acometidas. En estos casos ofrecían una menor protección que el bronce, pero su mayor comodidad y su ligereza compensaban esta circunstancia. Finalmente, las espinillas del hoplita estaban protegidas por unas canilleras de bronce (*knemides*), a las que se daba la forma de los músculos de la pierna para que se ajustaran perfectamente a ellas. De este modo, el hoplita estaba perfectamente acorazado la cabeza a los pies.

El arma por excelencia del hoplita era la lanza larga (*doru*), que podía arrojarse como una jabalina. Fabricada en madera de cornejo, medía entre 2 y 2,5 m de longitud, y estaba equipada con una punta de bronce o de hierro en el extremo superior. En el inferior se colocaba otra punta, asimismo de bronce, que, además de actuar como contrapeso, permitía clavarla en el suelo cuando se ordenaba al hoplita plantar las armas (al ser de bronce no se oxidaba) y también se podía emplear como arma en la melé. Dicha pieza inferior era conocida con el nombre de «asesina de lagartos» (*sauroter*). La lanza solía llevarse sobre el hombro, con la punta dirigida al rostro del enemigo, aunque, cuando los hoplitas cargaban, a menudo preferían colocárselas debajo del hombro. La parte central de la lanza estaba recubierta con cuerda para que el soldado pudiera agarrarla con fuerza. El hoplita también llevaba una espada (*kopis*), pesada y de un solo filo, diseñada para seccionar al enemigo atacando con una potente estocada. Tanto el filo cortante como la parte posterior eran convexos, con el peso cargado sobre la punta. Ésta era, sin embargo, un arma secundaria.

Táctica

El escudo hoplita era el elemento que hacía viable la rígida formación en falange. La mitad del escudo sobresalía por el lado izquierdo del hoplita. Al acercársele el hombre que tenía a su izquierda, el escudo de este último protegía el lado descubierto del primero. Por esta razón, los hoplitas se colocaban hombro con hombro con los escudos cerrados. Sin embargo, cuando esta formación se rompía, se perdía la ventaja del escudo. Como comenta Plutarco (*Obras morales y de costumbres* 241), la coraza del hoplita era para su protección individual, pero su escudo protegía a toda la falange. En sí misma, la falange era una formación en profundidad, normalmente compuesta de hoplitas dispuestos en filas de 8 a 12 escudos. En esta densa masa, sólo las dos filas del frente podían usar sus lanzas en la melé, mientras que los hombres a partir de la fila tres añadían peso al ataque empujando hacia delante. Esto se conseguía, probablemente, empujando al hombre que uno tenía enfrente con el escudo. Tanto Tucídides (4, 43, 3; 96, 2; cf. 6, 70, 2) como Jenofonte (*Helénicas* 4, 3, 19; 6, 4, 14) mencionaron en muchas ocasiones el «empujón con el escudo» (*othismos*) de una carga hoplita.

Así pues, en el arte de la guerra de los hoplitas, la falange en sí misma era la táctica. Cuando una polis se enfrentaba a otra, la batalla crucial se disputaba, por regla general, en un terreno llano que permitiera ver claramente ambos frentes; éstos no solían tener más de un kilómetro de longitud y entre ellos había un espacio de unos pocos cientos de metros de distancia. Normalmente, después de un sacrificio de sangre (*sphagia*), las dos falanges enfrentadas se

limitaban a avanzar la una hacia la otra en línea recta, marchaban al trote los últimos metros y colisionaban; entonces, cegados por el polvo y por sus propios cascos, empujaban y apuñalaban hasta que uno de los lados se rompía.

Los habilidosos espartanos, según el impresionado Tucídides, eran famosos por su avance lento y ordenado, pues marchaban al ritmo de unas flautas y entonando canciones de guerra, que contrastaban con las del enemigo «llenas de ruido y de furia» (5, 70). Sólo antes del contacto, los soldados proferían un grito de guerra colectivo al unísono (*paeon*). El *paeon* era una costumbre peculiar de los griegos; de origen dorio, terminaron por adoptarla los otros pueblos helenos. Esquilo lo describe como un «grito sagrado emitido con voz potente [...], un grito que se ofrecía en sacrificio, que hacía fuertes a los camaradas y diluía el miedo al enemigo» (*Los Siete contra Tebas* 268-270). Los espartanos también lucían coronas de ramas, al menos hasta el momento en que se detenían para realizar –tarde en el transcurso de la batalla y deliberadamente a la vista del enemigo– su sacrificio de sangre propiciatorio (Jenofonte, *La República de los lacedemonios* 13, 8; *Helénicas* 4, 2, 18; Plutarco, *Licurgo* 22, 4). La marcha lenta, las canciones de guerra, las estridentes flautas de caña y las guirnalda frescas debían ofrecer una vista inquietante a quienes asistían al espectáculo desde el otro bando del campo de batalla. En aquel momento sucedía a menudo que los rivales rompían filas y huían antes de caer bajo la avalancha de las lanzas (*eis dorus*) de los espartanos.

Tucídides (5,71, 1) también nos relata que, al marchar, la falange hoplita se desviaba ligeramente hacia la derecha. Los hombres situados a la derecha se desplazaban por miedo a ser atacados por su lado desprotegido. Aquello arrastraba al resto de la falange, pues todos los soldados trataban de situarse bajo la protección del escudo del hombre que tenían a su derecha. De este modo, las alas derechas podían superponerse con el lado izquierdo del rival y atacarlo. Tucídides señala que aquella era una tendencia sobre la que los generales (*strategoí*), incluso en el ejército espartano, tenían poco control, o ninguno en absoluto. En las Termópilas, como podrá comprobarse, aquello no sucedió porque el lado derecho de la falange de Leónidas estaba desnudo, ya que estaba bien cubierto por el mar.

Los griegos llamaban al combate cuerpo a cuerpo, en el que solía haber golpes y presas, «la ley de las manos» (Herodoto 8, 89, 1). En la liza propiamente dicha, las dos primeras hileras de las falanges opuestas trataban de clavar las lanzas en las partes expuestas y desprotegidas del enemigo, es decir, en la garganta o en la ingle. Mientras tanto, las hileras posteriores empujaban. Como puede imaginarse, cuando un hoplita caía, herido o no, era difícil que pudiera levantarse de nuevo. Esta melé, breve pero peligrosa, se resolvía en cuanto uno de los lados estaba prácticamente colapsado. Los vencedores no perseguían a los vencidos, que siempre que podían abandonaban el campo de batalla. Como comentaban los filósofos, era suficiente con matar a una pequeña proporción de las filas del enemigo en un enfrentamiento, destruir su moral y obligarle a huir, vencido y avergonzado, por donde había venido.

El ritual

Las batallas hoplitas presentaban un fuerte carácter ritual. Más que aniquilar, la idea era vencer, así que hay que dejar un tanto de lado las ideas de táctica y la estrategia. Al disputar las batallas por partes en terrenos lo más llanos posible, los hoplitas empujaban físicamente al enemigo, un

TROPAS LIGERAMENTE ARMADAS

En la cerámica, en especial en las piezas áticas de figuras rojas, los escaramuzadores suelen aparecer con el atuendo diario de los pastores griegos, es decir, una gruesa túnica de paño de lana y un harapiento sombrero de fieltro. No llevaban armas y su único medio de defensa eran los improvisados escudos de pelo de animal, con los que se envolvían el antebrazo izquierdo y aseguraban anudándose al cuello. Puesto que carecían del entrenamiento especializado en el arco y las flechas, sus armas se limitaban a las piedras o a las jabalinas, y sólo en algunas ocasiones encontramos la extraña representación de una figura armada con una espada, quizá recuperada del campo de batalla.

Las jabalinas griegas a menudo llevaban una correa (*ankyle*) que se colocaba en la mitad de la pértiga. Esta correa estaba fijada con un nudo temporal, que formaba un nudo que se fijaba alrededor de los dedos índice y medio del escaramuzador, mientras que los otros dos dedos y el pulgar agarraban la pértiga. Cuando se lanzaba el arma, el lazo se deshacía y, en consecuencia, se quedaba en la mano. La correa de lanzamiento impartía una velocidad extra a la jabalina y le proporcionaba cierta rotación para que tuviera más estabilidad durante el vuelo. En la iconografía griega aparece a menudo el agarre del típico lanzador de jabalina con los dedos índice y medio juntos y rectos.



Maniquí (París, Museo del Ejército, #2) de un hoplita griego. El escudo del hoplita (*aspis*) protegía al soldado desde el hombro hasta la rodilla y era el elemento que hacía posible la falange. Obsérvese la típica forma convexa del *aspis*, con su borde plano, que proporcionaba rigidez al cuenco que formaba el escudo. (Esther Carré)

Friso oriental del Tesoro de Sifnio, en Delfos (h. 525 a.C.), que muestra a los héroes de Troya, Eneas y Memnón, ambos representados como hoplitas. Los detalles del equipamiento son auténticos, y Eneas (a la izquierda) lleva un corselete rígido de lino, mientras que Memnón (a la derecha) conserva la antigua coraza de bronce, más pesada y acampanada. (Colección del autor)

hecho que describe claramente Mardonio (en persa antiguo *Marduniya*), hijo de Gobrias y la hija de Darío, en un discurso dirigido a su primo Jerjes:

Los griegos son bastante beligerantes e inician la batalla en el calor del momento, sin que haya nada que lo justifique. Cuando se declaran la guerra, se reúnen y acuden al terreno más llano que encuentran, y allí es donde luchan.

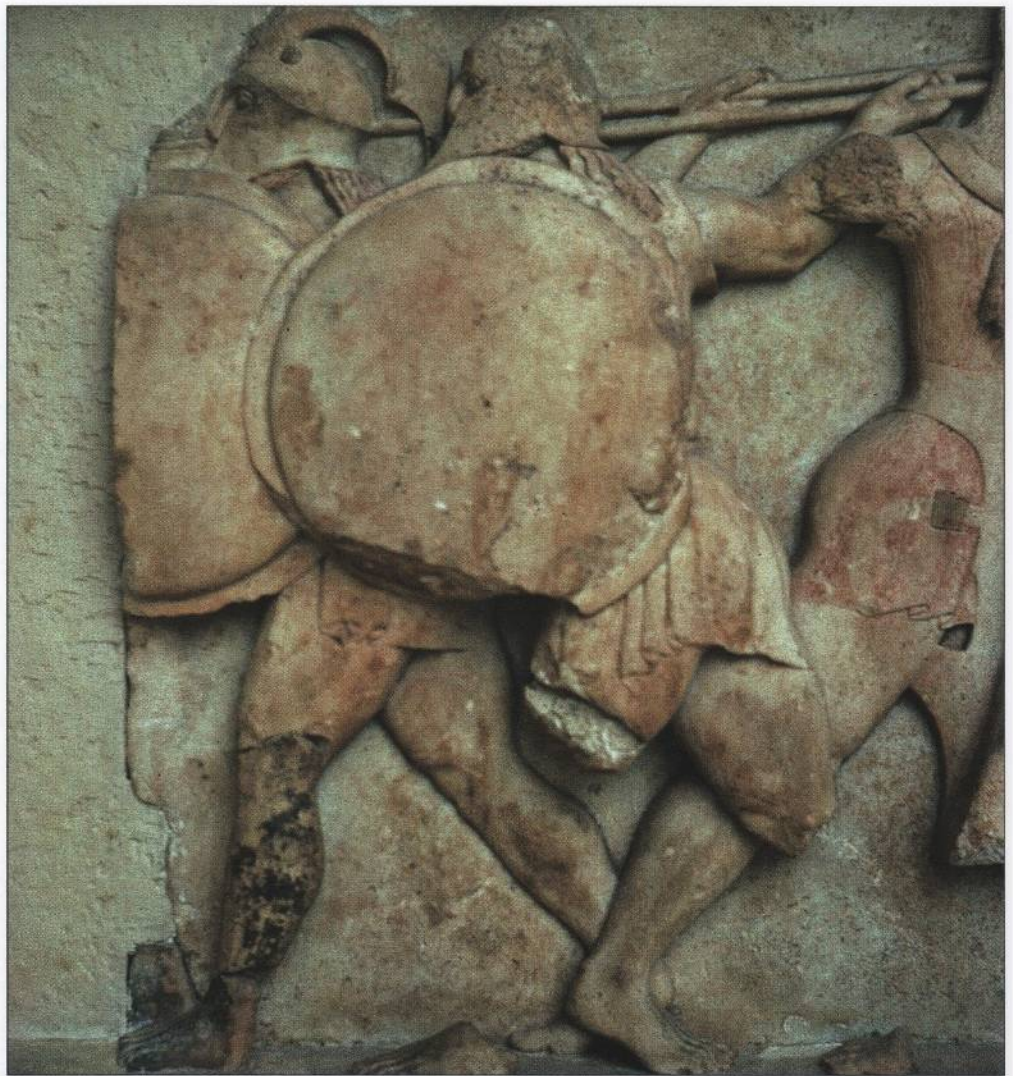
(Herodoto 7, 9, B.1)

Aunque Mardonio pensaba que el estilo de guerra de los griegos nacía de la ignorancia y la estupidez, lo que afirma es incuestionable. Finalmente, el persa acabaría por perder la vida y todo su ejército.

Pero ¿por qué perduró tanto tiempo la lucha hoplita, cabeza con cabeza y en terreno abierto? Para empezar, la batalla se libraba en las tierras de los hoplitas, pero también, a medida que el tiempo avanzaba, el sistema se iba manteniendo gracias a la tradición y a una serie de valores y prejuicios sociales compartidos. Para los hoplitas, la guerra era una cuestión de prestigio más que de supervivencia de la *polis*. Esparta, cuyos guerreros eran famosos como los maestros del pasado de ese tipo de lucha, era una excepción a esta regla, pues sus hoplitas eran permanentes y esenciales más que ocasionales y rituales. Además, había implícitas una serie de reglas de compromiso, las «costumbres



El friso norte del Tesoro de Sifnio, en Delfos (h. 525 a.C.) muestra a unos gigantes equipados como hoplitas, lanzando una *doru* sobre el hombro. La pértiga estaba hecha de madera y el peso de la punta de la lanza (de bronce o de hierro) estaba compensado con una espiga de bronce en el extremo inferior de la pértiga. El peso de una *doru* de 2,5 m era, aproximadamente, de 1 kg. (Colección del autor)



comunes», para la lucha entre griegos. Entre otras reglas, estaba dispuesto que debía realizarse una declaración de guerra antes de iniciarse las hostilidades, que había momentos en los que no se podía luchar (por ejemplo, durante los festivales religiosos), que algunos lugares estaban protegidos, al igual que algunas personas (p. ej., los centros sagrados o los heraldos), que había que respetar los trofeos, que los muertos debían ser devueltos a sus hogares, que no todos los combatientes eran blancos legítimos, que la guerra debía tener lugar en una estación adecuada, y que sólo se perseguiría de forma limitada a los vencidos y a los enemigos en retirada. Estas reglas no se tenían en cuenta cuando se luchaba contra los «bárbaros», hablantes de lenguas distintas de la griega, y fueron anuladas durante la guerra del Peloponeso (Krentz 2002).

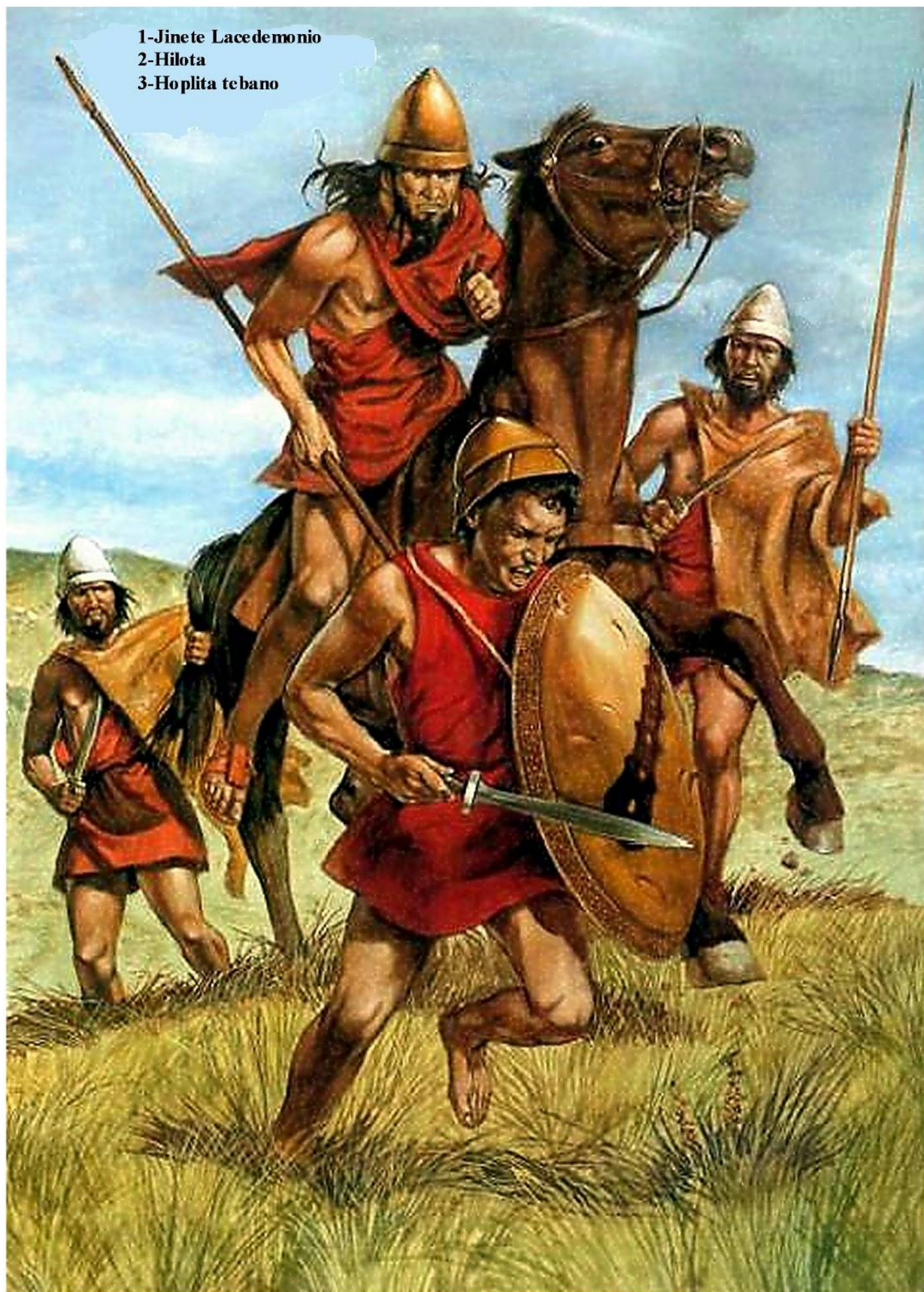
Los griegos desarrollaron lo que Hanson llamó la «manera occidental de la guerra», una colisión cabeza con cabeza de soldados en una llanura abierta, en una magnífica muestra de coraje, fortaleza física, honor y juego justo. En consecuencia, sentían repugnancia por las emboscadas, los señuelos, los ataques con engaños y la participación de los no combatientes. Para los helenos tampoco era un honor luchar a distancia, y no se tenía en gran estima a los arqueros ni a los lanzadores de jabalina que arrojaban sus armas desde una gran distancia, ya que podían matar con poco riesgo para su propia integridad. Sólo aquellos que se enfrentaban con lanza y escudo, desafiando a la muerte y desdeñosos de la retirada, eran considerados honorables.



Guerreros espartanos 470 a. de C.



- 1-Jinete Lacedemonio
2-Hilota
3-Hoplita tebano





1-Oficial senior Lacedemonio 2-Jinete mercenario Jónico 3-Pintor de escudos de Éfeso



Kylix ático de figuras rojas (Atenas, Museo Ágora, P 42), atribuido al pintor Cerias y datado entre el 510 y 500 a.C. Esta escena que decora el fragmentado vaso muestra a un joven hoplita que derrama una libación ante un altar. Cuando los ejércitos griegos marchaban, siempre les acompañaba la certeza de sus dioses como cuidadores y guías. (Colección del autor)

Los hoplitas no iban a la guerra por miedo al castigo o con la esperanza de saquear y obtener un botín. Eran ciudadanos de las *poleis*, con propiedades –normalmente granjas– y detentadores de ciertos derechos políticos. Luchaban para defender sus libertades y sus hogares, y lo hacían codo con codo con vecinos, padres, hijos, tíos y primos. Como consecuencia, se empleaban a fondo para demostrar su valor ante sus camaradas y tenían un gran interés en el resultado de la lucha, pues se lo jugaban todo. Las luchas entre hoplitas tenían un carácter tan brutal como personal. Los soldados, armados y acorazados, avanzaban en la falange y luchaban hasta la muerte. Sus campos de batalla eran escenas de luchas feroces y carnicerías que normalmente no consumían más de una hora o dos, durante las cuales cada hombre era empujado hasta los límites de su resistencia física y psicológica; entonces, la lucha terminaba y no volvía a producirse hasta al cabo de un año o más.

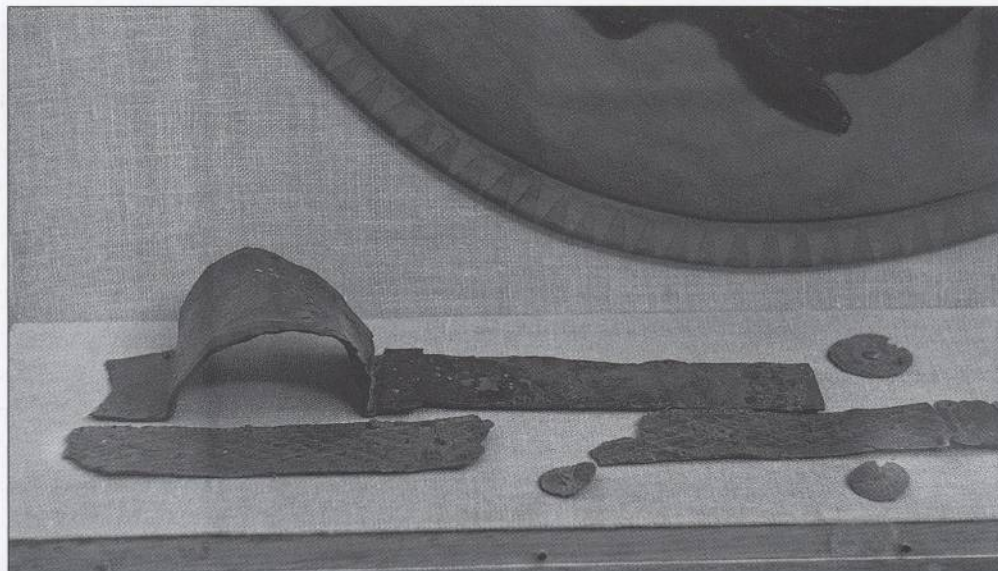
La agoge espartana

Cuando nacía un espartano, los ancianos de la tribu (*gerontes*), según la salud del recién nacido, decidían si debía ser criado o, como triste alternativa, ser abandonado en la ladera de la montaña. Desde muy temprana edad, a los varones que pasaban la inspección se les sometía a prácticas para endurecerlos, por ejemplo, se les bañaba en vino, se les alimentaba con forraje y se les acostumbraba a las condiciones más penosas. Entonces, a la edad de siete (Plutarco) o 14 años (Jenofonte), se iniciaba una educación orientada hacia el Estado, la *agoge* (crianza), cuyo objetivo era prepararlos para su futuro papel como guerreros. Los niños eran organizados en «bandas» (*agelai*), lideradas por cabecillas que, a su vez, supervisaban de cerca los magistrados. Los muchachos eran iniciados de forma brutal en la vida en común; por ejemplo, se les obligaba a dormir sobre lechos contruidos con juncos cortados a mano de las orillas del arenoso Eurotas. Tampoco se les permitían lujos cotidianos

Relieve en roca calcárea (Calcis, Museo de Arqueología, 7), de Larymna (Eubea), que muestra un sacrificio de un cordero previo a la batalla. El único corte de la espada (normalmente una *mantis*) de quien realiza el sacrificio anticipa el derramamiento de sangre de la batalla y marca su inicio ritual: el sacrificio del animal precede inmediatamente a la matanza de hombres. (Colección del autor)



Porpax de bronce del siglo v (Olimpia, Museo de Arqueología). El brazo izquierdo se pasaba por la banda, asegurando así el *aspis* en el antebrazo del hoplita. El *antilabe*, situado en el borde, se agarraba con la mano izquierda y le ayudaba a manejar el escudo, muy pesado, a la vez que impedía que le resbalara por el antebrazo. (Colección del autor)



Puntas de lanza de bronce con forma de hoja datadas en el siglo x (Londres, Museo Británico, GR 1865, 7, 53-54). El extremo más estrecho de la pértiga de la *doru* se insertaba en la punta de lanza y se aguantaba principalmente con presión. Algunas puntas de lanza, como la que se encuentra en la parte inferior de la imagen, también tenían unos pequeños orificios que servían para fijarlas en la pértiga. (Colección del autor)



Puntas de bronce que se colocaban en el extremo inferior de la lanza (Delfos, Museo de Arqueología, 10854, 10871-10872); dos de ellas terminan en tubos cilíndricos, y la tercera, con una garra rectangular. Estas puntas inferiores no sólo permitían plantar la *doru* en el suelo cuando el hoplita no la empleaba, sino que también podía utilizarse como arma ofensiva en caso de perder la punta de lanza. (Colección del autor)



tales como el calzado, disponían de un solo manto para todo un año y sobrevivían a base de una dieta deliberadamente inadecuada.

Esto último obligaba a los muchachos a robar alimentos, lo que, a su vez, se castigaba con una paliza si se les cogía con las manos en la masa. La educación formal era mínima, pero incluía música, gimnasia y juegos relacionados con los principios del arte de la guerra (Jenofonte, *La República de los lacedemonios* 2-4).

Los *spartiatai*

Los espartiatas (*spartiatai*) eran los guerreros espartanos que, a la edad de 20 años y tras sobrevivir a la *agoge*, eran incluidos en una de las agrupaciones militares, llamadas con nombres diversos –*sussitia*, *andreia*, *phidition*– y también conocidas como «tiendas comunes» o *suskania*. Pero era sólo al alcanzar la edad de 30 años cuando adquirirían todos los derechos de un ciudadano como uno de los «iguales» (*homoioi*) y se les entregaba una hacienda o un terreno (*kleros*) con la que podrían mantener a sus familias por medio del trabajo de los *ilotas* (cautivos). Aunque, teóricamente, los espartanos eran considerados iguales, en la práctica había diferencias por nacimiento y riquezas. Aristóteles (*Política* 1270b 6-7) afirma que sólo ciertas familias podían ser elegidas para convertirse en miembros de la *gerousia*. Del mismo modo, la propiedad de la tierra no tenía una clase igualitaria, pese a las afirmaciones de Plutarco (*Licurgo* 8, 2) de que Licurgo dividió la tierra en lotes iguales (*kleroi*). Es preciso ser prudente con algunos de los detalles aportados por Plutarco, pues la vida para los espartanos era, ciertamente, dura. Tucídides, que no es famoso por sus extravagancias, hace que Pericles compare el «laborioso entrenamiento» (2, 39, 1) de un espartano con la vida más sencilla de un ateniense. Está claro que los propios griegos conocían muy bien el motivo principal de la superioridad de los hoplitas espartanos. Por ejemplo, Herodoto los describe como «maestros del

Metopa de terracota de principios del siglo VI (Esparta, Museo de Arqueología), en la que aparecen unos guerreros hoplitas. Un *espartiata* armado por completo avanza lentamente con disciplina y obediencia. Pero su manto ensangrentado y sus cabellos aceitosos, una imagen tremenda en sí misma, también evocan el mundo más primitivo de la caza y de la muerte. (Colección del autor)





Detalle del friso izquierdo del monumento a las Termópilas. La historia de las Termópilas es el *locus classicus* de la disciplina férrea y el valor hasta la muerte de los espartanos, así como de la completa indiferencia con la que continuaban con sus tareas cotidianas pese a los peligros que les acechaban. Más aún, su muerte creó el mito del ejército condenado, que prefiere la muerte a la rendición. (Colección del autor)

pasado» (7, 211, 3) en el arte de la guerra, lo que Tucídides llama «habilidad» o «experiencia» (4, 33, 2). A diferencia de muchos atenienses, que pensaban que los espartanos eran gentes temibles, Jenofonte, que hablaba en calidad de testigo, los admiraba como los «únicos y verdaderos artistas en materia de guerra» (*La República de los lacedemonios* 13, 5).

Éste es el diagnóstico de Jenofonte sobre el punto clave de la profesionalidad de los militares espartanos, aunque él era enemigo de la lujuria y admiraba el valor y la fuerza militar. Es el muy racionalista Aristóteles quien pone el dedo sobre la llaga en esta cuestión. Explica el filósofo (*Política* 1338b 27-30) que no eran tanto los métodos que empleaban los espartanos para entrenar a sus jóvenes los que los hacían superiores, sino el hecho de que estaban entrenados. Que aquello era también cierto en los adultos es el *quid* de una ingeniosa anécdota que cuenta Plutarco (*Agésilao* 6, 4, *Obras morales y de costumbres* 214A), y que recoge también Polaino (2, 17). En una ocasión, tras recibir amargas quejas de los aliados peloponesios de Esparta sobre la relativa falta de tropas que había en el campo de batalla, Agésilao ordenó sentarse al ejército en pleno. Entonces, el rey espartano pidió primero a los alfareros, luego a los herreros, a los carpinteros, a los constructores, y así sucesivamente, que se pusieran en pie, hasta que casi todos los hoplitas aliados estuvieron en pie, pero entre ellos no había ni un solo espartano. La cuestión era, por supuesto, que el contingente de aliados estaba compuesto, en esencia, por soldados a tiempo parcial, mientras que los profesionales espartanos no ejercían ningún otro oficio. Esparta era una comunidad extraña, aislada de las modas de las comunidades vecinas, pero allí la vida no era tan triste como la pinta Plutarco, y para los espartanos no era todo cuestión de sangre y hierro. Píndaro, el poeta lírico tebano, escribió de Esparta que la «danza, la música y una alegría exuberante florecían entre los consejos de los ancianos y las lanzas de los jóvenes» (fr. 199 Snell).

Vínculos entre varones

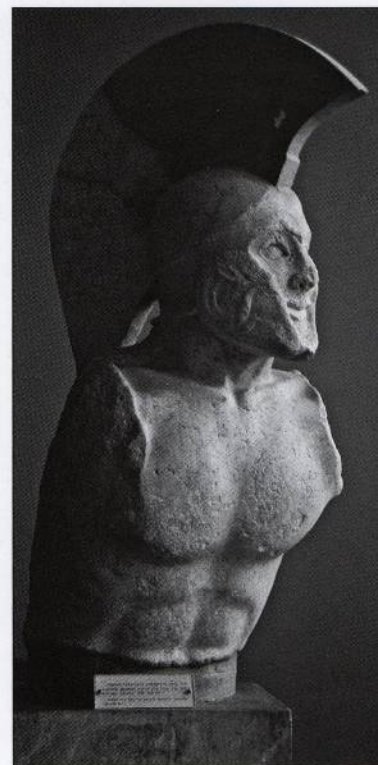
En el mundo de la Grecia antigua, el entrenamiento militar especializado y continuado era la supervivencia de Esparta y, en algunos casos, de los estados que conservaban pequeños cuerpos de tropas de élite. Sin embargo,

debe hacerse hincapié en el hecho de que la habilidad con las armas del individuo no era la parte más importante de su entrenamiento, sino el hecho de formar parte de una unidad coherente. La simplicidad de la guerra hoplita dejaba poco espacio para la demostración de habilidades personales. Cuando, por ejemplo, Jerjes interroga a Demarato acerca de la naturaleza marcial de sus compatriotas espartanos, éste admite que, luchando como individuos, eran tan hábiles como cualquier otro hombre, pero que juntos eran «los mejores de todos ellos» (Herodoto 7, 104, 4). Así, en las Termópilas, sólo las tropas entrenadas para moverse como un solo hombre y ejecutar instantáneamente las órdenes podían haber llevado a cabo aquellas series de fingidas retiradas que describe Herodoto (7, 211, 3).

El fundamento mismo del espíritu de cuerpo, la camaradería del ejército espartano, era muy sólido. Según la tradición espartana, las reformas de Licurgo, el legislador que trajo consigo el «buen orden» (*eunomia*) a Esparta (Herodoto 1, 65), había puesto especial cuidado en preservarlo. Inicialmente, se consideraba que los pilares de la *agoge* eran la camaradería y la pertenencia al grupo. Los jóvenes eran entrenados en bandas. Tras sobrevivir a la *agoge*, el joven *espartiatas* trataba de formar parte de una de las agrupaciones militares. El *sisition*, como se llamaba a menudo, estaba formado por 15 miembros que pasaban juntos un tiempo considerable, incluso cuando no se estaban entrenando. Era allí, por supuesto, donde comían en comunidad y tomaban alimentos simples, incluido el famoso caldo negro (Plutarco, *Licurgo* 12, 7).

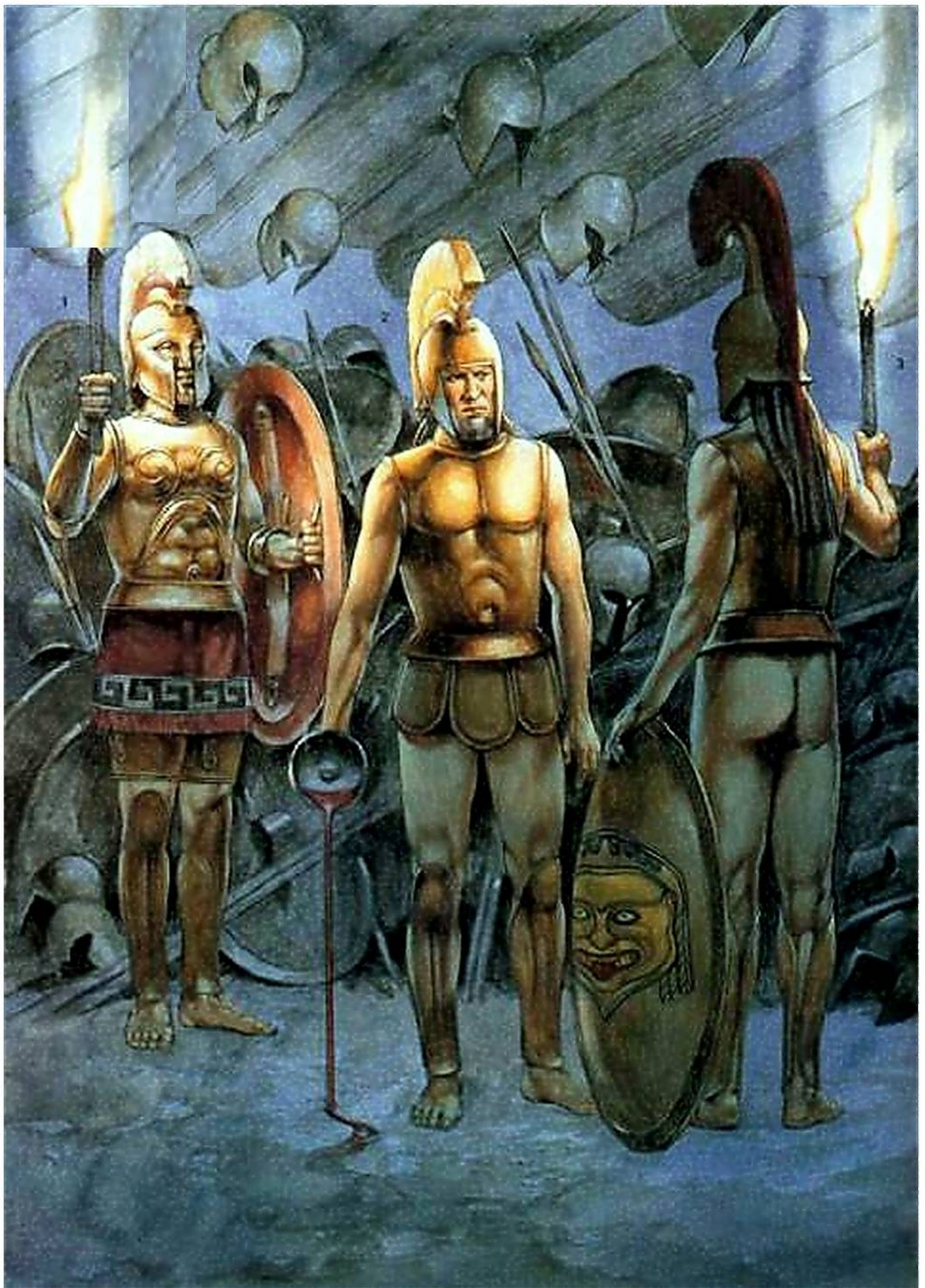
El ficticio *Ciro el Grande* de Jenofonte, sin duda pensando en los espartanos, consideraba que era menos probable que aquellos que convivían en comunidad cayeran en la traición o en el abandono, y no podía haber una falange más fuerte que la formada por camaradas (*Ciropeia* 2, 1, 28. 7, 1, 30). Ateneo, aunque a diferencia de Jenofonte empleaba evidencias de segunda mano, incluso llega a afirmar que los espartanos hacían sacrificios preliminares a Eros frente a las líneas de batalla «en la creencia de que la seguridad y la victoria reposan en el amor de los que forman uno junto al otro» (13, 561e). Estemos o no preparados para aceptar la posibilidad, auténtica, de que, en ocasiones, los espartanos experimentaran sentimientos homosexuales por sus camaradas –aunque entre griegos no existía la noción de «naturaleza homosexual»–, el hecho es que el vínculo básico entre los varones se construía sobre el respeto mutuo y una especie de amor que nada tiene que ver con el sexo (como decía Kipling, «más allá del amor de las mujeres»¹) ni tampoco con el idealismo. Además, a diferencia de la Banda Sagrada de Tebas, las parejas homosexuales no se situaban juntas en la falange de forma sistemática.

Cuando estaban en campaña, el *sisition* era «el manto y el lecho de campaña del *espartiatas*», y, sin duda, era el fundamento de la formación de la *enomotia*, la unidad mínima del ejército espartano, que contaba con una fuerza nominal de 40 hombres. Compárese con el ejército ateniense, por ejemplo, en el que el *taxis*, el contingente tribal de unos 1.000 hombres, se dividía en un número de unidades tribales, las *lochoi*, cada una de las cuales casi siempre contenía varios centenares de hombres. En otras palabras, cada *espartiatas* comía, dormía y luchaba codo con codo con unos camaradas que probablemente conocía desde la niñez, y la buena opinión que de él tenían



Torso de mármol de tamaño real de un hoplita (Esparta, Museo de Arqueología, 440) que lleva un casco corintio con refuerzos sobre las mejillas en forma de cabezas de carnero. Muchos estudiosos consideran que antaño formó parte del monumento erigido en la acrópolis de Esparta en honor de Leónidas, con ocasión de su entierro. (Colección del autor)

¹ N. del T.: Esta frase hace referencia al vínculo que se crea entre hombres cuando, lejos de sus mujeres, deben enfrentarse a una muerte inminente.



estos camaradas era más importante que el terror al enemigo. La «cohesión de los grupos pequeños» es una compleja química entre las necesidades individuales y las colectivas, las lealtades y las presiones que pueden hacer que los hombres sigan adelante o se mantengan firmes incluso ante la presencia de una muerte certera. El honor personal es algo que los guerreros tribales valoran más que la propia vida. Lo mismo puede afirmarse de los tespis en las Termópilas.

LOS PERSAS

Los persas (persa antiguo *parsa*), a quienes Ciro unificó, eran rudos montañeros que habitaban una región empobrecida y carecían de ejército profesional. Como desde antaño, las «gentes» de una región en particular eran representadas por su espina dorsal, las «fuerzas militares», de modo que ambas palabras se utilizaban como sinónimos de un único término en persa, *kara*, un sentido que todavía se conserva en la palabra en persa moderno *kas-o kar* («familiares y partidarios»). En un principio, el ejército aqueménida estaba formado exclusivamente por guerreros iraníes, e incluso cuando se subyugaban otras regiones, eran éstos quienes formaban el núcleo del ejército imperial. Darío, el tercer Gran Rey, aconsejó así a su sucesor:

Si llegas a pensar: «que no le tenga miedo a nadie», protege al kara persa. Si el kara persa es protegido, esta casa se verá llena de felicidad durante largo tiempo.

DPe 3

Darío era un hombre hecho a sí mismo, que tomó el poder con un golpe de estado. Constructor más que destructor, se convirtió en un poderoso conquistador, en un brillante administrador, en un visionario religioso, en un genio arquitectónico y en el creador de la primera moneda acuñada a gran escala del mundo. Al contemplar su mundo, Darío, con su personalidad fría y resuelta, podía afirmar:

Esta tierra, Persia, que Ahura Mazda me ha confiado, es buena y posee buenos caballos y buenos soldados. Por la venia de Ahura Mazda y de mí mismo, Darío, el rey, no teme a ninguna otra.

DPd 2

Era, por supuesto, una visión parcial, pero el Rey de reyes podía permitirse el lujo de ser parcial. Dueño absoluto, única fuente de autoridad de su gente, su palabra era ley en todos sus dominios, tan vastos que empequeñecían Grecia y hacían de ella un territorio insignificante. Con la expansión del pequeño reino de Parsis en un imperio que abarcaba todos los grupos iraníes desde Asia central hasta el Danubio, se formó un ejército regular constituido por persas, medos y gentes de orígenes similares, y otro ejército imperial compuesto por guerreros de todas las naciones súbditas.

Las representaciones que se han encontrado en la *apadana*, en Persépolis, así como los documentos oficiales, tanto económicos como militares, fueron utilizados por Herodoto para demostrar que cuanto más cercana estaba una nación a los persas, mayor papel desempeñaba en el dominio del Imperio pagando menos tributos pero contribuyendo con más soldados. Así pues, los guerreros medos, que antaño habían exasperado a los asirios, disfrutaban

Infantería persa



- A. Sparabara.
- B. Arquero.
- C. Inmortal en Campaña.
- D. Portaestandarte Persa.

Sección del sarcófago de Alejandro (Estambul, Museo de Arqueología, 370 T), en la Necrópolis Real de Sidón, que muestra a un soldado persa llevando una *tiara*, una capucha de tela con dos orejeras ajustadas debajo del mentón y una tercera en el cuello. Los plebeyos llevaban la punta de la *tiara* caída sobre un costado; el hecho de llevar esta prenda erecta equivalía a reclamar derechos sobre el trono. (Colección del autor)



ahora de la segunda posición del Imperio, pues proporcionaban más soldados que ningún otro pueblo. De hecho, muchos de los generales imperiales fueron elegidos de entre los medos (Mazares, Hárpago, Taxmaspada y Datis). Luego venían los escitas (persa antiguo *saka*, griego *sakai*), nómadas hablantes de lenguas iraníes, que eran magníficos arqueros y arrancaban el cuero cabelludo a sus enemigos, y, a continuación, los bactrianos, los hircanios y otros grupos iraníes orientales.

Las inscripciones en persa antiguo siempre distinguían entre dos pueblos súbditos los *saka tigraxauda* («los escitas que llevan sombreros puntiagudos») y los *saka haumavarga* («los escitas preparadores / bebedores / veneradores de *haoma*»). Herodoto afirma que los escitas «con sombreros altos y puntiagudos firmemente asentados sobre sus cabezas» (7, 64, 2) llegaron a Grecia junto a Jerjes. Estos guerreros suelen situarse en las inmediaciones del Caspio y del mar Negro. En sus historias, Herodoto describió con sus pintorescas formas las costumbres y modo de vida de estas gentes, cuyo vestido llegó a ser el uniforme estándar de los arqueros occidentales y de las amazonas en el arte griego. Un tercer grupo, los *saka paradraya* («los escitas de más allá del mar»), era el que Darío encontró más allá del Danubio durante su campaña en Escitia, y que no fue conquistado.

El ejército regular

El término general para definir un ejército regular era *spada*. Dicho ejército estaba formado por un arma de infantería (en persa antiguo, *pasti*), una de caballería (*asabari*, jinetes) y, en algunas ocasiones también de camellos (*usabari*, jinetes de camellos) y carros (si bien sólo los guerreros nobles conducían el ya obsoleto, pero aún simbólico, carro). Todos ellos iban acompañados por un gran número de seguidores de campaña. Desde el primer momento en que se toparon con los griegos (persa antiguo *Yauna*, jonios; cf. los hijos de Yaván que menciona el Génesis 10, 1), los persas incorporaron griegos mercenarios o súbditos a su ejército. Con el transcurrir del tiempo, no sólo los sátrapas persas de Anatolia y el Levante, sino también el Gran Rey en persona, utilizaron mercenarios griegos como guardaespaldas (en griego *doruphoroi*, los portadores de lanzas), cada uno de los cuales, en teoría, recibía una paga mensual. Según Jenofonte (*Anábasis* 1, 3, 21), un darico de oro mensual en el 401 a.C. En los tiempos de Alejandro Magno, estos mercenarios se convertirían en la parte regular de la *spada*, y sus líderes, hombres como Memnón *el Rodio*, fueron incorporados a la aristocracia persa. Desempeñaron un importante papel en las relaciones entre persas y griegos, y contribuyeron a expandir la cultura helénica hacia Oriente.

La organización de la *spada* se basaba en un sistema decimal, muy superior a todo en el mundo griego, que no se utilizó en ningún ejército asiático hasta la llegada de los mongoles y las «temibles hordas» conducidas por Gengis Khan. Diez hombres formaban la unidad táctica básica, la *dathabam* (unidad de diez), al mando del *dathapatish*, el comandante de la decena; diez de dichas unidades formaban un *satabam* (unidad de cien) al mando de un *satapatish*, comandante de la unidad de cien; diez de estas unidades formaban un *hazarabam* (unidad de mil), bajo el mando del *hazarapatish*, comandante de un millar; y diez de estas últimas unidades formaban un *baivarabam*, una unidad de diez mil bajo el mando del *baivarapatish*, el comandante de diez mil. Pero es preciso ser prudentes en este punto. Este último término es meramente especulativo y sólo sobrevive en *avesta*, una lengua emparentada de cerca con el persa antiguo. Sabemos por la miriada persa (en griego, *urias*), que la palabra significaba «un número incontable» en las fuentes griegas, y se utilizaba más o menos del mismo modo en que los occidentales empleamos las palabras «millón» o «billón» de manera informal. En resumen:

Número de soldados	Nombre de la unidad	Título del comandante
10.000	<i>Baivarabam</i>	<i>Baivarapatish</i>
1.000	<i>Hazarabam</i>	<i>Hazarapatish</i>
100	<i>Satabam</i>	<i>Satapatish</i>
10	<i>Dathabam</i>	<i>Dathapatish</i>

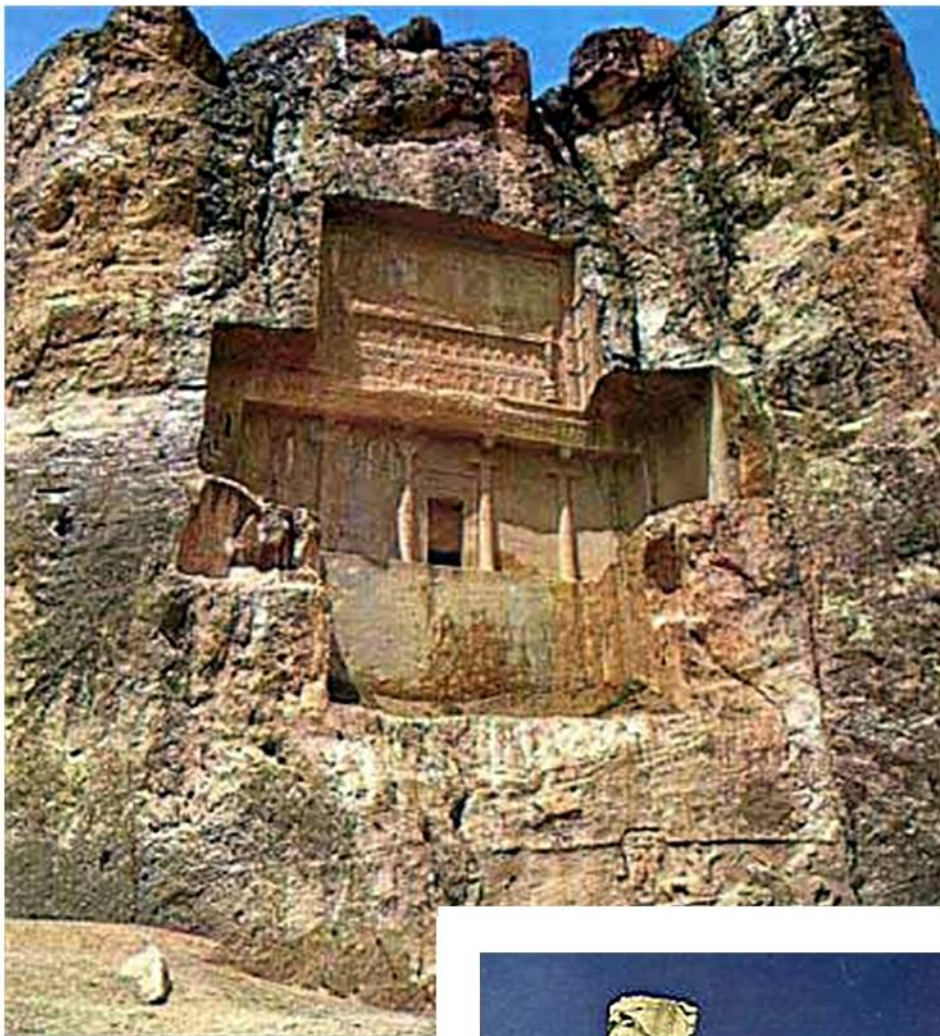
La *spada* estaba bajo el mando de un comandante supremo. Probablemente se le llamaba *spadapatish*, si bien un generalísimo con plena autoridad civil solía recibir el nombre de *karana* (en griego *karanos*). Una característica del período aqueménida era que tanto los comandantes como los dignatarios participaban en la lucha, y muchos de ellos perdieron la vida en acción, como le sucedió a Ciro en Escitia y a Mardonio en Platea. Los comandantes menores también eran un asunto de familia. Once de los hijos de Darío, por ejemplo, tomaron parte en la invasión de Grecia, y tres de ellos murieron en combate: Abrócomas e Hiperantes, ambos oficiales, cayeron en las Termópilas, y Ariabignes,

- 1-Caballería Persa
2-Hoplita mercenario Persa



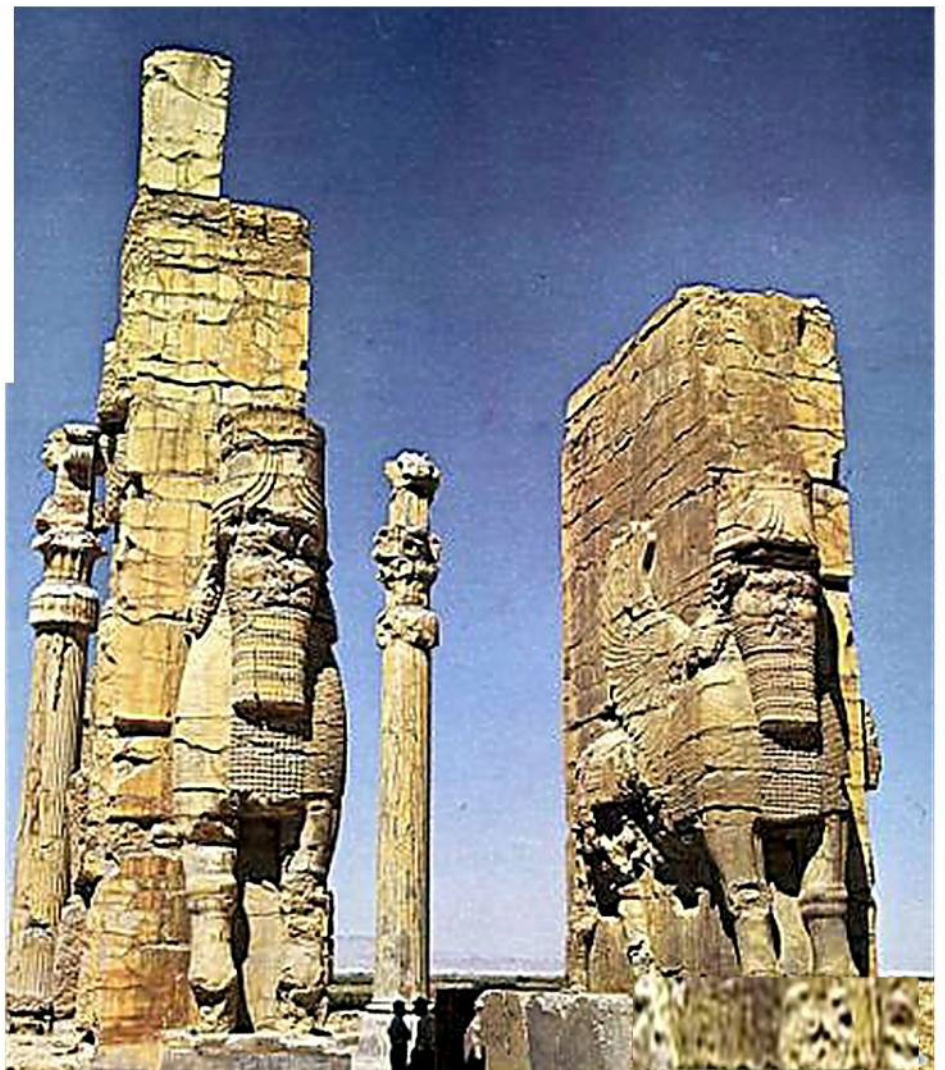


Piquero y Arquero persas junto a un Hoplita herido



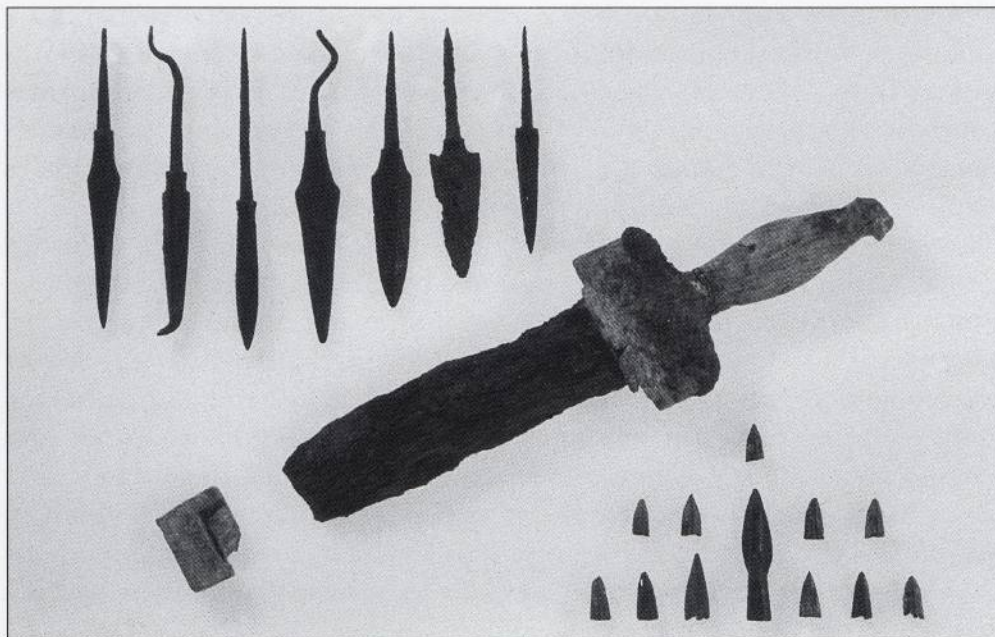
Sepulcro de Jerjes

Toros androcéfalos de la Puerta de Jerjes, en Persépolis, unas grandes esculturas tomadas de los modelos mesopotámicos, que eran muy frecuentes en las construcciones persas.





Sarcófago de Alejandro (Estambul, Museo de Arqueología, 370 T), en la Necrópolis Real de Sidón. El pilar de los ejércitos persas era el soldado de infantería, equipado con una lanza corta, un arco compuesto y un escudo ligero de mimbre. Estos ejércitos podían disparar aparatosas cortinas de proyectiles, de modo que se procuraba dejar que los hombres disparasen durante el mayor tiempo posible. (Esther Carré)



Puntas de flecha y de lanza, junto a un *akinake* (Londres, Museo Británico, 108723, 108772-108774, 108766) procedentes de Deve Hüyük (Siria). El *akinake* era una daga larga de doble filo que, según Herodoto, se llevaba colgada de un cinturón y se aseguraba en el muslo derecho con una correa. El *gorytos* también se colocaba en la cintura, pero en el costado izquierdo. (Colección del autor)

almirante de los contingentes jonio y cario, se hundió con su barco en Salamina.

Servir para liderar

El entrenamiento de los nobles persas era exhaustivo. Tras pasar los primeros cinco años de su vida alejados de sus padres en compañía de sus madres y otras mujeres de la casa, se les enseñaba a ser soldados y líderes. Los jóvenes persas aprendían a correr, a nadar, a cuidar de sus caballos, a cultivar la tierra, a atender el ganado, a fabricar diversas piezas de artesanía, y se acostumbraban a actuar como líderes. Se entrenaban en el arte de la caza, tanto a pie como a caballo, en el manejo del arco, en el lanzamiento de la lanza y la jabalina, y a realizar marchas forzadas en condiciones adversas. Aquí cabe mencionar el famoso comentario de Herodoto, que afirma que los vástagos de la nobleza persa reciben una esmerada instrucción de su quinto a su vigésimo año sólo en tres aspectos: «montar a caballo, manejar el arco y

decir la verdad» (1, 136). Jenofonte (*Ciropeia* 1, 2, 10) se hace eco de estos valores en la educación de los persas cuando observa que la caza también preparaba a los jóvenes nobles para las penalidades de la vida del soldado: les proporcionaba valor para enfrentarse a los peligros del campo de batalla y experiencia en el manejo de las armas necesarias –es decir, la lanza y el arco–, así como les mostraba la dureza de la marcha y la carrera. Todo esto implicaba que el joven noble era capaz de resistir a los elementos.

Alrededor de los 20 años de edad, el joven persa iniciaba su carrera militar, que se prolongaba hasta los 50, ya fuera como soldado de infantería o como jinete. La élite, desde el rey hasta el noble de más bajo rango, estaba entrenado para ambas tareas: por esta razón, Darío habla con orgullo sobre la educación de sus jóvenes:

He recibido instrucción con las manos y los pies; como jinete, soy un buen jinete; como arquero, soy un buen arquero, tanto a pie como a caballo; como lancero, soy un buen lancero, tanto a pie como a caballo.

DNb 9

Estas palabras hacen hincapié en las habilidades físicas del Gran Rey: es un jinete muy capaz, y puede usar la lanza y el arco tanto a pie como a caballo con consumada habilidad. Darío quería ser conocido como el primer hombre del reino, por lo que debía ser mejor que nadie en estas habilidades tan valoradas en el Imperio. La lucha y la caza eran un estilo de vida, y Jenofonte (*Anábasis* 1, 9, 5) atribuye las mismas cualidades marciales a *Ciro el Joven*, el príncipe rebelde a quien una vez sirvió.

La infantería persa

El fundamento de los ejércitos persas del siglo V eran los soldados de a pie. Llevaban una daga larga y recta, de doble filo, la *akinakes* de la que hablan Herodoto (3,118, 2; 128, 4; 7, 61, 1; 9, 107, 2) y Jenofonte (1, 2, 27; 8, 29), una lanza corta con percha de madera y contrapeso esférico con cabeza de metal, un carcaj lleno de flechas de caña con puntas de bronce o de hierro y un arco compuesto. Las flechas se colocaban en lo que los griegos llamaban *gorytos*, una inteligente mezcla de carcaj y funda para arco inventado por los escitas. El *gorytos* se llevaba a la altura de la cintura y presentaba dos compartimentos separados: en uno de ellos se colocaba el arco y en el otro, las flechas, que se ataban firmemente con una correa de cuero.

Los persas también cargaban hachas de batalla (en griego *sagaris*) «como aquellas que llevaban las amazonas» (Jenofonte, *Anábasis* 4, 4, 16), aquel pueblo de mujeres guerreras que se negaban a cohabitar con hombres. También de origen escita, el *sagaris* tenía un mango largo y estilizado, y una hoja o punta pesada y cortante. Los había de distintas clases, pero el más habitual era la ligero, que podían utilizar de igual modo los soldados a pie y los jinetes. Era un arma muy útil y lo bastante ligera como para ser usada de modo eficaz con una sola mano, pero siempre era capaz de penetrar en un yelmo de metal o en una coraza.

El arco compuesto, el arma persa por excelencia, era bastante largo para los estándares de la época (alrededor de 1,2 m de longitud). El propio Jenofonte (*Anábasis* 3, 3, 7; 15, 4, 17) fue testigo de que los arqueros persas podían vencer fácilmente a los cretenses, los arqueros más famosos de la Antigüedad, pero también anotó que los cretenses practicaban disparos de largo alcance con trayectoria alta y con flechas capturadas a los persas.

Sarcófago de Alejandro
(Estambul, Museo de
Arqueología, 370 T), en la
Necrópolis Real de Sidón.
Este sepulcro ha sido atribuido
a Abdalómimo, rey de Sidón,
pero otros estudiosos creen
que es obra de un personaje
más importante, Mazaeo, un
noble persa que Alejandro
nombró gobernador de
Babilonia. Este detalle muestra
el pie de un soldado persa.
(Colección del autor)



Esto sugiere que el mayor alcance de las flechas persas se explicaba porque eran más ligeras y por el entrenamiento especializado de los arqueros, más que por una diferencia en la tecnología en la construcción de arcos. Los arqueros cretenses empleaban puntas de flecha largas con púas, mientras que las flechas persas solían tener tres filos, algunos de tres o cuatro centímetros de longitud, y estaban huecas. Las puntas huecas se colocaban en una vara de madera que, a su vez, se ensartaba en la vara principal, hecha de cáñamo, ligera y hueca. Con sus pequeñas puntas, estas flechas relativamente ligeras eran más eficaces contra objetivos sin armar que para penetrar en un escudo o una armadura.

Pese a ello, como símbolo de la realeza y arma nacional persa, el arco aparece en manos del Gran Rey en las esculturas y en las monedas. Así podía presumir: «Conquistaré Grecia con mis arqueros». Esto era una especie de juego de palabras, intencionado o no, pues la moneda, el darico de oro (en griego *dareikos*) era popularmente conocido entre los griegos con el nombre de «el arquero». En el reverso de esta moneda de oro aparecía el perfil de un «arquero a la carreta» con corona, un hombre vestido con la típica túnica persa, larga hasta las pantorrillas, que sostiene un arco y una flecha, preparado

Estatuilla de terracota (Paestum, Museo Arqueológico), de una amazona llevando un escudo de mimbre en forma de media luna. En el arte, estas mujeres guerrero solían aparecer con ropas de hoplita, aunque más tarde aparecen como arqueros con ropajes escitas y, más tarde aún, como persas. Suelen ir armadas con lanzas ligeras y arcos compuestos y, en tiempos más tardíos, también con hachas de batalla. (Esther Carré)



para disparar, con una rodilla doblada como si estuviera en acción: el Gran Rey en persona, armado y preparado.

Esquilo (*Los persas*, 147-148) habla de que el arco era un símbolo tan importante para Persia como la lanza con punta de bronce para los griegos. De este modo, al principio de la tragedia, el severo y digno Darío recibe el apelativo de «Señor del arco» (*Los persas*, 55-57), mientras que, al final de la misma, el petulante e inepto Jerjes ha perdido su arco y su carcaj está vacío (*Los persas*, 1018-1023). Debemos recordar, por supuesto, que el arco no era un arma habitual entre los griegos. Éstos utilizaban un tipo de arco fabricado con una única vara de madera, pero los arqueros cretenses, que a menudo eran contratados como mercenarios, empleaban el arco compuesto, como los arqueros escitas, quienes, si no estaban al servicio de los persas, también eran empleados en aquel tiempo por los estados griegos, en especial por Atenas.

El arco compuesto consistía en un alma de madera, cuya parte exterior o frontal estaba revestida con tendones laminados, y la exterior o posterior, con asta. Gracias a la elasticidad de los tendones, al tensar la cuerda, el asta y el vientre se comprimen y los tendones se estiran. Explorando sus propiedades mecánicas, ambos materiales reaccionaban para propulsar la cuerda. Este tipo de arco era muy difícil de tensar y necesitaba el concurso de ambas piernas y brazos. Las flechas escitas eran cortas, con puntas pequeñas, parecidas a las de los persas, pero en su capaz *gorytos* los arqueros llevaban tanto el arco como un gran número de diminutas flechas. Herodoto (4, 64, 3) afirma que el *gorytos* estaba recubierto de piel humana, arrancada de los miembros amputados a sus enemigos, debido a su color blanco. Cuando disparaban, los escitas (y los persas) empleaban el estilo mediterráneo, un sistema por el que sólo se jala la cuerda del arco. Con esta técnica de disparo, la cuerda se jala hasta la barbilla o el pecho del arquero con las puntas de tres dedos, sosteniendo la flecha como si fuera un cigarrillo, entre los dedos índice y medio. El meñique y el pulgar no intervienen. La práctica griega era un tanto distinta, pues la flecha se atrapaba entre el pulgar y el índice, un agarre débil que impedía a los griegos disparar los poderosos arcos compuestos de los persas o de los escitas.



Ladrillos de cerámica brillante (Londres, Museo Británico) procedentes del antiguo palacio de Darío, en Susa (h. 500 a.C.). Este panel muestra a un Inmortal, uno de los Diez Mil guardias de élite del Gran Rey. Este soldado profesional aparece aquí con los ropajes que vestían en tiempos de paz, es decir, con el traje ceremonial persa. (Colección del autor)

Esto puede explicar en parte la razón de que los griegos sólo aprendieron a apreciar el valor de los arqueros hacia el final de la guerra del Peloponeso. En la *Iliada* de Homero, sólo un par de héroes de ambos bandos utilizan arcos, y en la literatura posterior existen indicios de que los arqueros, por lo general, eran despreciados. Ciertamente, los espartanos consideraban las flechas (*atraktoi*) como las armas de los débiles, a diferencia de la lanza y escudo del guerrero hoplita, que combatía cara a cara. Había algo injusto en la idea de que un hombre podía matar a lo lejos sin riesgo para sí mismo, un acto más propio de los bárbaros que de los propios griegos.

Para su protección, el soldado de a pie persa confiaba en su ligero escudo de mimbre. Normalmente, se fabricaba con cañas trenzadas a través de una lámina húmeda de cuero; cuando ésta se endurecía, las virtudes combinadas de ambos materiales lo convertían en un escudo capaz de detener las flechas enemigas. El escudo era pequeño y tenía forma de luna creciente, con las puntas dirigidas hacia arriba (en griego, *pelte*) o bien era grande y rectangular (en persa antiguo, *spara*). El primero podía plantarse en el suelo, lo que permitía al arquero descargar sus flechas desde la espalda con relativa seguridad. Algunos soldados llevaban un escudo en forma de ocho (griego *gerrhon*), es decir, oval con segmentos circulares en ambos lados, mientras que los gandaranos utilizaban escudos circulares (en persa antiguo, *taka*) no muy distintos del *aspis* de los hoplitas. Algunos persas utilizaban cascos de metal, pero sólo los contingentes egipcios o mesopotámicos se protegían con armaduras, que podían ser poco más que una coraza de cuero. Por todo ello, los persas disputaron muchas de sus batallas prácticamente a distancia.

Los persas confiaban en las flechas incendiarias para destrozarse al oponente, disparando masivamente y con una gran frecuencia, lo que permitía colgarse el carcaj en el costado, a la altura de la cintura. Es el comentario del espartano Diéneces en las Termópilas, tal como lo recoge Herodoto, lo que probablemente nos aporta la impresión más acertada de los arqueros persas. Uno de los traquinios, presumiblemente enemigo de los espartanos por escoger su país para luchar, le dijo:

«Era tal el número de bárbaros, que cuando disparaban sus flechas el sol se oscurecía.» Diéneces, en absoluto espantado por estas palabras y restando importancia al número de enemigos, respondió: «Nuestros amigos traquinios nos traen excelentes noticias. Si los medos oscurecen el sol, lucharemos en la sombra».

Herodoto 7, 226

Esta descripción («oscurecer el sol») sugiere que los persas disparaban a lo lejos con trayectoria parabólica. Como veremos, incluso a pesar del volumen de flechas, los acorazados espartanos eran capaces de resguardarse de la peor parte del ataque, y las flechas ligeras de los persas no podían penetrar ni en sus armaduras ni en sus escudos.

Los Inmortales

Uno de los cuerpos de la *spada* era un grupo de 10.000 soldados de infantería de élite, llamados los Inmortales (griego *Athanatoi*; cf. persa antiguo *Amratata*, los seguidores), como les llamaban los griegos porque les gustaba creer, equivocadamente, que «nunca eran ni más ni menos que 10.000» (Herodoto 7, 83, 1). Esta unidad, muy bien entrenada, estaba formada en su mayor parte por soldados de etnia persa, aunque estaban emparentados de cerca con los

medas del norte de Irán, los elamitas del sur de dicho país, que también formaron parte de ella. Estos últimos llevaban trajes adaptados del atuendo de la corte elamita: sombrero acanalado, pequeño y redondo (aunque variaba el adorno del tocado), túnica larga hasta media pierna sobre estrechos pantalones de combate y calzado blando con cordones, y hacían las veces de guardia del Gran Rey tanto en tiempos de paz como durante la guerra.

Por otro lado, se cree que el uniforme de campaña más común era el mucho más práctico atuendo de estilo meda, es decir, túnica holgada hasta las rodillas, pantalones ceñidos y botas blandas de piel (un refinamiento que no conocían los hoplitas griegos). Sobre la cabeza llevaban la tradicional *tiara* persa, una capucha de tela con tres orejeras, una de las cuales podía colocarse sobre el rostro para proteger al soldado del polvo y el viento. En palabras de Herodoto (7, 41, 2), «de éstos, un millar llevaba lanzas, en cuyo extremo inferior había adornos de oro en forma de granadas en lugar de puntas; éstos rodeaban a los otros 9.000, que llevaban en sus lanzas granadas de metal». En las Termópilas, estas tropas de élite eran conducidas por Hidarnes, hijo de Hidarnes, uno de los seis nobles persas que habían ayudado a entronizar a Darío.

Además, existía una élite dentro de la élite: una unidad de soldados de a pie compuesta por «un millar de lanceros, los más nobles y valientes de entre los persas» (Herodoto 7, 41, 1). Estas tropas formaban una guardia personal de guerreros especialmente elegidos que vigilaba de cerca al Gran Rey. Oficialmente conocidos como «los lanceros del rey» (en persa antiguo, *arstibara*), sus lanzas cortas tenían un peculiar adorno en forma de manzana de oro; de ahí el nombre de «portadores de manzanas» (en griego, *melophoroi*). Como príncipe de los aqueménidas, Darío sirvió en esta ilustre guardia de lanceros durante la campaña de Egipto de Cambises (Herodoto 3, 139, 2). Parece ser que los lanceros reales, con sus famosos contrapesos con forma de manzana, formaban parte de la nobleza persa, mientras que los Inmortales procedían de las clases plebeyas persas, medas y elamitas. Su comandante era el *hazarapatish* del Imperio, quien, al igual que el oficial que estaba junto al Gran Rey, poseía un vasto poder político. También tenemos noticia de la existencia en la *spada* de unidades de caballería del mismo tipo y fuerza (10.000 y 1.000) (Herodoto 7, 41).

La caballería persa

La caballería fue fundamental en la conquista de nuevos territorios y conservó su importancia hasta los últimos días del Imperio aqueménida. Fue Ciro quien organizó y financió la primera caballería persa, empleando para ello el botín y las tierras que había conquistado en sus campañas occidentales. Para establecer el poder a caballo del reino, concedió tierras a unos persas conocidos como los «iguales», a los que luego pidió permiso para utilizar sus tierras para mantener a la caballería. Por ejemplo, entregó siete ciudades en la Anatolia del norte (FGrHist 472 F6) a un tal Pitarco, nombre griego. Quince mil nobles persas recibieron el título honorario de *Huvaka* (pariente) y Ciro llegó a exigir que este grupo de élite persa se dirigiera a todas partes a caballo, de manera que era una vergüenza para ellos ser vistos caminando a pie. Los jinetes de élite, «un millar de fuertes» (Herodoto 8, 113, 2), procedían sin duda de la *Huvaka*. Probablemente, la primera caballería persa fue creada a partir de la excelente caballería de sus vecinos medos.

Media, con sus cielos amplios y sus exuberantes llanuras, era famosa por una raza de caballos pardos y grises que pastaban en ellas: eran los llamados



Detalle de un panel de ladrillos (París, Museo del Louvre), que muestra a un Inmortal adornado con un pendiente de oro. Sus cabellos, perfectamente rizados, se adornan con una sencilla diadema de oro. Pese a su aspecto, el Inmortal no era ningún dandi de palacio; por el contrario, era un soldado profesional, muy motivado y disciplinado. (Esther Carré)

caballos niceos, famosos por su velocidad y resistencia. Se dice que los persas introdujeron en Grecia la «hierba meda», lo que conocemos como alfalfa, en el 490 a.C., con la fuerza expedicionaria de Datis (Plinio en *Historia natural* 18, 144). Probablemente, las semillas llegaron con el forraje de la caballería. La fina «hierba azul» de los caballos medos se convirtió en el principal alimento de los caballos en el rico suelo de Grecia.

Los jinetes persas iban equipados aproximadamente como los soldados de a pie (Herodoto 7, 86, 1), aunque también llevaban dos jabalinas de madera de cornejo (en griego *palta*, pl. *palton*), de entre 1,5 y 1,8 m de longitud y con puntas de bronce o de hierro. Los guerreros podían arrojar una de estas *palton*, mientras que con la otra hacían lo mismo o la empleaban para cargar. Jenofonte comenta explícitamente (*Del arte ecuestre* 12, 12) que era un arma de carga más eficaz que las endeble lanzas de la caballería griega. En lugar de la tradicional *tiara*, algunos jinetes llevaban cascos de metal, por regla general de bronce y de forma redondeada. Podían llevar corazas de lino reforzado, fabricadas con dos capas de lino acolchadas con lana de algodón. El lino acolchado no era una protección tan eficaz como el bronce, pero era más ligero y cómodo. Aunque las corazas de escamas de metal (hierro o bronce) o de hueso eran ideales, parece ser que las de lino eran las más habituales.

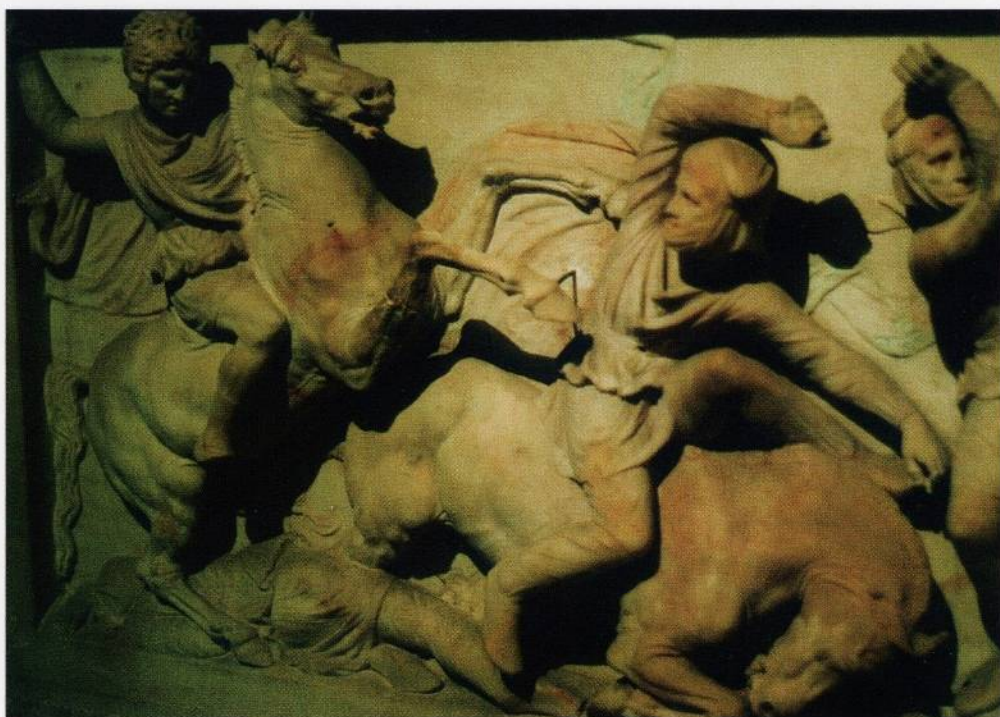
En un documento babilónico, escrito en acadio y datado en el segundo año de reinado de Darío II (422 a.C.), aparece esta lista de los aparejos de un jinete:

Un caballo con su mozo, su arnés y su caparazón de hierro, y un casco, un corselete de cuero, un escudo, 120 flechas, una maza de hierro, dos jabalinas con punta de hierro y su cuota de dinero.

Archivo Murasu BE 10, 61

Parece ser que la caballería persa nunca utilizó el escudo de forma generalizada durante el período aqueménida. Los escudos ligeros de caña y mimbre aparecieron por primera vez alrededor del 450 a.C., y se cree que

Detalle del sarcófago de Alejandro (Estambul, Museo de Arqueología, 370 T), Necrópolis Real (Sidón), en el que aparece un jinete persa sin escudo vestido a la usanza de los medas y con la *tiara* persa. Por regla general, los ropajes persas eran de colores vivos y estaban adornados con bordados en forma de cuadrados, obleas, círculos o rosetas, aunque sin duda los hombres más pobres empleaban atuendos más sencillos y menos vistosos. (Esther Carré)



fueron los escitas, que llevaban una versión más pequeña y alargada de la *spara* para uso de la caballería y que los persas empleaban como mercenarios, los que introdujeron su uso. Esta afirmación se deduce de las figuras de cerámica roja ática, en las que aparecen persas a caballo llevando escudos en aquella época.

Los jinetes persas cabalgaban sin estribos ni sillas rígidas –como mucho, lo hacían sobre mantas acolchadas– y los caballos ni siquiera llevaban herraduras, aunque el clima seco ayudaba a reforzar los cascos de los animales. Pese a todo, los persas eran muy hábiles tanto en la lucha directa como en las escaramuzas. Cuando realizaban alguna escaramuza, grupos a caballo independientes cabalgaban por el frente del oponente descargando jabalinas o flechas, para luego retirarse y disparar al enemigo cuando éste se batía en retirada. En la lucha cuerpo a cuerpo, los jinetes no trataban de desmontar al oponente, sino que atacaban sus flancos vulnerables y su retaguardia. La caballería de la época –de hecho fue así hasta tiempos relativamente modernos– no solía cargar sobre formaciones de infantería sin romper.



Las levass

Aparte del ejército regular, siempre que era necesario se organizaban levass entre los pueblos súbditos, por lo que se precisaba mucho tiempo, a veces años, para reunir un ejército importante. En la época en que Jerjes trató de anexionarse la Grecia continental, el Imperio persa se extendía desde el Indo, al este, hasta el mar Egeo, al oeste, y desde el río Jaxartes (actual Sir-Daria), al norte de la primera catarata del Nilo, al sur. Así pues, un gran ejército reflejaba el tamaño del Imperio y lo variado de su población.

Herodoto nos proporciona una completa lista de la composición de un ejército de estas características (aunque ignoramos las cifras exactas), en concreto del que partió con la expedición de Jerjes a Grecia. Aunque son las únicas noticias que nos han llegado acerca de estos exóticos y variados contingentes, no hay razón alguna para dudar de la exactitud de la descripción del historiador del ejército en Dorisco. Herodoto confeccionó este catálogo (7, 61-87) con gran precisión y parece probable que empleara para ello un documento oficial persa promulgado por el mismísimo Jerjes. En la lista aparecen 45 pueblos, incluyendo indios y árabes armados con sus arcos nativos, organizados en seis cuerpos étnicos y bajo 29 mandos distintos.

El Imperio se dividía en satrapías, cada una de ellas encabezada por un gobernador o sátrapa (persa antiguo *xshacapavan*, literalmente, «protector del reino»), elegido por el Gran Rey y cuyo número oscilaba entre 20 y 29 en los distintos períodos del reino de Darío. Herodoto (3, 89, 1), refiriéndose probablemente a una época temprana, menciona una veintena. Se conserva una inscripción (Fornara 34), escrita en persa antiguo y que aparece en la pared sur del palacio real de Persépolis, que enumera 23 tierras del Imperio, mientras que la inscripción en tres idiomas de la tumba de Darío, excavada en roca en Naqsh-e Rostam, al norte de Persépolis, sepulcro de los primeros grandes reyes, lista 29 de ellas. Como virrey y representante del Gran Rey, el sátrapa convocaba levass y recaudaba impuestos (en efectivo o en especies), administraba la justicia del rey, construía carreteras y las mantenía en condiciones para la caballería,

Estatua fragmentada (Atenas, Museo de la Acrópolis, 602) de un arquero escita (h. 520 a.C.). Los escitas fueron uno de los primeros pueblos de una larga línea de poblaciones nómadas que emigraron al oeste procedentes de Asia central. En Atenas, bajo el gobierno de los tiranos de la saga de Pisistrato, los escitas sirvieron como mercenarios y, más tarde, ya en tiempos de la democracia, fueron empleados como policías. (Colección del autor)



Estatuillas de bronce (Londres, Museo Británico, WT 769, WT 800) de arqueros escitas de Santa María de Capua (h. 500 a.C.). Además de los soldados de a pie, los escitas proporcionaban a los persas efectivos de caballería. Los escitas eran hábiles jinetes y el caballo era la base misma del *ethos* del guerrero que tanto impresionaba a los extranjeros. (Colección del autor)

organizaba y mantenía un sistema de mensajería rápida, proporcionaba hombres para los grandes ejércitos y, a menudo, incluso se ponía al mando de éstos. Como elegidos del rey, solían ser miembros de la dinastía reinante, ya por nacimiento o por matrimonio.

Por encima de las levas en masa, también había numerosas guarniciones persas en importantes centros del Imperio y los sátrapas tenían su propia guardia personal o *arstibara*, pero ésta no podía incorporarse al gran ejército con poca antelación porque siempre había peligro de revueltas. Las tribus de las montañas, nominalmente súbditas del Gran Rey pero independientes en la práctica, en especial de las regiones orientales de Irán y más allá de éstas, solían estar disponibles con más prontitud y se les podía contratar para la lucha. Las levas de los sátrapas y los mercenarios de las tribus se reunían en un punto de reclutamiento (en persa antiguo, *handaisa*), donde se les pasaba revista y se les formaba.

Las estadísticas no son el punto fuerte de las fuentes antiguas y los ejércitos de los «bárbaros» tenían una cierta tendencia a crecer en número en las distintas historias de las campañas. Así pues, los grandes ejércitos no eran nunca tan imponentes como afirmaban, exageradamente, los griegos: la pintoresca imagen que ofrece Herodoto (7, 21, 2; 187, 2; 196, 2) es que las hordas persas se bebían los torrentes y los ríos de Grecia. Un minucioso examen de la topografía, la logística (en especial, la fundamental cuestión del suministro de agua), la organización de la *spada* y los órdenes de batalla oficiales, permite a los historiadores calcular unas cifras razonables para las fuerzas persas. De esta manera, el 1.700.000 de hombres que, según Herodoto (7, 60, 1), cruzó el Peloponeso, han quedado reducidos a entre 60.000 y 70.000, incluyendo unos 10.000 jinetes, a los que pueden añadirse entre 10.000 y 20.000 tracios y aliados griegos que se incorporaron en ruta (Lazenby 1993: 92). Del mismo modo, el ejército real formado por 1.200.000 de hombres de Artajerjes II Menón en Cunaxa (Jenofonte, *Anábasis* 1, 7, 11) se reducía, en realidad, a 60.000 (Anderson 1974: 100).

Táctica

Antes de la batalla, se convocaba un consejo de guerra y se discutían los planes de acción. La línea de batalla solía establecerse del modo siguiente: los soldados de infantería se colocaban en el centro, flanqueados por la

caballería y con el apoyo de las tropas ligeramente armadas. El comandante en jefe, situado en una posición central y rodeado por las tropas de su casa, observaba las líneas de batalla y dirigía la acción desde un punto elevado, la posición más segura y lógica, desde la que emitía las órdenes. Los historiadores griegos, evidentemente, hacen hincapié en las diferencias evidentes entre los distintos ejércitos. Sólo cabe imaginarse a Jerjes en las Termópilas, por ejemplo, sentado en el alto trono que sus servidores cargaban a la espalda, contemplando el campo de batalla, mientras que Leónidas, cual caudillo de guerreros de tiempos homéricos, luchaba hombro con hombro con sus soldados.

Cuando la batalla se acercaba, los soldados se ponían sus vestimentas, lanzaban sus primeras flechas y estudiaban al oponente. Al límite del alcance de un arco, alrededor de los 200 m, los soldados empezaban a doblar sus armas. Antes de que el espacio entre ambos ejércitos se estrechara, el objetivo era provocar la confusión en las líneas enemigas con flechas. El alcance efectivo de los arcos persas era de unos 100 m. Entonces, los soldados empuñaban lanzas y hachas y avanzaban con el apoyo de la caballería, que atacaba los flancos. Los persas tendían a ser cautos y metódicos, por lo que su estilo de lucha era, en esencia, defensivo. La táctica clave era reunir a su infantería en formaciones cerradas, protegidas tras sus escudos, y luego acosar al enemigo con una tormenta de flechas lanzada a distancia. La caballería cargaba entonces con jabalinas o flechas. Para entonces, los posibles supervivientes ya habían huido o caerían bajo las lanzas de los persas.

Esta táctica funcionaba bien en las anchas llanuras de Asia contra otros ejércitos asiáticos, pero no servía contra los hoplitas griegos. A menos que se dispararan de cerca, las corazas y los *aspis* de los hoplitas detenían las flechas enemigas y, cuando empezaba el combate cuerpo a cuerpo, nada podía hacer el valor ante la falta de corazas y las inferiores armas de choque de los persas. De hecho, incluso la élite imperial, los Inmortales, iban armados con lanzas más cortas que las que blandían los hoplitas (Herodoto 7, 211, 2). En la batalla de Platea, por ejemplo, los soldados persas y griegos se enfrentaron en un feroz combate cuerpo a cuerpo. En palabras de Herodoto:

[Los persas] consiguieron detener las lanzas de los griegos y romperlas en muchas ocasiones, pues en valor y espíritu guerrero los persas no eran ni un ápice inferiores a los griegos; mas no tenían corazas, estaban mal entrenados y su habilidad con las armas era muy inferior a la de sus enemigos. Unas veces uno a uno y otras en grupos de diez, ora menos numerosos y ora más, cargaban contra los soldados espartanos y perecían.

Herodoto 9, 62, 3

También hace hincapié en el hecho de que no llevaban «ropas protectoras» (*gymnetes*, literalmente «desnudos» 9, 63, 2), en comparación con los hoplitas griegos.

Así pues, para los persas era de vital importancia prevenir la melé que deseaba la falange hoplita obligando a los helenos a detenerse con una lluvia de flechas. En cuanto los griegos se cerraban, éstos adquirirían la ventaja, pues los persas estaban mal equipados y, más importante todavía, carecían de la cohesión necesaria para resistir a los hoplitas. Aun así, los griegos no eran más inteligentes ni más valientes que los persas, y si éstos lograban las condiciones tácticas que deseaban, como hicieron en Malene, la victoria estaba asegurada. La falange hoplita era un instrumento sencillo



Ánfora ática de figuras rojas (París, Museo del Louvre, G 106), atribuida al artista Eufonio (h. 510-500 a.C.). Este detalle muestra a un guerrero escita blandiendo un *sagaris*, la estilizada hacha adoptada por los persas, y un *gorytos*, la combinación de carcaj y funda para el arco, característico de las culturas nómadas de las estepas. (Esther Carré)

en comparación con el flexible ejército persa y, a pesar de Maratón, los helenos todavía tenían que medir sus fuerzas contra los persas.

Los medos y los persas

En la imaginación de la mayor parte de escritores griegos, los bárbaros por excelencia, la quintaesencia de «el otro», eran los persas. Aun así, solían confundirlos con sus parientes cercanos, los medos, y utilizaban las palabras medo (*medos*) y persa (*persa*) como sinónimos. Por ejemplo, en el epitafio de Esquilo, cuando se hace referencia a sus hazañas en la batalla de Maratón, se habla de que los «medos de largos cabellos» fueron testigos de dichas proezas marciales. Los persas pertenecían a la misma *ethnos* que los medos, es decir, la iraní, tenían la misma religión y sus lenguas estaban emparentadas. El Imperio persa era, de hecho, un reino conjunto de medos y persas, pero los orígenes de la instauración de la dinastía aqueménida por parte de Ciro se encuentran en una interpretación inversa de las tradicionales relaciones políticas entre ellos. Desde aquel momento, los persas de las regiones meridionales de Irán pasarían a un segundo plano.

Los medo-persas eran un producto poco común en Asia. Como los griegos, los asiáticos de aquel entonces tendían al politeísmo, pero el monoteísmo de los persas se convirtió en el fundamento de la religión de la raza. Tenía un origen legendario en las enseñanzas dualistas del profeta reformador Zaratustra (o Zoroastro, como se le conoce en la tradición latina), quien afirmó que Ahura Mazda era el único dios. Había otros objetos de culto –las estrellas, el sol, la luna y el fuego, maravillosas e incomprensibles creaciones de Ahura Mazda, el Sabio Señor–, pero él era el único dios. Como deidad suprema de la luz y la verdad, se promovió su culto como herramienta política, en especial por Darío, El nuevo imperio con el que los griegos habían entrado en contacto no era un simple cúmulo de barbarie, sino una maquinaria muy bien organizada, controlada por unas gentes tan sofisticadas, o quizá más, que los propios helenos.

Ánfora de figuras rojas áticas (París, Museo del Louvre, G 46), atribuida al artista Nikoxenos (h. 500 a.C.). Detalle que muestra a un hoplita dirigiéndose a la batalla acompañado de un escita. Con su peculiar sombrero puntiagudo asentado sobre la cabeza, el guerrero lleva un gorytos en el que guarda su arco y sus flechas, así como un sagaris. (Esther Carré)



PLANES ENFRENTADOS

Las guerras médicas son el primer conflicto de la historia europea que es posible reconstruir, sobre todo gracias a los esfuerzos de Herodoto –las otras fuentes pueden descartarse prácticamente–, quien consideraba que el conflicto entre Oriente y Occidente era la clave de toda la historia. Aun así, sus relatos parecen bastante ingenuos y están repletos de coloridas anécdotas y largas disertaciones, tanto personales como literarias. Más aún, apenas nos proporciona ningún análisis sobre los tipos de tropas, las armas, la logística o las cuestiones de mando. Prácticamente no disponemos de datos, ni de estrategias, ni de tácticas, y lo poco que tenemos se antoja un tanto absurdo a los ojos de un historiador moderno. Por ejemplo, todo lo que se menciona acerca de técnicas se encuentra en forma de largos discursos de la boca de generales y almirantes antes de un enfrentamiento. Estos discursos parecen simplistas en detalles técnicos y, lo que es aún más frustrante, no son auténticos porque están reconstruidos de tradiciones generales que consideran los hechos más que las razones.

Para ser más caritativos con Herodoto, debemos recordar que el valor de un historiador depende de sus fuentes, y la mayor parte de las noticias de los acontecimientos que tuvieron lugar antes del 480 a.C. procede de la tradición oral, mientras que los posteriores a esa fecha proceden de relatos de testigos presenciales. Por supuesto, estos testigos, tanto griegos como persas, deben ser de los soldados que tomaron parte en las batallas, y no generales o almirantes, que llevarían largo tiempo fallecidos. Además de más mundanos, es evidente que estos hombres no estarían familiarizados con cuestiones militares, por lo que sus relatos sobre las discusiones en los consejos de guerra, tanto persas como griegos, deben ser tratados con especial cautela.

Algunos historiadores creen, e incluso le acusan de ello, que Herodoto era un incompetente en cuestiones militares. El argumento habitual es que no era un soldado y, por tanto, no comprendía lo que motivaba a los generales y

El Helesponto (Dardanelos) es una estrecha franja de agua de unos 55 km de longitud que separa Anatolia de Europa. Jerjes quiso tender un puente sobre su extremo sur occidental, entre Abido (la parte de tierra que se observa a la derecha de la imagen) y Sesto (a la izquierda de la misma), donde el Helesponto sólo tiene 1,5 km de anchura. (Colección del autor)



almirantes. Aun así, estos generales (*strategoi*) y almirantes (*nauarchoi*) no eran los más habilidosos de su época. Un *strategos* ateniense, por ejemplo, era elegido para el cargo y podía mandar –y a menudo así era– tanto en el mar como en tierra. De hecho, apenas podemos considerar a Temístocles, que nunca había estado al mando de una flota antes de Artemisio, como un experto en el arte de la guerra; aunque era un hombre ajeno al privilegiado círculo de la nobleza ateniense, debía su puesto a su nacimiento y a su riqueza. El arte de la guerra en la Antigüedad es muy distinto del de los tiempos modernos. Además de algunos raros manuales militares (por ejemplo, la *Ciropeia* de Jenofonte), no existía ninguna clase de entrenamiento formal ni academias militares, y los dos generales más grandes de la Antigüedad, Alejandro y Aníbal, aprendieron su oficio sentados en las rodillas de sus padres. Así pues, debemos creer los hechos que narra Herodoto, pero también cuestionar las explicaciones que éste propone acerca de los porqués de que ciertas cosas sucedieran de determinado modo.

EL PLAN GRIEGO

La resistencia en la Grecia continental se centraba en Esparta y sus aliados del Peloponeso, pero Atenas también se unió a la alianza contra Persia –lo que los comentaristas modernos suelen llamar la Liga Helénica– junto a un puñado de otros estados de la Grecia central y las islas vecinas. En un principio, había otros estados del norte, como Tesalia, que estaban dispuestos a luchar, y, siguiendo una petición de los tesalios, se mandó una expedición de 10.000 hoplitas para defender el valle del Tempe (Témbi), cerca del monte Olimpo. Este ejército fue reforzado por unos jinetes tesalios, que se retiraron rápidamente cuando se enteraron del tamaño del contingente de Jerjes y cuando se dieron cuenta de que el Tempe podía caer y dejar a los tesalios sin ninguna otra alternativa que «medizar» (*medizein*), es decir, someterse al Gran Rey. Fue entonces cuando se decidió defender las Termópilas, mientras la flota de la Liga Helénica se encontraba apostada frente a Artemisio, a unas 40 millas náuticas al este, en la costa norte de Eubea, la larga isla con forma de pez que protege la costa de Ática. En este lugar, los griegos se defendieron de los persas durante tres días, aunque las bajas que habían sufrido en la batalla de las Termópilas terminó por obligarles a una retirada.

El tema, en general, de la estrategia de los griegos se complica por el decreto de Trecén, un documento inscrito en una estela de mármol (piedra-monumento), con letras del siglo III. En 1959, Jameson redescubrió el decreto en la parte trasera de un café en Trecén, la ciudad del Peloponeso famosa por ser el lugar del nacimiento del legendario Teseo de Atenas. Para deleite del mundo académico, la inscripción se publicó rápidamente (Jameson 1960). Evidentemente, muchos historiadores cuestionan la autenticidad del decreto, e incluso hay algunos, como Lazenby (1993: 102-104), que creen que es una elaboración con fines patrióticos del siglo IV a.C., cuya forma acabó de perfilarse en el siglo III, más que una copia auténtica del decreto oficial ateniense del 481-480 a.C.

La inscripción (Fornara 55), también conocida como decreto de Temístocles por el hombre que, aparentemente, promovió su proclamación por la asamblea ateniense, habla de la temprana evacuación del Ática y de la movilización de la flota con intención de detener a los persas en el istmo de

Corinto, la puerta de entrada al Peloponeso, y no en las Termópilas y en Artemisio; originariamente, los atenienses planeaban mandar sólo la mitad de su armada al norte de una vez, manteniendo el restante centenar de trirremes en reserva en las inmediaciones de Salamina y Ática. Si todo esto es cierto, lo cual podría haberse decidido antes de la invasión persa, podríamos argumentar que los griegos, efectivamente, estaban pensando por adelantado. Pero en la versión de los acontecimientos que nos ha legado Herodoto, los helenos no hacen tal cosa. Por el contrario, parece que improvisan en lugar de seguir un plan maestro.

Como señala Burn (1984: 367-368), sólo la mención del número de diez hoplitas de entre 20 y 30 años de edad como infantes de marina (*epibatai*) provoca una gran incertidumbre. Esta cifra se corresponde con lo que Herodoto (7, 185, 1, 8, 17) parece haber pensado que era la dotación habitual de los bajeles de guerra griegos en aquella época, pero tanto él como el decreto probablemente cometen un anacronismo. Sabemos que éste era el número de personas que embarcaban en las trirremes atenienses de la guerra del Peloponeso, que maniobraban para atacar con el ariete (Tucídides 2, 23, 2; 9, 94, 1; 95, 2), pero parece haber sufrido una reducción desde los tiempos antiguos. Tucídides, en la batalla naval entre Corinto y Corcira, en la costa de las Sibota (433 a.C.), menciona a «muchos hoplitas, lanzadores de jabalinas y arqueros sobre el puente» como ejemplo del «tipo pasado de moda» (1, 49, 1).

En realidad, nos recuerdan a las trirremes de Lada (494 a.C.), cada una de las cuales embarcaba 40 hoplitas escogidos que servían como *epibatai* (Herodoto 6, 15, 2). Parece cierto que en los barcos de esta armada producida en masa, con la que estaba tan ansioso por presentar batalla en aguas angostas, Temístocles debía haber planeado embarcar muchos más hoplitas que diez por bajel. Ciertamente, no había hoplitas atenienses en las Termópilas, como había sucedido anteriormente en Tempe, y es inimaginable que los que tenían más de 30 años de edad se limitaran a quedarse en el Ática cuando la flota se dirigió al norte.

El relato de Herodoto sobre las Termópilas provoca dos importantes preguntas: primera, ¿por qué tenía Leónidas tan pocos hombres bajo su mando?, y segunda, ¿qué sucedió realmente en aquel desafortunado último día? La cuestión de la catástrofe final se verá más adelante. En cuanto al tamaño de ejército de Leónidas, Herodoto comenta en repetidas ocasiones (7, 203, 1; 206, 2; 208; 8, 40) que esta fuerza sólo era una avanzadilla (*prodromoi*, literalmente «corredores anticipados») de un ejército mucho más grande. En otras palabras, pese a algunas modernas teorías que sostienen lo contrario, los helenos pretendían luchar en las Termópilas con el mayor número de fuerzas posible. A pesar de ello, la caída de las Termópilas fue, al menos para los griegos, inesperadamente rápida (Herodoto 7, 206, 2), y los atenienses en Artemisio, por ejemplo, donde servían el grueso de sus hoplitas como infantes de marina, pensaban que la principal fuerza terrestre del Peloponeso terminaría por concentrarse en la Grecia central. Esparta, por ejemplo, con sólo diez trirremes en Artemisio (Herodoto 8, 1, 2), podría haber mandado muchos más hoplitas a las Termópilas, con independencia del número de marines que hubieran podido transportar cada uno de sus barcos. Herodoto decía de Esparta (7, 234, 2) que al menos tenía 8.000 ciudadanos guerreros adultos en aquella época.

La excusa que se adujo para disculpar el retraso del envío de refuerzos al norte fue la celebración del festival dórico de las Carneas, dedicadas a

Apolo, y de los Juegos Olímpicos Panhelénicos (Herodoto 7, 206, 1). Las Carneas, que se celebran en la tercera luna después del solsticio de verano, eran el capítulo más sagrado de un mes sagrado, en el que ningún dorio podía ir a la guerra, y nadie en la Antigüedad osaba vulnerar tales preceptos religiosos (Tucídides 5, 54; 76; Platón, *Leyes* 698E; Jenofonte, *Hellenika* 4, 7, 2). Por ello, los espartanos no estaban junto a los atenienses cuando éstos vencieron en la batalla de Maratón. Después de la luna llena, 2.000 hoplitas espartanos se dirigieron a Ática y, aunque tardaron sólo tres días, todo había acabado ya. Exigieron ver a los persas muertos y, tras ser complacidos y alabar el trabajo de los atenienses, partieron de regreso al hogar (Herodoto 6, 106, 3; 120). La razón que adujeron los espartanos para no acudir a las Termópilas con todas sus fuerzas, sobre la única base de Maratón, se consideró perfectamente legítima.

El número limitado de peloponesios no dorios también se explica por cuestiones religiosas, aunque, en su caso, se trataba del festival olímpico cuatrienal en honor del dios Zeus el que mantuvo lejos a tantos hombres. Cada cuatro años, tres heraldos sagrados partían de Olimpia para visitar todos los rincones del mundo griego y proclamaban una tregua sagrada, lo que permitía a los viajeros que acudían al festival o que regresaban del mismo cruzar cualquier Estado sin temer por su seguridad. Todos los helenos eran invitados a unirse al acontecimiento sagrado en el santuario de Zeus, en Olimpia, cuyo día más importante siempre coincidía con la segunda o la tercera luna después del solsticio de verano. Como los estados griegos tendían a luchar entre sí en lugar de establecer alianzas, la tregua sagrada era importante para reforzar la amistad entre ellos. Estos encuentros panhelénicos eran cruciales para los helenos. En Olimpia, los espectadores y los participantes de los estados griegos de todo el Mediterráneo compartían una cultura común en la que la piedad religiosa y el entusiasmo por el deporte eran de crucial importancia.

Sólo los varones libres podían competir en los juegos, y se creía que una victoria atlética acercaba al ganador a los dioses, pues la victoria se atribuía a la inspiración y al favor del mismísimo Zeus. A menudo, se decía del vencedor que se parecía a un dios. Para situar esto en el contexto de aquel otro acontecimiento crucial en el mundo griego del 480 a.C., la preparación de los Juegos Olímpicos estaba en los últimos estadios incluso mientras Leónidas y su



La entrada norte al canal persa, en la península del monte Atos, se encontraba en el actual pueblo de Nea Roda, emplazado en la depresión que puede observarse en el centro de la imagen, a la izquierda. Los persas levantaron amontonamientos de protección en ambos extremos, y los que había en este extremo del canal pueden entreverse justo pasada la aldea. En el horizonte se vislumbra el cabo Arapis. (Colección del autor)

diminuta fuerza se preparaban para entregar sus vidas en sacrificio. Pocos días después, mientras los persas incendiaban Atenas, los juegos se celebraban en el santuario de Olimpia. Los atletas, como todos los asistentes en general, procedían de todos los rincones de Grecia, aunque se cree que ni los espartanos ni los atenienses compitieron mientras sus conciudadanos morían a manos de los persas.

Por supuesto, los escépticos pueden sugerir una razón menos noble: que los estados peloponesios se negaron a mandar a sus hombres a la defensa del centro de la Grecia continental. Sin embargo, la estrategia de la Liga Helénica estaba articulada entre un compromiso para contener a Jerjes tan al norte como fuera posible –permitiendo así al mayor número posible de estados griegos unirse en la resistencia– y el natural deseo de defender el propio territorio. Debe recordarse que, en este período de la historia de Grecia había poco patriotismo étnico, o ninguno en absoluto. Un hombre pertenecía a su *polis* mucho antes de que tuviera idea alguna de Grecia o de que todos los griegos continentales formaran una nación cohesionada. Las *poleis* funcionaban de manera independiente unas de otras, y formaban alianzas y comerciaban entre sí como naciones separadas. Este estado de la situación implicaba que las Termópilas estaban condenadas a ser un clásico compromiso y, como suele suceder con todos los compromisos, estaba destinada al fracaso.

Los griegos no sabían concebir planes o estrategias a largo plazo en el 480 a.C., lo cual se explica cuando se considera que, a diferencia de los persas, nunca antes habían luchado en una guerra a gran escala. Los 10.000 hoplitas que acudieron al paso ribereño del Tempe probablemente repre-

sentaban, en la mente de los generales griegos, un gran ejército. Asimismo, la experiencia militar de estos estados solía estar limitada a incursiones entre fronteras, no a invasiones a gran escala, pues en aquella época los griegos rara vez se enzarzaban en batallas fuera de su propio territorio. Aun así, los miembros de la Liga Helénica se reunieron por primera vez en el istmo de Corinto en el otoño del 481 a.C. para limar asperezas, mandar espías y establecer alianzas. En la primavera del año siguiente se celebró una segunda conferencia, cuando una delegación de Tesalia solicitó ayuda militar; entonces, los 10.000 hoplitas acudieron al valle del Tempe.

Si Tesalia no hubiera solicitado ayuda, los otros aliados griegos probablemente habrían acudido a las Termópilas y, de hecho, Herodoto observa este dato. Además, si éstas eran defendidas por un número suficiente de tropas, era el lugar natural para detener a un invasor que pretendiera entrar en Grecia por el norte (279 a.C.); Antíoco *el Grande* se enfrentó a los romanos en este lugar (191 a.C.) y las fuerzas neozelandesas defendieron el paso en una acción de retaguardia contra la Wehrmacht (1941) y fueron desalojados por los bombarderos en picado Stuka.

Leónidas fue a luchar en el pico del verano del 480 a.C. con una pequeña fuerza que representaba un titubeante grupo de griegos antipersas –300 espartanos, 2.120 arcadios, 400 corintios, 200 de Fliunte, 80 de Mecenas (todos ellos peloponesios), 700 tespios y 400 tebanos (en representación de Beocia)–; además, en representación de los griegos de la región, más directamente afectados, acudieron 1.000 focenses y la fuerza al completo de los locros opuntios (Herodoto 7, 202-203, 1), que Diodoro (11, 4, 7) estimó en 1.000 hombres. Cada contingente servía bajo su propio *strategos*.

En su versión de la batalla, Herodoto también señala (7, 229, 1) que había un ilota de servicio para cada espartiata en las Termópilas. Asimismo,



El canal que los persas excavaron a través del istmo en la península del monte Atos como pasaje para la flota invasora necesitó tres años para ser completado. En esta fotografía aérea de la península, orientada al sureste hacia el monte Atos, puede apreciarse la entrada norte a la izquierda, en la mitad superior de la imagen. (Colección del autor)

habría sido sorprendente que no hubiera ningún *perioikoi* (literalmente, «los que viven en los alrededores», es decir, los habitantes de las aldeas cercanas a Esparta); también puede argumentarse que los *perioikoi* aportaron el mismo número de hombres que los espartanos, como harían al año siguiente en Platea (Herodoto 9, 11, 3). Incluso, aunque no tenían derechos de ciudadanía, se esperaba que los *perioikoi* luchasen en el ejército espartano. Más tarde, el ateniense Isócrates (4, 90; 6, 99) habla de 1.000 lacedemonios marchando hacia las Termópilas, lo que parece un número convenientemente redondo para englobar a los espartanos, los *perioikoi* y los ilotas que estaban con Leónidas. Esta cifra de 3.100 peloponesios que adjudica Herodoto sería consistente con la inscripción del monumento a la memoria de la guerra que éste menciona (7, 228, 1) y que afirma que 4.000 hombres del Peloponeso lucharon en las Termópilas.

Pese a que las Carneas prohibían a los espartanos acudir a la lucha, es posible que Esparta reconociera la absoluta necesidad de mandar algunas tropas al norte para defender el paso. El propio Leónidas escogió a los Trescientos para que las posibles pérdidas no extinguieran ninguna de las líneas de sangre espartanas. Lazenby (1985: 54-55) sugiere que esta selección se hizo al azar, cargando así a los dioses la responsabilidad de quienes habían de ir. El propio Leónidas podría haber quedado exento debido a la prohibición, porque, con más de 60 años, ya no estaba en edad militar.

EL PLAN PERSA

Prácticamente lo ignoramos todo acerca de la estrategia persa a excepción de lo evidente, es decir, que Jerjes no había planeado la invasión simplemente para castigar a Atenas, sino que era un intento en toda regla para conquistar la totalidad de la Grecia continental. Para Herodoto, todo se reduce a las debilidades personales de un autócrata sacrílego, el propio Jerjes. Aunque no debe rechazarse esta opinión de antemano, también deben explorarse otras razones más racionales.

Persia era vasta y rica, pero Grecia era pequeña y pobre, y poco tenía que ofrecer al Gran Rey, quien, después de todo, era el hombre más rico de la tierra. Incluso así, el inmenso perímetro de aquel reino políglota era vulnerable. Una de las ventajas de la conquista de la rocosa Grecia que pudiera haber considerado el alto mando persa era la creencia de que su Imperio nunca estaría realmente seguro mientras hubiera una posibilidad de revuelta, respaldada por los griegos continentales, de los estados griegos de la Anatolia del Egeo. Una segunda posibilidad tiene que ver con las circunstancias que condujeron a la entronización de Jerjes, que sugieren que él y sus partidarios necesitaban reforzar su posición mediante las conquistas y, por supuesto, la gloria. Sin embargo, más allá de estas consideraciones, no hay nada que pueda darse por sentado.

Los persas no supieron ver hasta qué punto iban a unirse los griegos, de modo que el alto mando podría haber pensado que la invasión sería un simple paseo en el que cada Estado heleno caería por turnos, más o menos como había sucedido en las operaciones que siguieron al colapso de la revuelta jonia. Así pues, no planearon la invasión como un todo, aparte de la cooperación entre la flota y el ejército. La armada tenía instrucciones precisas de rodear las posiciones griegas en tierra, un hecho que se menciona en una conversación que recoge Herodoto, que tuvo lugar tras la batalla de las Termópilas entre Jerjes y Demarato, o así lo afirma el historiador. Sin embargo, cierto o falso, el antiguo rey de Esparta pensó que la flota persa podría rodear el istmo de Corinto para asediar Laconia desde el mar y obligar a los espartanos a regresar a sus tierras. Pero parece ser que el hermano del Gran Rey, Aquémenes, comandante de la flota, rechazó esta estrategia. Incluso, si no se acepta que Herodoto esté recogiendo un debate auténtico, puede comprobarse que en la flota persa se concebían estratagemas de este tipo.

Pese a que habían sido derrotados, la campaña de Maratón mostró a los persas que transportar hombres y caballos por mar era factible. Además de este papel ofensivo, sin embargo, la flota desempeñó un segundo papel de naturaleza defensiva. Los persas no eran marineros, y su flota procedía de la conquista de pueblos del mar como los egipcios, los fenicios y los griegos de Asia Menor. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que la nueva armada de Atenas, que acabaría por proporcionarles su imperio, era muy capaz de amenazar sus líneas de comunicación por el Egeo e incluso de provocar una revuelta a sus espaldas.

Finalmente, muchos historiadores modernos han propuesto que la armada persa desempeñó un tercer papel: el del transporte de suministros. Esta idea es discutible, pues no existen pruebas que la respalden. Herodoto sólo habla en dos párrafos sobre la cuestión del transporte de suministros por mar. En el primero se menciona la creación de almacenes de provisiones en tierra a través de Tracia, pero que se traerían por mar y no estarían destinadas al ejército. En el segundo hace referencia a la gran tormenta de verano en la costa de



Hoy, la entrada sur del canal persa en la península del monte Atos no es más que una marisma. El istmo se ha elevado unos 14 m desde la conclusión de este canal, aunque todavía queda una ligera depresión. El canal tenía una longitud de unos 2,2 km y era lo bastante ancho como para permitir el paso de dos trirremes al mismo tiempo. (Colección del autor)



Estrimón, en Nueve Caminos (Tracia), lugar de la tardía colonia ateniense de Anfípolis. En la imagen aparece el antiguo puente de carretera, visto desde lo que los británicos, en lucha contra las fuerzas alemanas y búlgaras (1916-1918), llamaban colina de Santa Catalina (Cota 164). Fue en estos alrededores donde los ingenieros persas construyeron un puente sobre el río para el paso del ejército de Jerjes. (Colección del autor)

Magnesia que mandó la flota a pique (originariamente de 1.207 trirremes); Herodoto (7, 190-191) estima que 400 trirremes quedaron totalmente destruidas, además de un número incalculable de mercantes. Como respuesta, podemos destacar el hecho de que, incluso si no aceptamos el cálculo de Herodoto del tamaño original de la flota persa, había un enorme cuerpo de personal de la armada que tenía que alimentarse al menos una vez al día, si no dos, de modo que estos viejos barcos debieron de transportar suministros para aprovisionar a la armada, no al ejército.

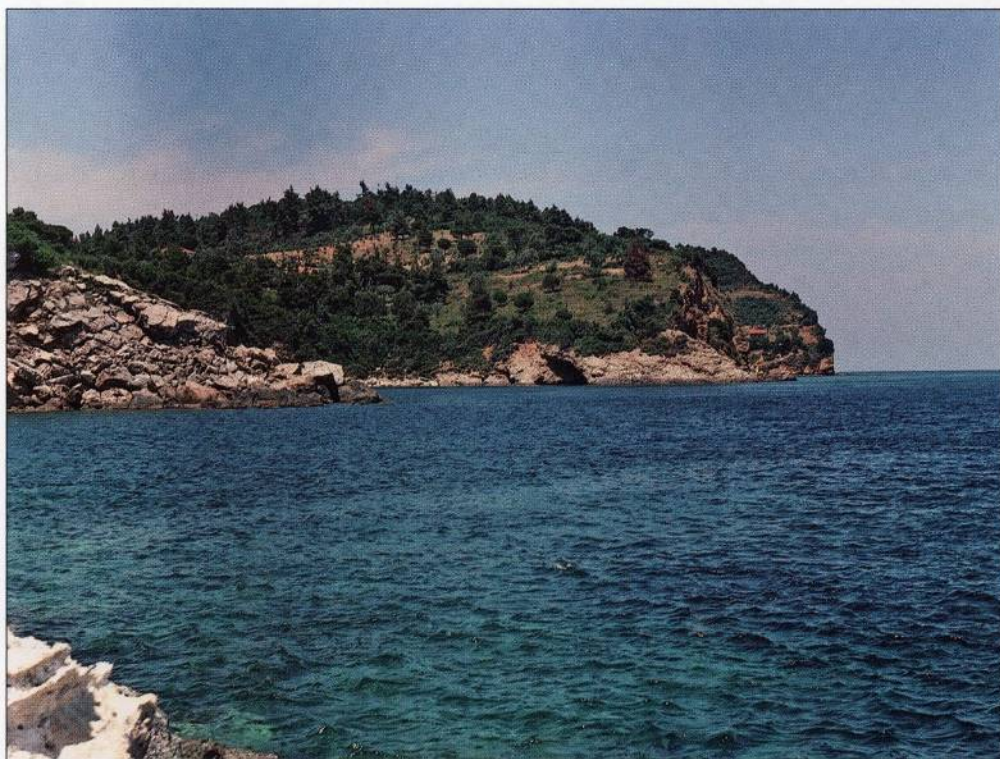
El argumento decisivo es, sin embargo, el hecho de que, durante las primeras semanas de la invasión, la armada y el ejército operaban como entidades separadas. El ejército descendió hasta el paso de las Termópilas mientras la flota defendía sus posiciones en la costa de Artemisio, y ambas armas no se reunieron hasta que estos dos enfrentamientos hubieron concluido. En cuanto al aprovisionamiento del ejército, era una cuestión bastante sencilla, pues se trataba de organizar almacenes de provisiones y una columna de aprovisionamiento y, por supuesto, de robar alimentos en las poblaciones locales, aquello que también se conoce como «vivir de la tierra y destrozarla».

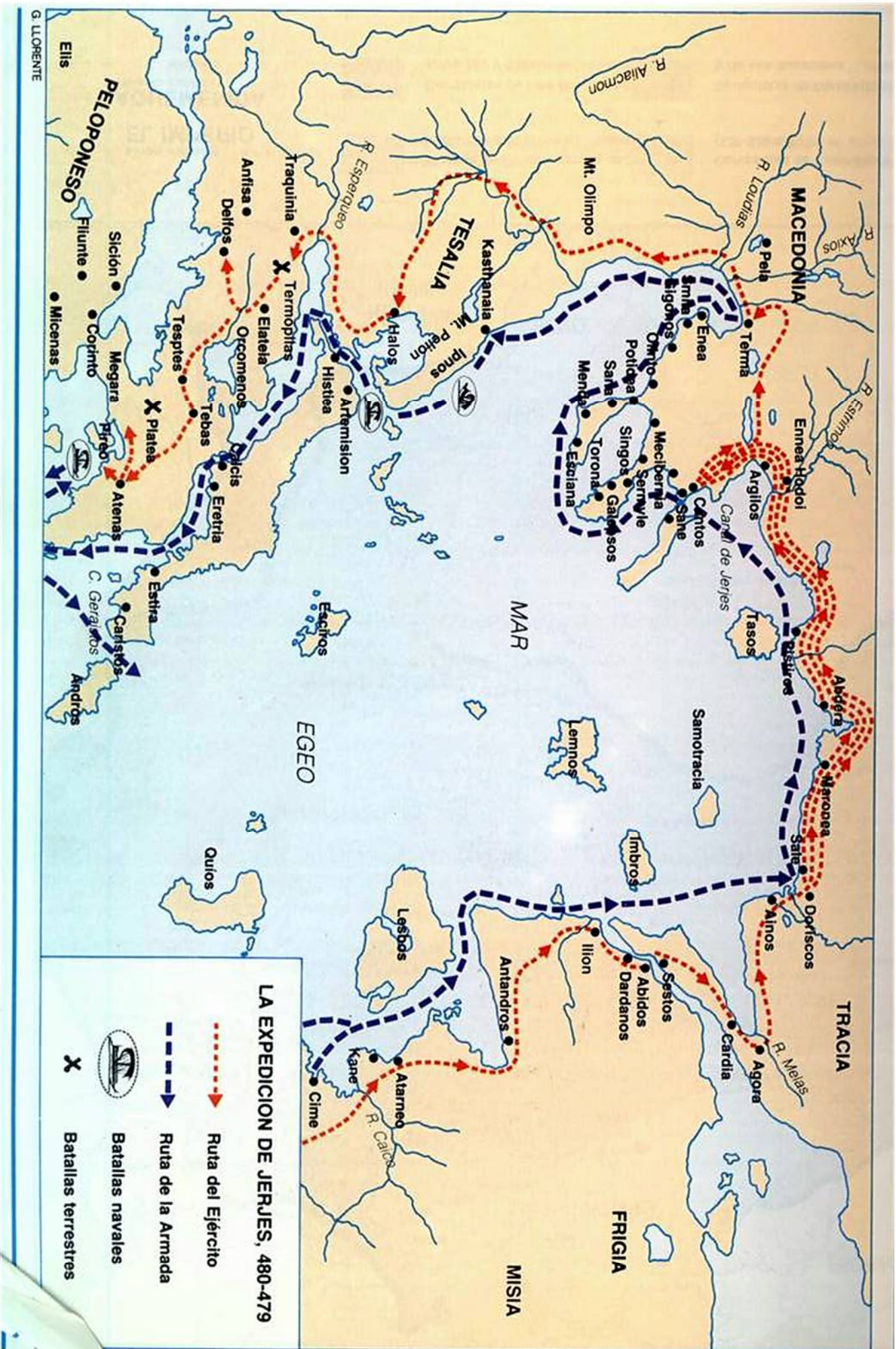
INICIO DE LA CAMPAÑA

En el otoño del 481 a.C., Jerjes, que había de ponerse a la cabeza de la invasión en persona, situó a su gran ejército en Sardis con el objetivo de pasar el invierno en este lugar instruyendo a sus soldados. Las cifras que proporciona Herodoto son tan altas que resultan imposibles, pues afirma que los efectivos se elevaban a 5.283.220 hombres procedentes de todos los rincones del Imperio (7, 186, 2); según el historiador, 1.700.000 (7, 60, 1) eran soldados de infantería, 300.000 eran tracios y griegos «medizados» (7, 185, 2); la caballería, camellos y carros aparte, sumaba 80.000 unidades (7, 87, 1). Los historiadores modernos niegan la verosimilitud de estas cifras y han estimado la fuerza terrestre de Jerjes en alrededor de 80.000 hombres. La principal fuerza de ataque eran las fuerzas iraníes y el resto, un contingente, quizás útil pero simbólico, formado por otras etnias del Imperio.

Herodoto afirma que la flota persa estaba compuesta por 1.207 trirremes (7, 89-95; 184, 1), además de otros 120 barcos aportados por los griegos de Tracia y sus islas (7, 185, 1). Parece posible que el historiador intente reflejar la fuerza sobre el papel de la armada persa y no la verdadera flota de invasión de Jerjes, aunque resulta interesante notar que Esquilo (*Los persas* 341-343), que probablemente estuvo allí en persona, menciona la misma cifra, aunque para Salamina. Como destaca Lazenby, «vale la pena recordar que es mucho más fácil contar barcos que hombres» (1993: 94). Sea como fuere, el contingente total de una trirreme era de 200 hombres (Herodoto 7, 184, 1; 185, 1; 8, 17), 170 de los cuales eran remeros. Las trirremes persas, de nuevo

El cabo Sepiade (Kato Georgi) visto desde el sur. Fue cerca de este cabo de mar, en las costas de Magnesia, donde los bajeles persas sufrieron grandes penalidades antes del encuentro naval en las costas del Artemisio. Desde el monte Olimpo hasta el cabo Sepiade, las montañas de Magnesia, Osa y Pelion se extienden como un muro, pronunciado y sin puertos. (Colección del autor)







Artemisio toma su nombre de un templo erigido en este lugar y dedicado a la diosa Ártemis. «Mirando el Oriente» (*Proseoia*): este epíteto surgió del hecho de que desde este lugar los barcos partían hacia el este a través del Egeo. En la imagen, el cabo Artemisio, la punta más septentrional de Eubea, frente al cual se libró la batalla naval. (Colección del autor)



Vista del Áfetos (Platania), el legendario punto de partida de Jasón y los Argonautas situado inmediatamente al oeste del cabo Sepiade. La flota persa era demasiado grande para un solo puerto, de manera que tuvo que repartirse por varios de ellos. En la actualidad, Platania, un agradable centro turístico, está formada por una serie de pequeñas playas separadas por promontorios rocosos. (Colección del autor)

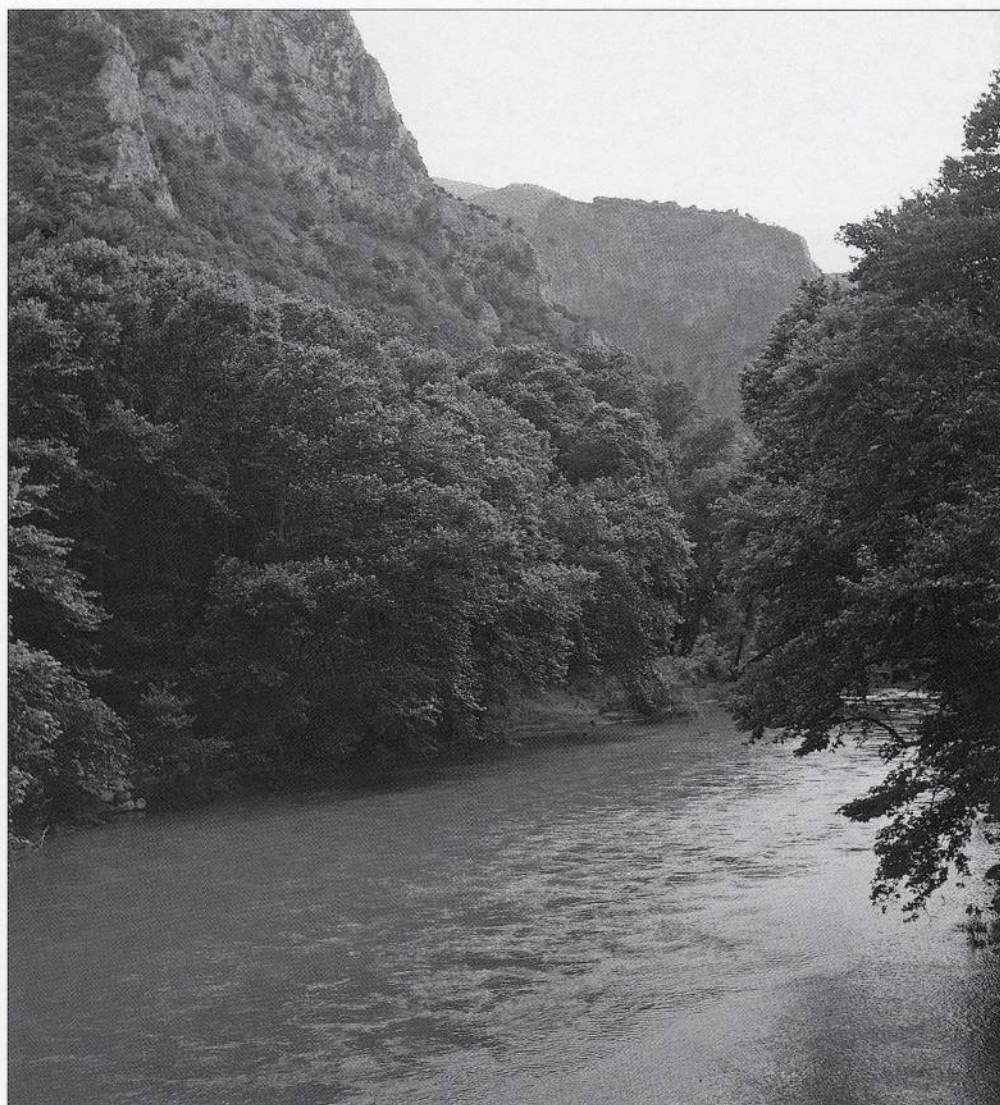
según Herodoto (7, 184, 2), embarcaban, además de un número sin especificar de verdaderos marinos, 30 guerreros adicionales persas, medas o escitas, estos últimos muy valorados por su habilidad con el arco. Cada barco persa estaba aprovisionado por un Estado súbdito persa, incluyendo los fenicios, los egipcios, los carios, los chipriotas y los griegos, entre otros pueblos. Los persas que no eran marinos suministraban sólo almirantes y marineros. Estos últimos probablemente se embarcaban para asegurarse la lealtad de la tripulación del barco.

Jerjes zarpó en la primavera del 480 a.C., cruzó el Helesponto a principios de junio y avanzó hacia el oeste a través de Tracia y Macedonia, para luego virar hacia el sur, hacia la Grecia central. Herodoto afirma que, antes de partir hacia Europa, el Gran Rey «sacrificó un millar de bueyes a la Atenea troyana» (7, 43). Según la tradición, los propios griegos habían invadido Asia casi mil años atrás. Tal es la extensa memoria de los antiguos. Como ya se ha reseñado,

los griegos pretendían detener a Jerjes en el valle del río Peneo, en el Tempe, el principal paso hacia Tesalia desde Macedonia, pero abandonó esta posición antes de cruzar el Helesponto. Al regresar al istmo de Corinto, los griegos debatieron en qué lugar debían tratar de resistir esta vez. La decisión fue ocupar el paso de las Termópilas con una fuerza de unos 7.000 hoplitas al mando de Leónidas. Al mismo tiempo, una flota de 27 trirremes (reforzada más tarde con otras 53) y nueve *penteconter* (galeras de 50 remos) zarparon hacia Artemisio, en el saliente más septentrional de la isla de Eubea bajo el mando nominal del almirante espartano Euribíades, hijo de Euríclides.

LA BATALLA NAVAL DE ARTEMISIO

Probablemente, los griegos temían que los persas acudieran a sus posiciones en las Termópilas por mar. Aun así, la posición en la costa del Artemisio estaba al menos a 40 millas náuticas de distancia de las Termópilas, es decir, un trayecto de ocho horas a remo hacia allá y otro de igual longitud de regreso, si asumimos que la velocidad de crucero de una trirreme era de cinco nudos. Aquello significaba que existía un retraso de unas 48 horas entre la flota y Leónidas: en otras palabras, no había comunicación directa entre los dos mandos helenos. Así pues, ¿por qué no situaron los griegos su flota directamente en las costas de las Termópilas?



El río Peneo (Pinios), con su abundante caudal, ocupa una parte tan extensa del valle del Tempe (Témbi) que en algunos lugares apenas hay 27 m por donde pueda pasar un ejército. Sin embargo, más hacia el oeste se abren otras rutas hacia Tesalia. (Colección del autor)

MARCHA DE JERJES HACIA LAS TERMÓPILAS, 480 A.C.

1. Mediados de abril: Tras reunir y formar su ejército durante los meses de invierno, Jerjes parte de Sardes para invadir Grecia.
2. Mediados de mayo: Jerjes se detiene en Troya, donde ofrece un sacrificio a la Atenea troyana y los magi derraman libaciones a los espíritus de los héroes de antaño.
3. Principios de junio: Jerjes cruza el Helesponto por los grandes puentes flotantes gemelos, con el apoyo de cientos de bajeles de guerra construidos por sus ingenieros.
4. Finales de junio: Jerjes pasa revista a su ejército y a su flota en Dorisco, el fuerte persa fundado por Darío en la boca del Hebro.
5. Mediados de julio: los ingenieros de Jerjes han tendido un puente sobre el Estrimón, cerca de la boca del río en Nueve Caminos con varios pontones para prepararse para el paso.
6. Finales de julio: la flota y el ejército se reúnen en Terme. Mientras un tercio del ejército despeja la siguiente franja de la ruta, el resto descansa durante una semana, aproximadamente.
7. Mediados de agosto: dejando de lado la ruta costera que pasa por Tempe, Jerjes lleva su ejército de Terme a Tesalia, al oeste de Olimpo.
8. Finales de agosto: tras atravesar Tesalia, Jerjes alcanza el paso de las Termópilas, consciente de que las fuerzas griegas ya se han apostado en él.



Sin duda, la logística necesaria para sostener tanto el ejército como la flota en aquella zona iba mucho más allá de las capacidades de los helenos. Efectivamente, éstos podrían haber situado sus bajeles en distintas posiciones más factibles más cerca de las Termópilas, pero parece ser que el hecho de estar cerca no era la única cuestión que debían tener en cuenta. Tampoco lo era el lugar del potencial enfrentamiento, pues los estrechos entre el Artemisio y el continente tienen unos 14 km de anchura y los griegos, con su desventaja numérica, habrían preferido luchar en aguas más angostas. Lo cierto es que no sabemos realmente por qué los griegos escogieron la zona del Artemisio, pero podemos tratar de aventurar distintas posibilidades.

Situándose en la punta más septentrional de Eubea, la flota griega evitaba que los persas rodearan la isla por el norte y se dirigieran luego hacia la zona costera occidental a través del canal interior existente entre ésta y el

ENFRENTAMIENTO EN LA COSTA DE ARTEMISIO, 480 A.C.



continente. La sombría zona costera de Eubea era, y aún lo es, una hostil franja de mar. Normalmente, es una costa azotada por el viento que carece de puertos seguros, a diferencia de la costa occidental, más suave, y vale la pena recordar las 400 trirremes persas que naufragaron como consecuencia de una violenta tormenta en la costa de Magnesia. Otra posibilidad es que los griegos temieron que, de no situarse en las costas de Eubea, la isla sería abandonada a los persas —Eretria y Calcis, los dos estados en cabeza, eran miembros de la Liga Helénica—, quienes podrían entonces desembarcar tropas de tierra en el extremo septentrional de la isla, marchar hacia el sur y cruzar hacia el Ática.

Herodoto no describe por completo la batalla naval propiamente dicha. La flota persa, ahora reducida por las tormentas, atracó en Áfetas (Platanía), justo al otro lado de Artemisio, a unos 16 km hacia el noreste. Al darse



El fondeadero griego ha sido identificado como la extensa playa de Pévki, 10 km al oeste del cabo Artemisio. Al oeste de Pévki, las playas se extienden en una cadena casi continua en dirección a la costa norte de Eubea, y las trirremes griegas debieron tener mucho espacio para atracar en una única línea. (Colección del autor)

cuenta de que los griegos estaban cerca, los persas mandaron una fuerza de 20 trirremes hacia el sur, por una ruta que discurría al este de Eubea, para rodear la isla y cortar la ruta de retirada del enemigo por el canal interior. Su intención era presentar batalla tan pronto como supieran que dicha ruta estaba cortada. Sin embargo, los griegos, «con la intención de poner a prueba la habilidad en el mar y la táctica de los persas» (Herodoto 8, 9), llegaron más tarde aquel primer día, de modo que la acción no se prolongó demasiado tiempo. Sabían que en un enfrentamiento prolongado terminarían por sucumbir ante el número superior de naves persas. Como respuesta, las tripulaciones persas, que apenas podían dar crédito a sus ojos, dirigieron sus barcos con confianza; esperaban una victoria fácil, pues «veían que los griegos tenían pocos barcos, mientras que los suyos eran muy superiores en número y contaban con más marineros» (Herodoto 8, 10, 1); así pues, los persas rodearon a los barcos griegos.

Ésta era la táctica naval conocida como *diekplous* («remar a través y partir»). Ésta peligrosa maniobra, se ejecutaba formando una línea de barcos hacia el frente y embistiendo con fuerza a la formación enemiga por el costado hasta romperla. Como respuesta, los griegos abandonaron la formación en línea, en la que podrían haber sido rodeados en aguas abiertas, y «formaron en un círculo cerrado con las proas hacia fuera y las popas hacia el centro» (Herodoto 8,11, 1), logrando tomar 30 barcos. Normalmente, sólo las flotas débiles y más lentas empleaban esta táctica defensiva, pero es difícil imaginar a 271 trirremes, la fuerza nominal de la flota helena ese día, formando un círculo que debía medir unos 5 km de circunferencia. Sin embargo, en su relato, Herodoto no utiliza exactamente la palabra «círculo» (*kyklos*), sino que usa esta frase: «acercaron las popas una junto a la otra hacia el centro»; en otras palabras, una formación en forma de arco. De este modo, obligaban al enemigo a embestir proa con proa, lo que terminaría por convertirse en una melé en la que la velocidad y la maniobrabilidad de los barcos enemigos no suponían ventaja alguna.

La noche siguiente, una segunda tormenta de verano acompañada de lluvias torrenciales arrastró la fuerza de 200 barcos hacia las rocas de la

traicionera y ventosa costa oriental, hacia lo que Herodoto llama «depresión de Eubea» (8, 13), y la destruyó completamente. A la mañana siguiente –como en el segundo día de lucha en las Termópilas–, la noticia de la destrucción de la fuerza de ataque persa alcanzó a la flota griega y, poco después, llegaron 53 trirremes de refuerzo procedentes de Atenas. Herodoto apenas hace mención alguna sobre el segundo día de lucha en las costas de Artemisio. De nuevo, los griegos zarparon tarde aquel día para enfrentarse a algunos barcos cilicios y, «tras destruirlos, cuando llegó la noche, regresaron a Artemisio» (8, 14, 2).

Finalmente, en el tercer día, los frustrados almirantes persas, pensando en la ira desatada de Jerjes, sobre todo contra quien le fallaba, zarparon en primer lugar, situaron sus barcos en una formación en forma de hoz y salieron de la costa de Magnesia. En un principio, los griegos no hicieron movimiento alguno, pero mientras el enemigo se acercaba a la playa de Artemisio, salieron con todas sus fuerzas y tomaron la iniciativa del ataque. Parece ser que los barcos persas se vieron envueltos en la confusión, pero no rompieron sus líneas y las dos flotas se separaron tras una cruenta lucha que produjo numerosas bajas en ambos bandos. Los guerreros más formidables aquel día fueron los marineros egipcios, fuertemente armados. En el catálogo que Herodoto proporciona sobre las fuerzas persas, se les describe luciendo «yelmos reticulados y armados con escudos cóncavos de borde amplio, lanzas de abordaje y hachas pesadas, y la mayoría de ellos también llevaban corseletes y cuchillos largos» (7, 89, 2), unas armas apropiadas para una acción de abordaje. Al final del día, habían abordado cinco trirremes y se las habían llevado consigo, «con sus tripulaciones incluidas» (Herodoto 8, 17).

Aquella tarde, los helenos se enteraron del destino de Leónidas en las Termópilas y decidieron retirarse hacia el sur aquella misma noche, lo que implicaba entregar Eubea (y el Ática) al enemigo. Píndaro, el poeta tebano contemporáneo, seguramente tenía razón cuando comentó que Artemisio era «donde los hijos de Atenas colocaron la primera piedra de la libertad» (*ap.* Plutarco, *Temístocles* 8.2), aunque habría de ser la heroica resistencia final en las Termópilas la que se convertiría en la principal inspiración para los griegos.



Tal como muestra este modelo a escala (Edimburgo, Museo Real, T 1980, 31), la trirreme, el principal barco de guerra del período, era un bajel de madera armado con un ariete reforzado con una funda de bronce. Podía propulsarse tanto mediante velas como a remo, pero en la batalla sólo se empleaban los remos, pues la velocidad y la maniobrabilidad eran lo más importante. (Colección del autor)

LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

Antes de ceder un solo palmo en las Termópilas, Leónidas sacrificó la vida de sus hombres y la suya propia. Tirteo (fl. h. 650 a.C.), el poeta favorito de Esparta, resumió el lacónico *ethos* de los espartanos en su oda a los nobles fallecidos en la batalla: «Que cada uno de vosotros permanezca en su puesto firmemente apoyado en el suelo con los dos pies, mordiéndose el labio» (fr. 10 West). Pese a ello, la muerte de Leónidas, que él mismo eligió y que podría haberse evitado, marcó el final, no el principio, de la batalla. De hecho, el rey espartano había escogido este terreno sabiamente y su táctica estaba cargada de lógica, pues pensó que, en el desfiladero de las Termópilas, un número reducido de hombres resueltos podrían defender el terremoto persa. No hay razón alguna para creer que Leónidas y sus hombres pensaran que estaban condenados, excepto, quizá, ya en la mañana del día final. Un contemporáneo de Tirteo, Arquíloco, nos ofrece una analogía mejor y más segura cuando nos habla de su preferencia por el realista *strategos* «que se mantenía firme sobre sus pies y tenía muchas agallas» (fr. 114 West).

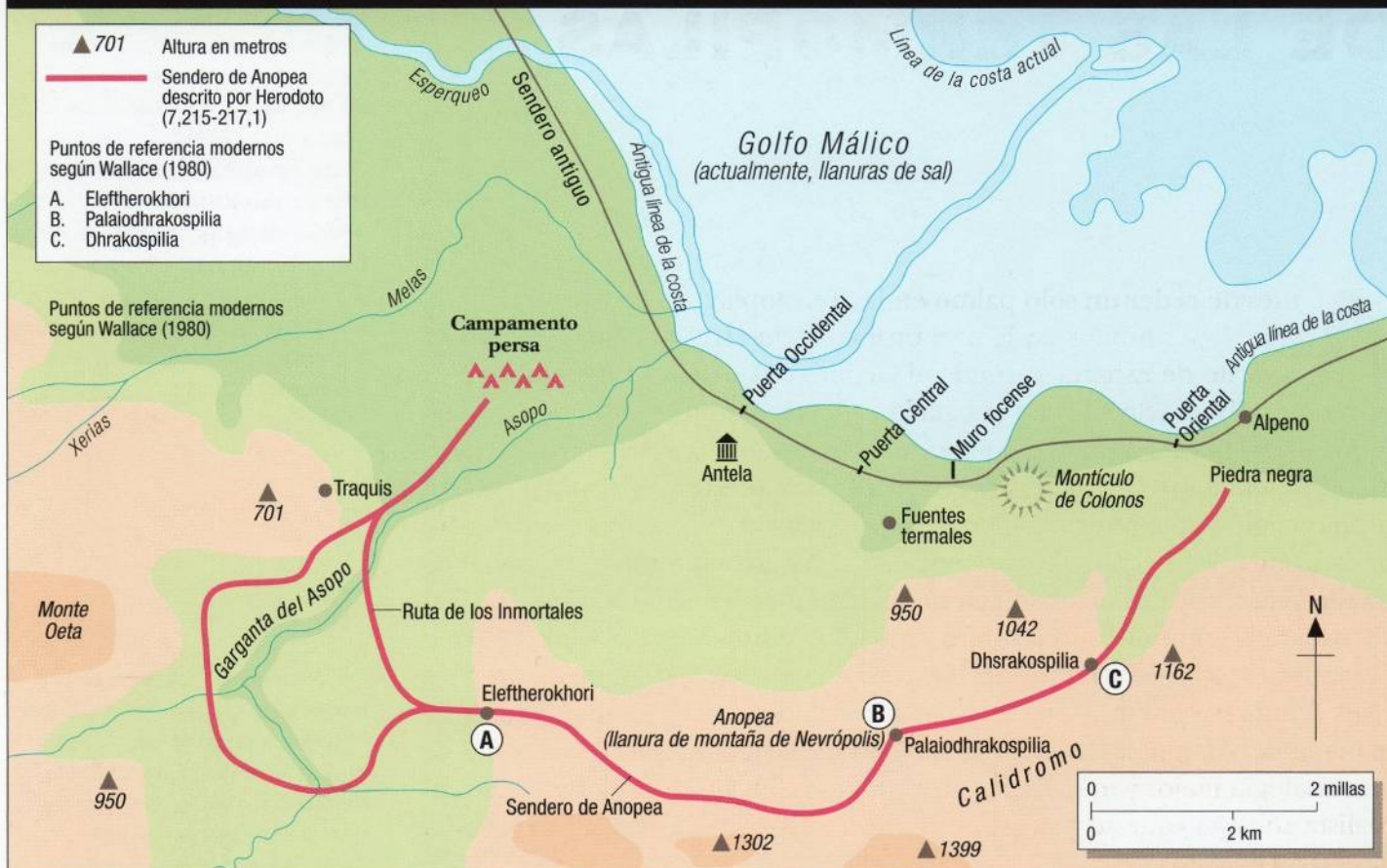
Cuando Leónidas defendió las Termópilas, sólo había un estrecho corredor entre las montañas, situadas a su izquierda, y el mar, a su derecha. Estas montañas, los montes Calidromo, se estiran en dirección este-oeste abrazando la costa del golfo Málico, y se acercan al mar en tres puntos determinados. Dos de estos tres puntos se hacían aún más estrechos que su posición elegida (la Puerta Central, que apenas tenía 15 m de anchura); uno se hallaba al este (Puerta Oriental) y el otro, al oeste (Puerta Occidental). Aun así, Leónidas los eliminó de su plan porque, en ambos casos, las pendientes que se dirigían hacia tierra, aunque empinadas, no eran en absoluto escarpadas. Así pues, optó por un frente ligeramente más amplio, uno en el que su vulnerable flanco izquierdo estuviera protegido por una escarpada pared de rocas que se elevaba casi 1.000 m sobre la Puerta Central. Aquel lugar que Leónidas escogió presentaba una nueva ventaja: en algún momento del pasado, los focenses habían construido un muro defensivo para protegerse de sus archienemigos del norte, los tesalios.

LOS DÍAS PREVIOS A LA BATALLA

El antiguo muro focense estaba en ruinas, de modo que los griegos se dispusieron a reconstruido inmediatamente. Pero la fuerza de la posición de las Termópilas quedó reducida por la existencia de una serie de rutas que rodeaban los pasos hacia el sur o hacia el este. En la más peligrosa de dichas rutas, el sendero de Anopea, Leónidas situó a 1.000 hoplitas focenses, hombres de los alrededores, que supuestamente serían la mejor fuerza de guardia y vigilancia en una situación en la que tal conocimiento era de importancia básica. También eran los que tenían más que perder. Herodoto

Vista general de las Termópilas, en una fotografía orientada hacia el sureste vista desde Lamia. El famoso desfiladero puede verse a lo lejos, bajo el Calidromo y junto al golfo Málico. En la actualidad, el cieno arrastrado por el río Esperqueo ha avanzado la línea de la costa unos 5 km, aunque la llanura todavía es una marisma. (Colección del autor)

EL PASO DE LAS TERMÓPILAS Y LA RUTA DE LOS INMORTALES





Fotografía aérea de las Termópilas, orientada al suroeste en dirección al flanco norte del Calidromo. El desfiladero tiene menos de 6,5 km de longitud y, en la época de la batalla, discurría entre abruptas montañas y el mar (la zona rayada en la parte inferior derecha de la ilustración). Era muy angosto en ambos extremos, pero se ampliaba en el centro, donde se encuentran las aguas termales. (Colección del autor)



Las Termópilas reciben su nombre de las fuentes calientes de agua sulfurosa que todavía brotan en este lugar. El ácido carbónico y el óxido de calcio de estas aguas termales –a la derecha en la imagen– esculpieron estas rocas bruscas y grisáceas. Al fondo, hacia el este, aparece el lugar donde los griegos tomaron posiciones. (Colección del autor)

comenta específicamente (7,175, 2) que los griegos nada sabían de este sendero de montaña hasta que las gentes de Traquis, una región de las inmediaciones, les hablaron de su existencia; esto nos recuerda que en estos acontecimientos no participaron soldados bien equipados y entrenados con buenos mapas a su disposición, sino gente que nunca antes se había enfrentado a una guerra a esta escala o que luchaba muy lejos de su hogar.

Tras la llegada de las huestes persas a las Termópilas, se produjo un retraso de cuatro días antes del inicio del verdadero asalto. En esta conocida historia de Herodoto (7, 208, 2-3), los espartanos, que aguardaban la matanza persa con sangre fría, pasaban el tiempo haciendo ejercicio y peinándose frente al muro focense. Cuando se le preguntó por este hecho, continúa la historia de Herodoto (7, 209, 3), se dice que el rey de Esparta, Demarato, le dijo a Jerjes que el hecho de peinarse era una señal de que los espartanos se preparaban para la batalla. Si esto era así, entonces el peine sería un elemento

imprescindible en el equipamiento de todo espartíata respetable. A principios del siglo V, el cabello de las figuras de los guerreros espartanos aparece peinado en cuatro rizos que caen hacia delante, dos sobre cada hombro del soldado, y otros cuatro por la espalda. La barba es corta y puntiaguda, y el labio superior suele estar afeitado. Parece ser que cada año, cuando los espartanos entraban en servicio, los éforos les ordenaban «afeitarse el bigote y obedecer la ley» (Aristóteles *ap.* Plutarco, *Cleómenes* 9, 3).

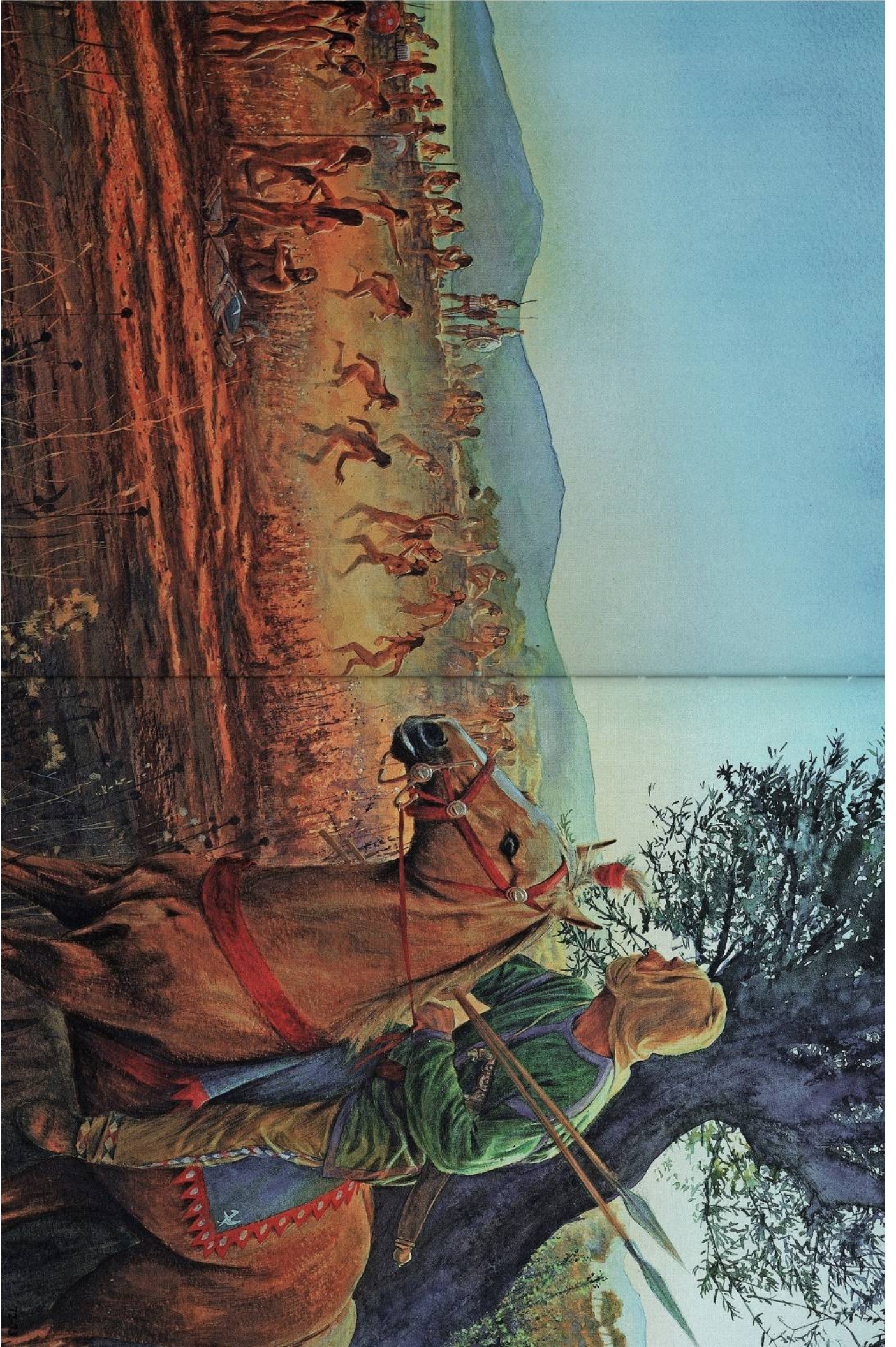
Lo que significa la *Historia* de Herodoto es que, en algún momento de su historia, los espartanos adoptaron la idea de dejarse el pelo largo como recordatorio simbólico de la arrogancia beligerante, casi una actitud de esnobismo inverso. Ésta es ciertamente la visión que proporciona Jenofonte (*La República de los lacedemonios* 11, 3), cuando explica cómo a los hombres que acababan de entrar en la edad adulta no sólo se les permitía lucir el preciado manto militar escarlata, sino también dejarse el cabello largo en la creencia de que les hacía parecer más altos, más dignos y más temibles. No es sorprendente, por lo tanto, encontrar a jóvenes espartanos luchando con sus cabellos inmaculadamente peinados y untados de aceite, «con aspecto alegre e impresionante» (Jenofonte, *La República de los lacedemonios* 13, 9).

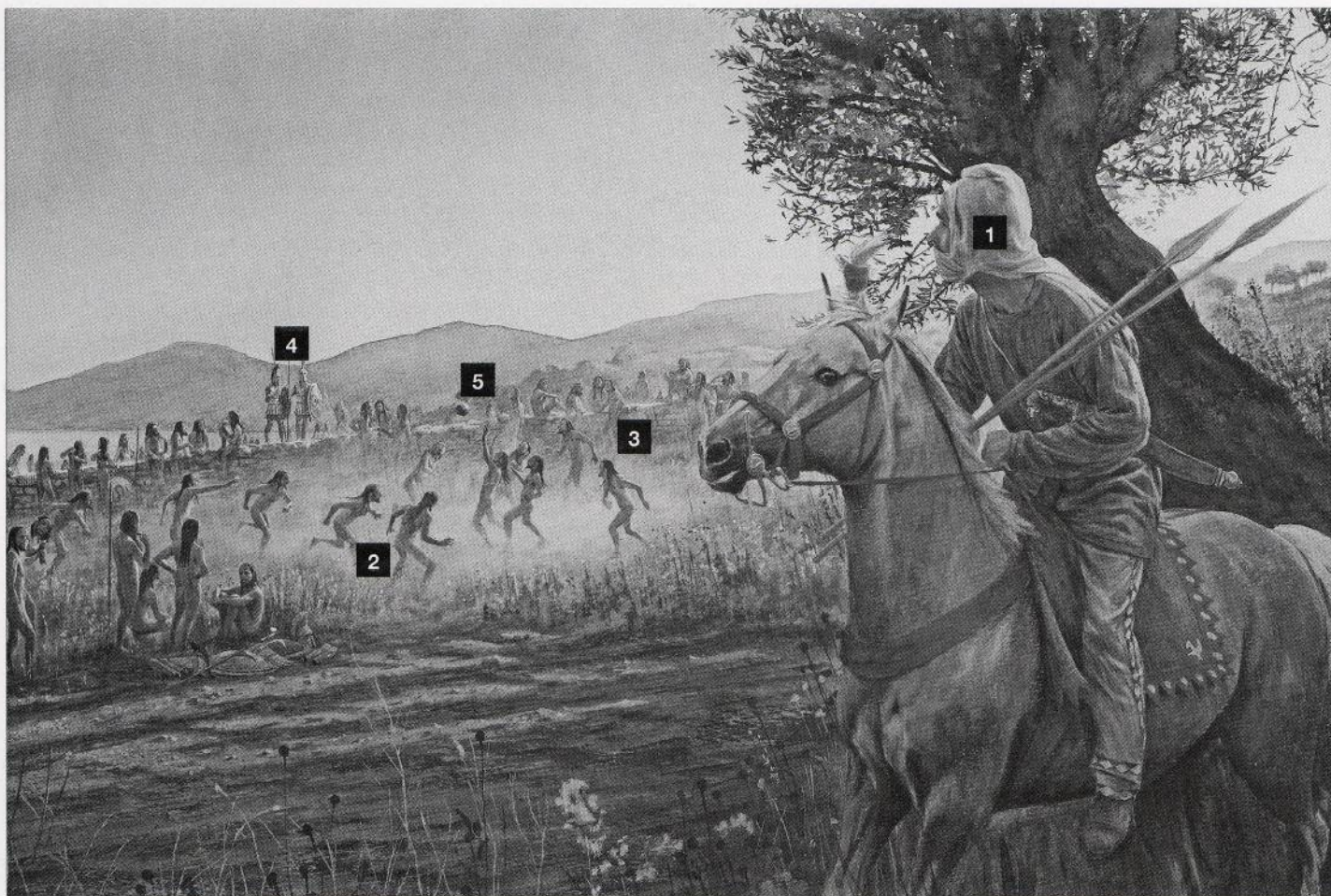
Sea o no apócrifa la historia de Herodoto, lo cierto es que ilustra el asombro que causaban los espartanos no sólo a los persas, sino también a los otros pueblos griegos. En su versión de los acontecimientos, Diodoro afirma (11, 5, 4-5) que Jerjes mandó emisarios para exigir a los griegos que rindieran sus armas y partieran hacia sus propias tierras, prometiéndoles que, si así lo hacían, recibirían más y mejores tierras. Esto no es del todo imposible, pues la diplomacia formaba parte del arte de la guerra de los persas, pero en el relato de Diodoro las exigencias de Jerjes suscitaban una respuesta en absoluto lacónica por parte de Leónidas. Mucho mejor es la versión de Plutarco de la respuesta: *molon labe*, «ven a por ellas» (*Obras morales y de costumbres* 225D).

PRIMER DÍA

La explicación de Herodoto sobre la pausa de cuatro días es que Jerjes aguardaba «en constante expectación que los griegos abandonaran el paso» (7, 210, 1). ¿Qué era un diminuto muro de piedra para un monarca que había cruzado el Helesponto con su ejército y atravesado con su armada las tierras más allá del monte Atos? Una rápida refriega en el cálido polvo de las Termópilas, y Leónidas y su ralea huirían, y el paso caería en manos de Jerjes. Así pues, a primera hora de la mañana del quinto día antes de la batalla, Jerjes ordenó atacar de frente a los griegos, que se obstinaban en obstaculizar el paso. Los contingentes medos y quisios marcharon hacia delante para cumplir los deseos de su rey. Herodoto se muestra un tanto vago cuando describe la épica lucha que se produjo a continuación, pero sí menciona un hecho evidente: que los persas no pudieron desplegar su superioridad numérica a causa de lo confinado del terreno, y también comenta que «usaban lanzas más cortas que los griegos» (7, 211, 2). No cabe duda de que los persas, cuya arma principal era el arco, se comprometieron a un enfrentamiento que sólo podía favorecer al enemigo.

El elemento sorpresa es un arma. A menudo se subestima, pero es uno de los multiplicadores de fuerza más eficaces y baratos, así como el más versátil. Es posible sorprender al enemigo no sólo en la hora o el lugar de la batalla, sino también en el modo de lucha. Los espartanos, que representaban la





UN EXPLORADOR PERSA RECONOCE LAS POSICIONES GRIEGAS (páginas 66-67)

Hasta cierto punto, todos los ejércitos profesionales forman comunidades cerradas con sus propias costumbres y modelos de comportamiento, y el ejército espartano no era una excepción. Pese a pertenecer al mundo griego antiguo, Esparta, con su íntima relación entre la organización social y el poder militar, era una auténtica excepción. Esparta era una sociedad totalmente militarizada. La transformación empezaba antes de la pubertad, cuando el joven espartano se sumergía en un disciplinado entorno en el que sólo se permitía la influencia de la ética del Estado guerrero. Parece ser que en ningún otro Estado heleno se hacía pasar a los jóvenes por un régimen tan riguroso como la *agoge* espartana, y en muchos lugares de Grecia existía un prejuicio contra el *ethos* militar del ciudadano-granjero y el entrenamiento para la guerra. Aunque la guerra no era (y así sigue siendo) un estado normal del hombre, el agresivo y guerrero espíritu de lucha de los espartanos era una cualidad vital, aunque intangible, cuyas raíces se encuentran en los vínculos entre varones y que era protegido y preservado por mediación de una fuerte identidad grupal. Era esta compleja química la que permitía al espartiatas enfrentarse a la muerte sin temor, batalla tras batalla. Pero el valor personal de un individuo en particular no decide el curso de una jornada de batalla, sino el coraje de la unidad como un todo, que descansa en la buena opinión y en la confianza de cada individuo en la unidad de la que es miembro. Los espartanos eran conscientes de la importancia fundamental del ejercicio físico regular para mantener la excelencia de la unidad, e incluso en el servicio activo se esperaba de los soldados que mantuvieran sus mentes y sus cuerpos

—en especial las piernas, los brazos y el cuello— en buena forma por medio de la gimnasia y los juegos (Jenofonte, *La República de los lacedemonios* 5, 9; 12, 5). Esto es lo que sucede cuando este jinete explorador persa (1) se acerca a la posición griega en las Termópilas. Ese día, son los espartanos (2) quienes están apostados a la vista, en el exterior del reconstruido muro focense (3). Con las armas apiladas junto a ellos, bien a mano, algunos de los soldados se desnudan y se untan de aceite para hacer ejercicio, mientras otros peinan sus cabelleras, excepcionalmente largas, señal de que se preparan para arriesgar sus vidas. Ninguno de ellos presta la más mínima atención al explorador persa, sorprendido sin duda; pero para los atareados hoplitas, aquélla era la manera espartana de hacer las cosas. Mientras tanto, dos soldados vestidos montan guardia junto al muro (4). Seguramente, los ejercicios físicos, famosos por los beneficios que aportan, opuestos a los violentos o especializados, eran muy populares entre los soldados que se hallaban en campaña. Algunos de los espartanos que aparecen en esta escena están jugando a la pelota (5). Este juego de pelota en concreto, conocido como *episkyros* o pelota común, se jugaba entre equipos opuestos de igual número. En el suelo polvoriento se trazaba una línea que dividía a ambos equipos, y detrás de cada uno de ellos se marcaba una línea de gol. La pelota se situaba en esta línea y el equipo que se hiciera con ella en primer lugar la lanzaba por encima del contrincante, cuya tarea era cogerla mientras estuviera en movimiento y arrojarla en dirección contraria. El juego continuaba hasta que uno de los equipos lograba empujar al otro sobre su línea de gol. La pelota era pequeña y dura, y estaba recubierta de cuero y rellena con crin de caballo.

Se dice que Heracles, sintiendo en su piel el ardor que le causaba en la piel la túnica envenenada que llevaba, se arrojó de cabeza al arroyo más cercano. Pero las aguas incrementaron el fuego que abrasaba al semidiós y, desde aquel mismo momento, brotan siempre calientes en este lugar. De ahí procede el nombre de las Termópilas. Se dice que estas aguas (43 °C) propician la curación de la ciática. (Colección del autor)



La Puerta Central vista desde el montículo de la última resistencia, orientado al oeste, hacia las posiciones persas y las aguas termales; el edificio blanco es un popular balneario y restaurante. A la izquierda, el Calidromo se alza sobre las Termópilas, mientras que la antigua costa debe haber estado justo a la derecha del autopista nacional. (Colección del autor)



única fuerza de Grecia que se acercaba a lo que hoy en día denominamos «ejército profesional», llevaron el desarrollo de la falange hoplita hasta su grado máximo. Atacarían y se retirarían en lo que parecía un plan, y entonces, en cuanto hubieran engañado a los persas para que los persiguieran, cambiarían de dirección en un giro instantáneo, «infligiendo innumerables bajas en el nuevo enfrentamiento» (Herodoto 7, 211, 3). No cabe duda de que dicha táctica, que negaba a los persas un objetivo estático para su acostumbrada lluvia de flechas, tenía el efecto de provocar una serie de encuentros mano a mano en los que los espartanos tenían todas las de ganar.

CLAVE DE UNIDADES

Fuerzas persas

- 1 Medos
- 2 Quisios
- 3 Los Inmortales

Fuerzas griegas

- A Esparteros (300)
- Acadidos (2.120)
- Locros opuntios (1.000)
- Tespos (700)
- Telamos (400)
- Corintos (400)
- Homeros de Flunte (200)
- Micenos (80)
- B Hopitas focenses (1.000)

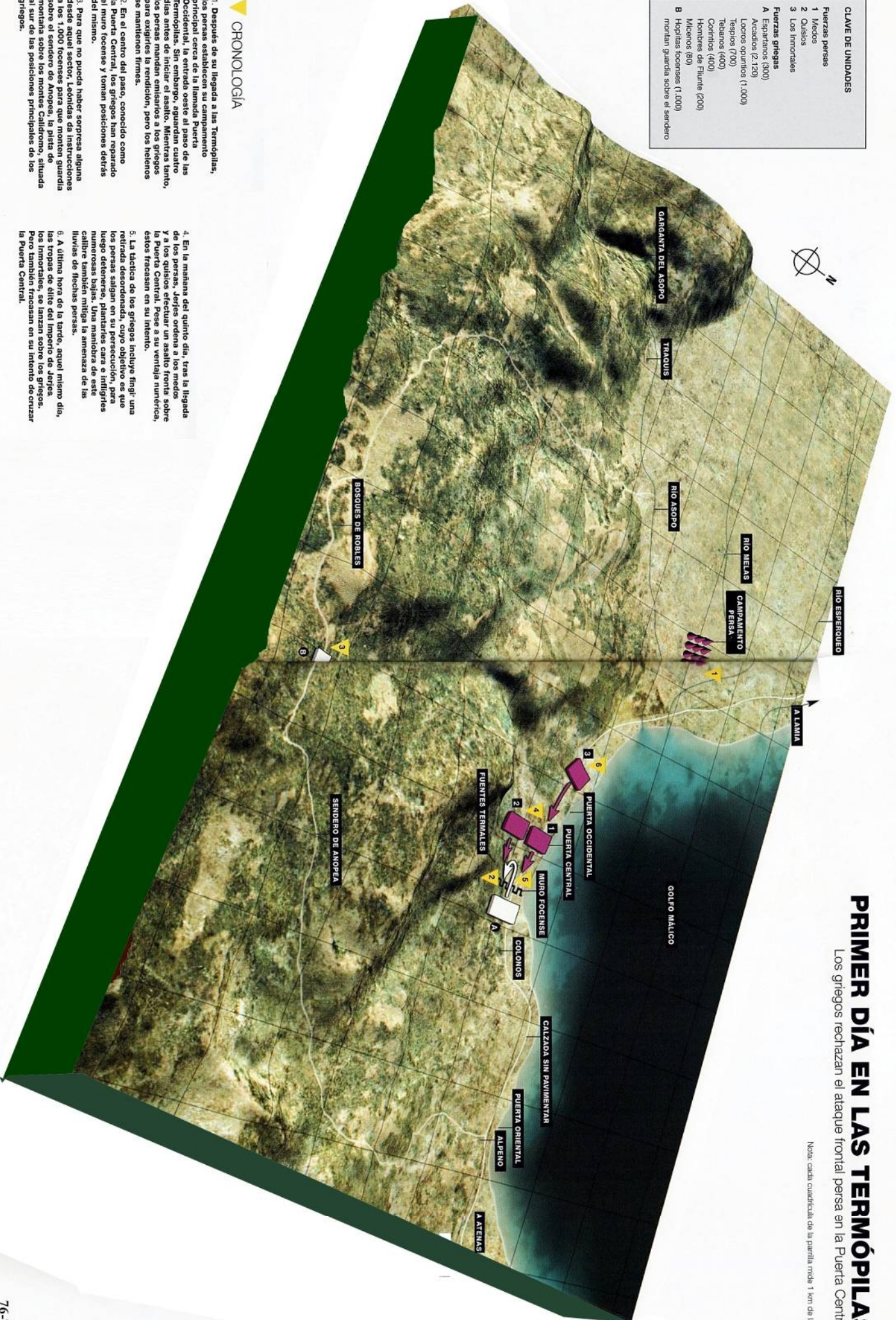
mostran guardia sobre el sendero



PRIMER DÍA EN LAS TERMÓPILAS

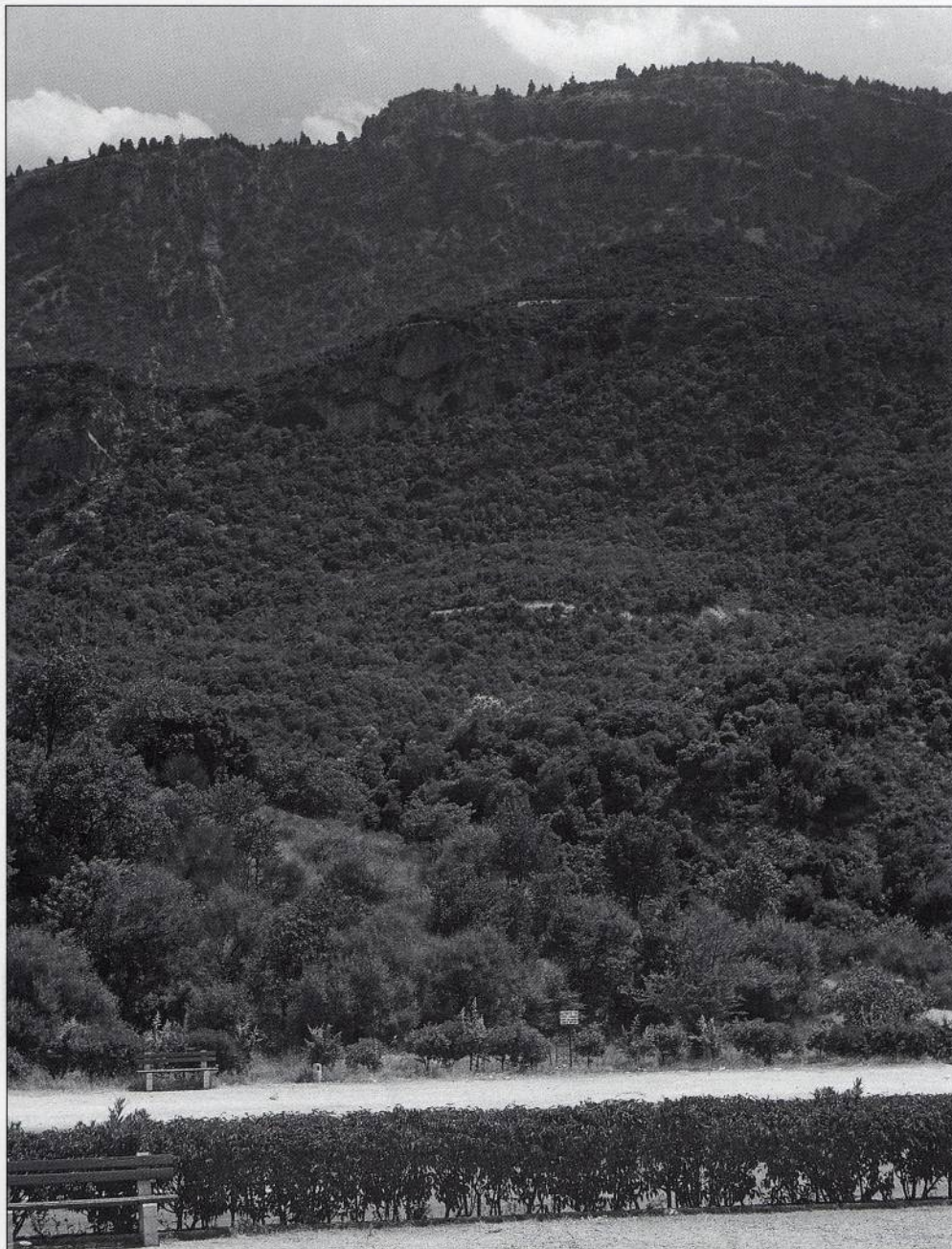
Los griegos rechazan el ataque frontal persa en la Puerta Central.

Nota: cada cuadrícula de la pantalla mide 1 km de lado.



CRONOLOGÍA

1. Después de su llegada a las Termópilas, los persas establecen su campamento en el lado occidental de la garganta. Los griegos, por su parte, se sitúan en la zona de la Puerta Central, la entrada oeste al paso de las Termópilas. Sin embargo, aguardan cuatro días antes de iniciar el asalto. Mientras tanto, los persas mandan emisarios a los griegos para exigirles la rendición, pero los helenos se mantienen firmes.
2. En el centro del paso, conocido como la Puerta Central, los griegos han establecido el muro focense y toman posiciones detrás del mismo.
3. Para que no pueda haber sorpresa alguna desde aquel sector, Leonidas da instrucciones a los 1.000 focenses para que monten guardia sobre el sendero de Anoepa, la pista de los carros que los persas utilizan, situada al sur de las posiciones principales de los griegos.
4. En la mañana del quinto día, tras la llegada de los persas, Jerjes ordena a los medos y a los quisios efectuar un asalto frontal sobre la Puerta Central. Pese a su ventaja numérica, éstos fracasan en su intento.
5. La táctica de los griegos incluye fingir una retirada desordenada, cuyo objetivo es que los persas crean que han conseguido una victoria. Sin embargo, los griegos se detienen, plantan los cara e infligir numerosas bajas. Una maniobra de este calibre también mitiga la amenaza de las lluvias de flechas persas.
6. A última hora de la tarde, aquel mismo día, las tropas de élite del Imperio de Jerjes, los inmortales, se lanzan sobre los griegos. Pero también fracasan en su intento de cruzar la Puerta Central.



En el flanco sur de la Puerta Central, las laderas del Calidromo se alzan, abruptas y poderosas, formando un muro defensivo de casi 1.000 m de altura sobre el que Leónidas situó su flanco izquierdo. En la imagen, tomada desde el lugar donde se encuentra el monumento a las Termópilas, aparecen sobre el montículo de la resistencia final. (Colección del autor)

Pasó la tarde y, probablemente al mismo tiempo que la flota griega alcanzaba su éxito táctico (aunque limitado) contra los persas, Jerjes decidió despejar el paso que tenía frente a él antes de la puesta del sol. Las tropas de élite del Imperio, los mismísimos Inmortales, recibieron órdenes de prepararse y «avanzar al ataque, confiando en que iban a terminar rápida y fácilmente» (Herodoto 7.211.2). Sin embargo, tuvieron el mismo escaso éxito que los medos o los quisios.

SEGUNDO DÍA

La segunda jornada de lucha fue muy similar a la primera y los persas no tuvieron más suerte que antes, pese a la inferioridad numérica de los griegos. Hablando de estos últimos, Herodoto añade que cada contingente, a excepción de los focenses, «tomaban la línea por turnos» (7, 212, 2). Así pues, los que no luchaban en un momento dado tenían la oportunidad de lamerse las heridas y tomar aliento. Al final del día, aunque habían muerto

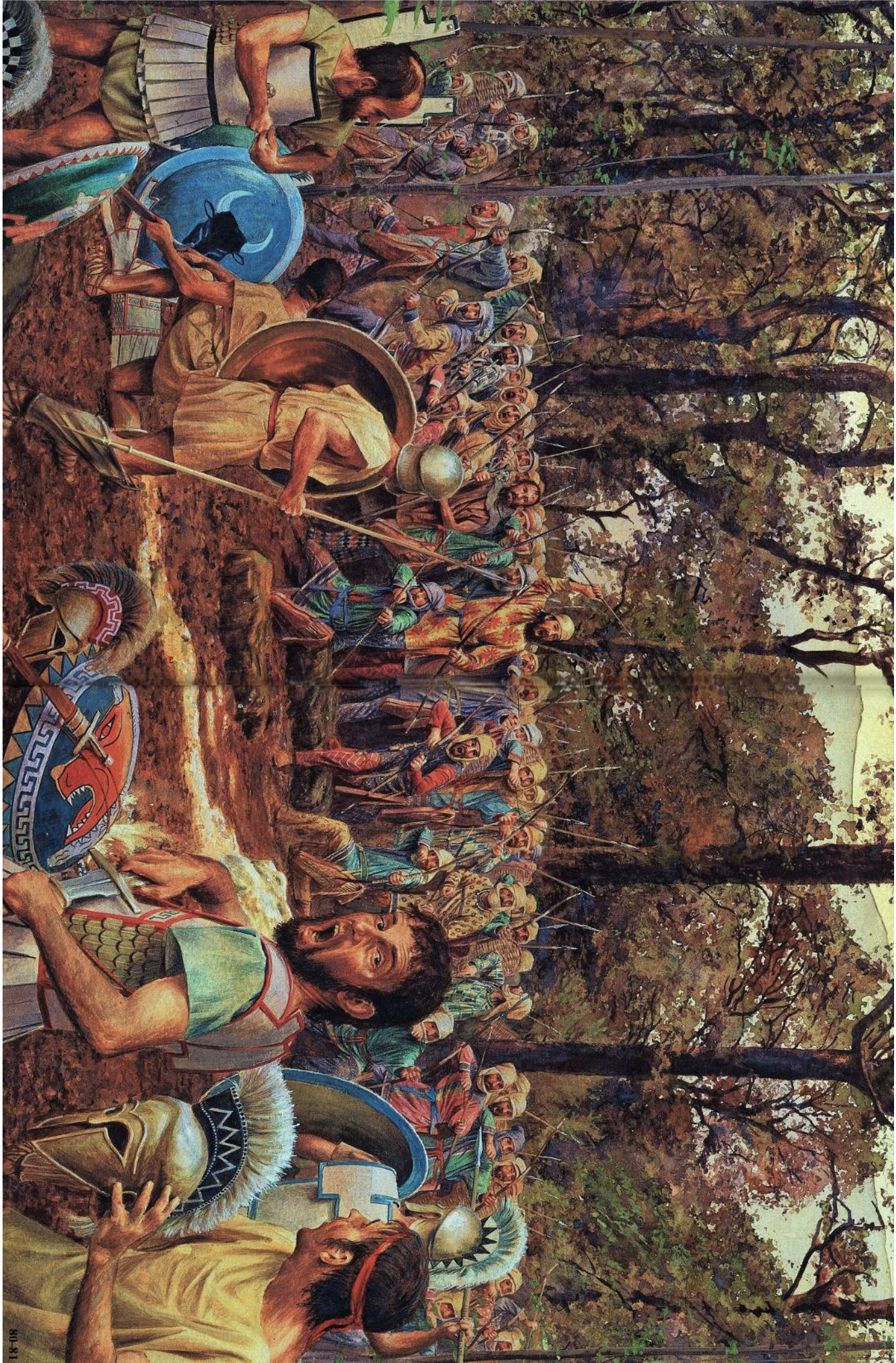
algunos griegos, el objetivo de Jerjes no estaba más cerca y puede imaginarse perfectamente su irritación y frustración, cada vez mayor, por el desarrollo de los acontecimientos. Pese a todo, para Jerjes, la única ruta inmediata era la del paso que tenía enfrente.

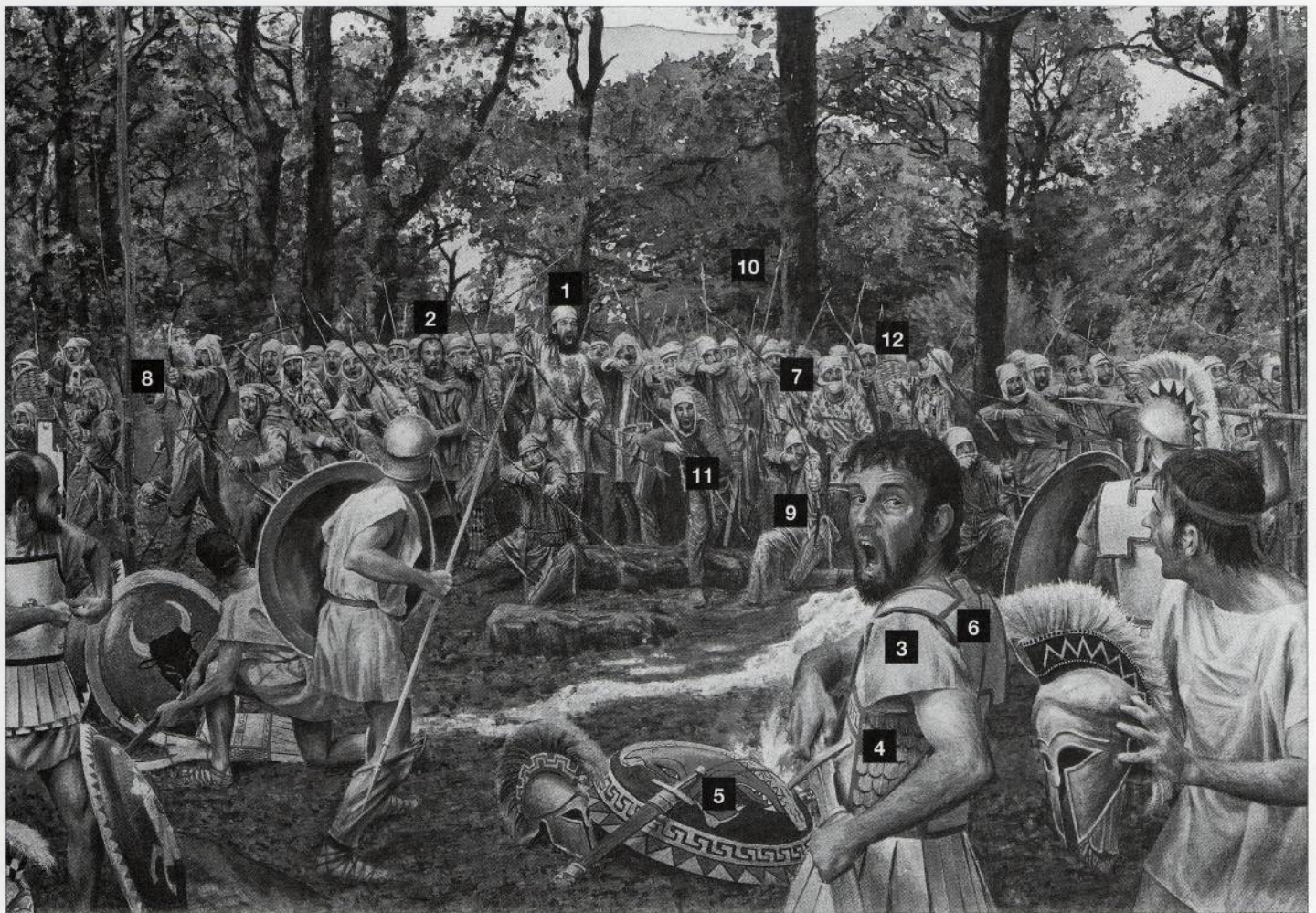
Había un aspecto que no estaba al alcance del alto mando persa, pese a que disponía de consejeros griegos bien informados: el conocimiento de primera mano sobre el terreno. Al carecer de mapas, este conocimiento era fundamental en el arte de la guerra en la Antigüedad, pues implicaba que el invasor de una tierra extraña siempre estaba en seria desventaja. Aun así, los traidores y los desertores son moneda común en toda guerra, y eso aconteció efectivamente, cuando un indígena procedente de Traquis, llamado Efiltes, hijo de Euridemo, llegó al campamento persa con la esperanza de recibir una gran recompensa de manos de Jerjes. Efiltes se ofreció a mostrar a los persas el difícil sendero de montaña y a guiarlos por él y descender hasta la Puerta Oriental para sorprender a los griegos por la retaguardia.

Esa ruta, que partía de la Puerta Occidental, seguía el valle del Asopo y transcurría por una escarpada garganta. La ruta trepaba por la ladera de

Posibles restos del muro focense. Excavado por Spiros Marinatos justo antes de la Segunda Guerra Mundial, este muro empezaba con una torre y se dirigía colina abajo en zigzag. Probablemente continuaba a nivel del suelo hasta terminar en una segunda torre. Había una estrecha puerta de entrada cerca de la torre superior. (Colección del autor)







LA MARCHA NOCTURNA DE LOS INMORTALES

(páginas 74-75)

«Aproximadamente a la hora en que se encendieron las lámparas», narran las evocadoras palabras de Herodoto (7, 215, 1), Hidarnes (1) y los Inmortales abandonaron su campamento en compañía del pastor indígena Efialtes (2), que les condujo por el sendero de montaña de cuya existencia había informado a Jerjes. Durante toda la noche, los Inmortales recorrieron el sinuoso sendero hasta que, en el momento en que el cielo del este empezó a adquirir una tonalidad grisácea, penetraron en una pequeña llanura montañosa. Aligeraron el paso y avanzaron entre los robles, moviéndose con astucia. Las hojas de la estación anterior cubrían el suelo y, como continúa diciendo Herodoto, «los pies de los soldados hacían crujir las hojas caídas» (7, 218, 1). Frente a ellos, el silencio de la noche sin viento se rompió cuando los hoplitas focenses (3) se cubrieron apresuradamente con sus atuendos de batalla. En esta época, muchos hoplitas ya no empleaban las corazas acampanadas de bronce (*thorax*) que solían utilizar sus abuelos, sino los más ligeros y flexibles corseletes de lino, *linothorax* (4). Estas prendas se fabricaban con numerosas capas de lino pegadas entre sí y formando una rígida camisa, que podía ser reforzada con placas o escamas de hierro o de bronce. La pieza tenía aberturas para los brazos y, para una

mayor libertad de movimiento, se cortaba a la cintura en dos capas de bandas superpuestas (*pteruge*). Éstas se ataban alrededor del torso y en el costado izquierdo del hoplita, donde la unión estaba protegida por los enormes escudos, *aspis* (5). Completaba el corselete un yugo en forma de U (6), que se colocaba sobre los hombros.

Los Inmortales aparecen ataviados y equipados para la guerra, con una vestimenta muy distinta de las que usaban en palacio, y que aparecen en los paneles de ladrillo de Susa y en los relieves de Persépolis. Todos ellos llevan una túnica amplia, de colores brillantes y ricamente adornada con bordados, pantalones ajustados igualmente vistosos y la tradicional *tiara* de tela (7). En el cuello lucen un gargantilla de oro trenzado, una marca del favor real. Sus armas son el arco compuesto (8), que se llevaba en un *gorytos* (9), un carcaj donde se guardaban tanto éste como las flechas, además de una lanza corta con punta de hierro (10), con un contrapeso esférico de plata en el extremo inferior. El *gorytos* cuelga de un cinturón del costado izquierdo del soldado, una posición que permite disparar rápidamente, mientras que del derecho cuelga la tradicional daga recta de doble filo, *akinakes* (11), que se usaba como arma complementaria. Para la defensa se llevaba un escudo de mimbre, *gerrhon* (12), en forma de ocho, fabricado con cañas trenzadas con cuero.

una colina situada aproximadamente a un kilómetro de la garganta, la ascensión más corta y fácil, y luego discurría sobre la garganta de las colinas y se estrechaba por la espina de los montes Calidromo, terminando en Alpeno, el primer asentamiento de la Lócride. Por supuesto, Leónidas conocía esta ruta y había situado en ella al contingente focense indígena (1.000 hombres) para montar guardia. Herodoto (7, 215, 1) señala claramente que todos los Inmortales (es decir, 10.000 hombres) acompañaron a Efialtes, y no hay ninguna razón para contradecirle, pues la ruta por la que éste les condujo era relativamente sencilla.

TERCER DÍA

Calidromo (que significa «hermosa pista de carreras») es el nombre que utiliza Estrabón (9, 428) y no Herodoto. A lo largo de la cresta del monte hay dos cadenas montañosas paralelas entre las que se abre una llanura estrecha pero fértil que, en aquel momento, estaba flanqueada por densos bosques de robles. «Así pues —dice Herodoto—, éste era el camino de montaña que tomaron los persas tras cruzar el Asopo» (7, 217, 1). Justo cuando despuntaba el alba, Hidarnes y los Inmortales alcanzaron las posiciones de los focenses. El encuentro tomó por sorpresa a ambos bandos, pero los Inmortales sacaron sus arcos rápidamente y abrieron fuego contra los focenses. Tras una o dos descargas, la milicia ciudadana, creyendo que ellos eran el objetivo principal, se retiró hacia unas posiciones más elevadas y se preparó para vender cara su vida. Pero los disciplinados profesionales persas no perdieron tiempo con ellos, sino que continuaron su camino para sorprender por la espalda a la principal fuerza helena.

El primer indicio que tuvieron los griegos de que «la muerte llegaba con el amanecer» (Herodoto 7, 219, 1) lo observó un adivino (*mantis*) llamado Megistias de Acarnania, tras examinar las vísceras del sacrificio. Las primeras

Uno de los muchos senderos que ascienden por el Calidromo y posible candidato para ser el sendero de Anopea, que asciende hacia la llanura de Nevrópolis. En la época de las Termópilas, esta ladera montañosa estaba cubierta por bosques de robles, pero incluso en el día de hoy, con la deforestación, sigue siendo fácil perderse sin los servicios de un guía. (Colección del autor)



CLAVE DE UNIDADES

Fuerzas persas

1. Principal fuerza persa
2. Los Inmortales

Fuerzas griegas

- A. Esparteros (200)
Arcades (2.120)
Lecios oparios (1.000)
Tespos (700)
Teucros (400)
Corintos (400)
Hombres de Filine (200)
Macedos (80)
- B. Hoplitas focenses (1.000)
montan guardas sobre el sendero de Anopea



SEGUNDO DÍA EN LAS TERMÓPILAS

Los persas rodean las principales posiciones griegas por el sendero de Anopea.

Notas: cada cuadrícula de la pantalla mide 1 km de lado.

CRONOLOGÍA

1. La mañana del segundo día, Jerjes ordena un nuevo asalto sobre las posiciones helénas y manda tropas frescas al combate, pero los resultados no son mucho mejores que los del primer día. Los distintos contingentes griegos luchan por rotación en la línea del frente.

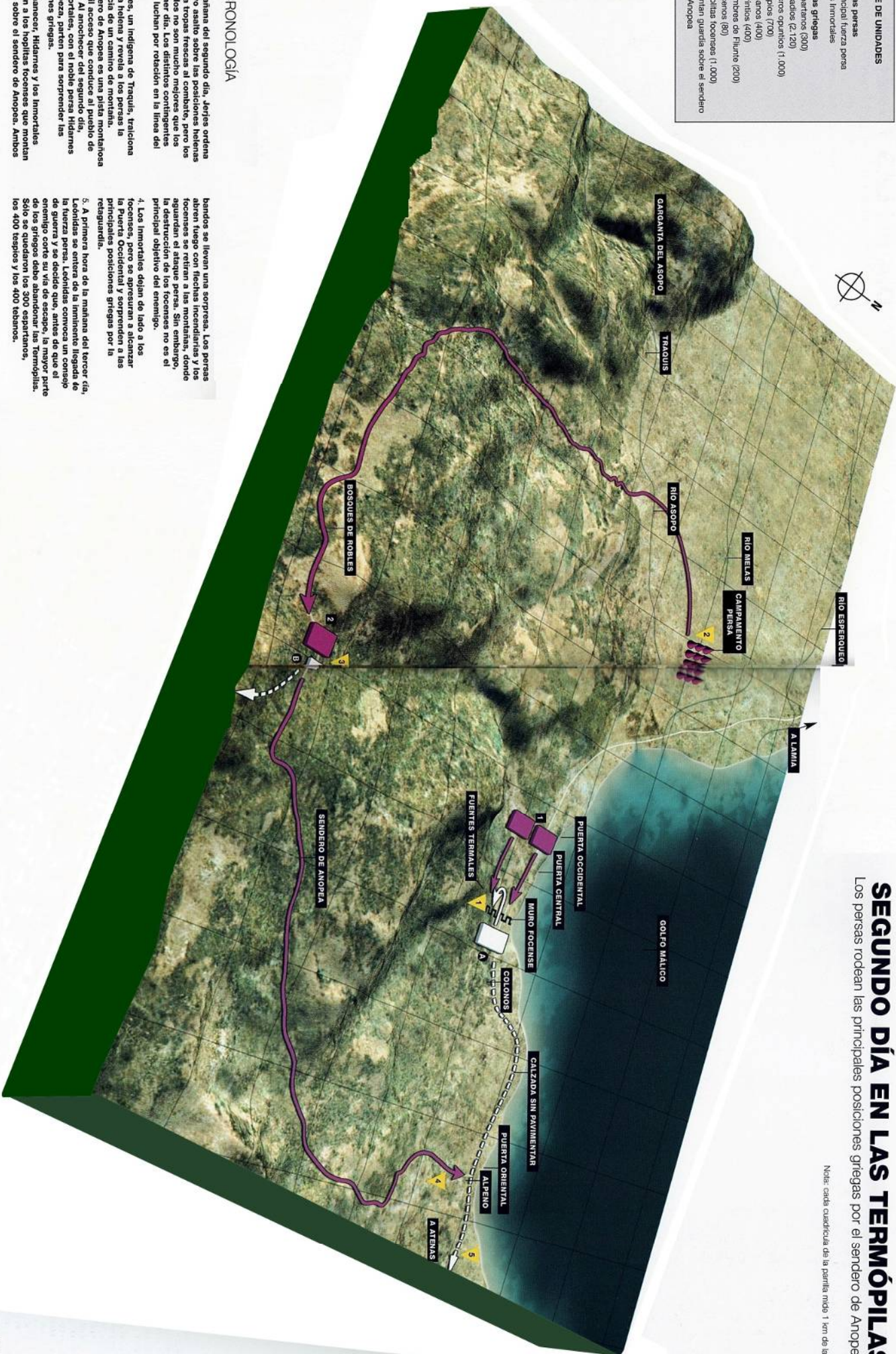
2. Estilates, un indígena de Traquis, tralciona la causa helénica y revela a los persas la existencia de un camino de montaña. El sendero de Anopea es una pista montañosa de difícil acceso que conduce al pueblo de Alpeño. Al amanecer del segundo día, los Inmortales, con el noble persa Hidarnes a la cabeza, parten para sorprender las posiciones griegas.

3. Al amanecer, Hidarnes y los Inmortales alcanzan a los hoplitas focenses que montan guardia sobre el sendero de Anopea. Ambos

bandos se llevan una sorpresa. Los persas abren fuego con flechas incendiarías y los focenses se retiran a las montañas, donde aguardan el ataque persa. Sin embargo, la destrucción de los focenses no es el principal objetivo del enemigo.

4. Los Inmortales dejan de lado a los focenses, pero se apresuran a alcanzar la Puerta Occidental y sorprenden a las principales posiciones griegas por la retaguardia.

5. A primera hora de la mañana del tercer día, Leonidas se entera de la inminente llegada de la fuerza persa. Leonidas convoca un consejo de guerra y se decide que, antes de que el enemigo corte su vía de escape, la mayor parte de los griegos debe abandonar las Termópilas. Sólo se quedaron los 300 espartanos, los 400 tespos y los 400 tebanos.





Fue antes del amanecer de la última jornada de la batalla, cuando el adivino Megistias de Acarnania predijo el funesto destino de Leónidas y sus hombres. Este detalle del friso izquierdo del monumento a las Termópilas muestra a Megistias mirando al cielo. De él se decía que era descendiente de Melampo, que comprendía el lenguaje de los pájaros. (Colección del autor)

noticias que tuvo Leónidas acerca de la marcha de los persas por las montañas las escuchó de boca de unos desertores que habían llegado durante la noche, y luego de los vigías apostados en las alturas, que descendieron a toda prisa para informar al rey justo después del amanecer. Así empezó el famoso último día en las Termópilas.

Cuando recibió las noticias de que el enemigo estaba a punto de caer en sus posiciones, Leónidas convocó un consejo de guerra que reveló una división entre los aliados: mientras unos opinaban que era mejor retirarse, otros abogaban por resistir. Leónidas ordenó a los aliados que se retiraran, a excepción de 700 tespios y 400 tebanos, pues, en opinión del propio Herodoto, el rey percibía una clara falta de voluntad para entrar en combate y no quería que se corriera la voz de la existencia de tal división, potencialmente dañina. Su decisión de permanecer en su puesto con los 300 espartanos, continúa Herodoto, estuvo motivada por un oráculo de Delfos, que profetizó que «o bien Esparta era destruida por el extranjero o bien moría el rey espartano» (7, 220, 2). Aunque esto fuera verdad –y el oráculo puede ser un

intento *post eventum* para hacer crecer los ánimos tras la muerte del rey espartano–, existía una razón mucho más prosaica por la que Leónidas se decidió a quedarse y enfrentarse a los persas aquella tercera jornada; la necesidad de ganar tiempo para que los otros griegos pudieran escapar. Si la totalidad de la fuerza helena se hubiera retirado, los persas, con su caballería y sus tropas fuertemente armadas, les habrían dado caza y les habrían destruido. Así pues, era necesario librar una batalla en la retaguardia.

La conclusión de Leónidas y sus espartanos, supuestamente acompañados de sus sirvientes ilotas, era inevitable, pues el rey no podía esperar ser obedecido si ordenaba quedarse a otras gentes mientras que él y los espartanos escapaban. Es posible que solicitara voluntarios. Así pues, tal como relata Herodoto, los aliados obedecieron las órdenes de Leónidas y partieron, a excepción de los tespios y los tebanos, estos últimos obligados porque Leónidas quería retenerlos como rehenes, y los primeros simplemente porque «se negaron a abandonar a Leónidas y a sus hombres» (7, 222). En cuanto a los tebanos, como hizo notar hace mucho tiempo un indignado Plutarco (*Obras morales y de costumbres* 865D), si Leónidas hubiera querido realmente retenerlos como rehenes, les habría mandado a cubierto con el resto de los griegos. Además, retener gente de dudosa lealtad en una situación de este calibre habría debilitado la posición de Leónidas.

¿Y por qué no debemos creer que los tespios –e incluso los mismos tebanos– se prestaron voluntarios para quedarse con Leónidas? Algunos indicios de que pudo ser así aparecen en el caso de Megistias. Cuando Leónidas ordenó al adivino que se retirara –un hombre del que no se esperaba que se situara en primera línea de frente ni que entrara en combate–, éste se negó y mandó en su lugar a su único hijo, que servía en el ejército como hoplita. Simónides, en un epitafio, que compuso para él personalmente por amistad, dijo de Megistias que «se negó a salvarse y compartió la tumba de los espartanos» (Herodoto 7, 228, 3).



La colina de Colonos ha sido identificada como el lugar donde se opuso la resistencia final. Marinatos excavó esta colina arenosa y encontró cientos de puntas de flecha persas. Incluso al final, en lugar de rodear al enemigo y rematarlo, los persas confiaron en la lucha de flechas para acabar con los diezmados griegos. (Colección del autor)

En la mañana del que sería su último día de vida, Leónidas, en palabras de Plutarco, «ordenó a sus soldados que tomaran el desayuno con la esperanza de que pudieran cenar en el Hades» (*Obras morales y de costumbres* 225D). Humor negro, lacónico, puede ser, pero ésta era una referencia indirecta al hecho de que, en Esparta, los espartanos tomaban una sola comida al día en comunidad y a última hora de la tarde. A la pálida luz del alba, los espartanos de las Termópilas sin duda encontraron tiempo para peinarse y preparar guirnalda frescas.

El Gran Rey celebró la salida del sol derramando libaciones y luego aguardó «más o menos hasta la hora en que el mercado está lleno de gente» (Herodoto 7, 223, 1) antes de ordenar avanzar a su ejército. Esta evocadora frase de Herodoto sitúa el momento del día en algún punto entre las nueve y las diez de la mañana, antes de que todas las sensatas gentes del Mediterráneo se retiraran a la sombra cual lagartos para librarse «de la mordedura del sol». Herodoto añade que Efialtes indicó a Jerjes que lo hiciera de este modo, supuestamente para que el ataque del rey persa sobre la Puerta Central coincidiera con el bloqueo de la Puerta Oriental por parte de Hidarnes. Al final, parece ser que Hidarnes llegó tarde, pero esto es comprensible dadas las dificultades de sincronizar una operación militar de esta naturaleza.

Los persas se toparon con los griegos, que en los dos días anteriores habían ocupado la zona más angosta del paso del muro focense y aliviado a las tropas apostadas en el frente por turnos. Pero ese día Leónidas cambió de técnica y les condujo a las partes más amplias del paso, de modo que todos lucharían al mismo tiempo. Como ya sabemos, la principal característica de una línea de batalla espartana, y en esta ocasión en particular también debemos incluir a los

Los heridos y los moribundos, tal como aparecen en el friso derecho del moderno monumento a las Termópilas. Hay una dimensión humana en la guerra que a menudo se ignora con demasiada facilidad. Aquí encontramos un patético recordatorio de la realidad humana del campo de batalla en el que tantos soldados griegos y persas lucharon, sufrieron y murieron. (Colección del autor)



CLAVE DE UNIDADES

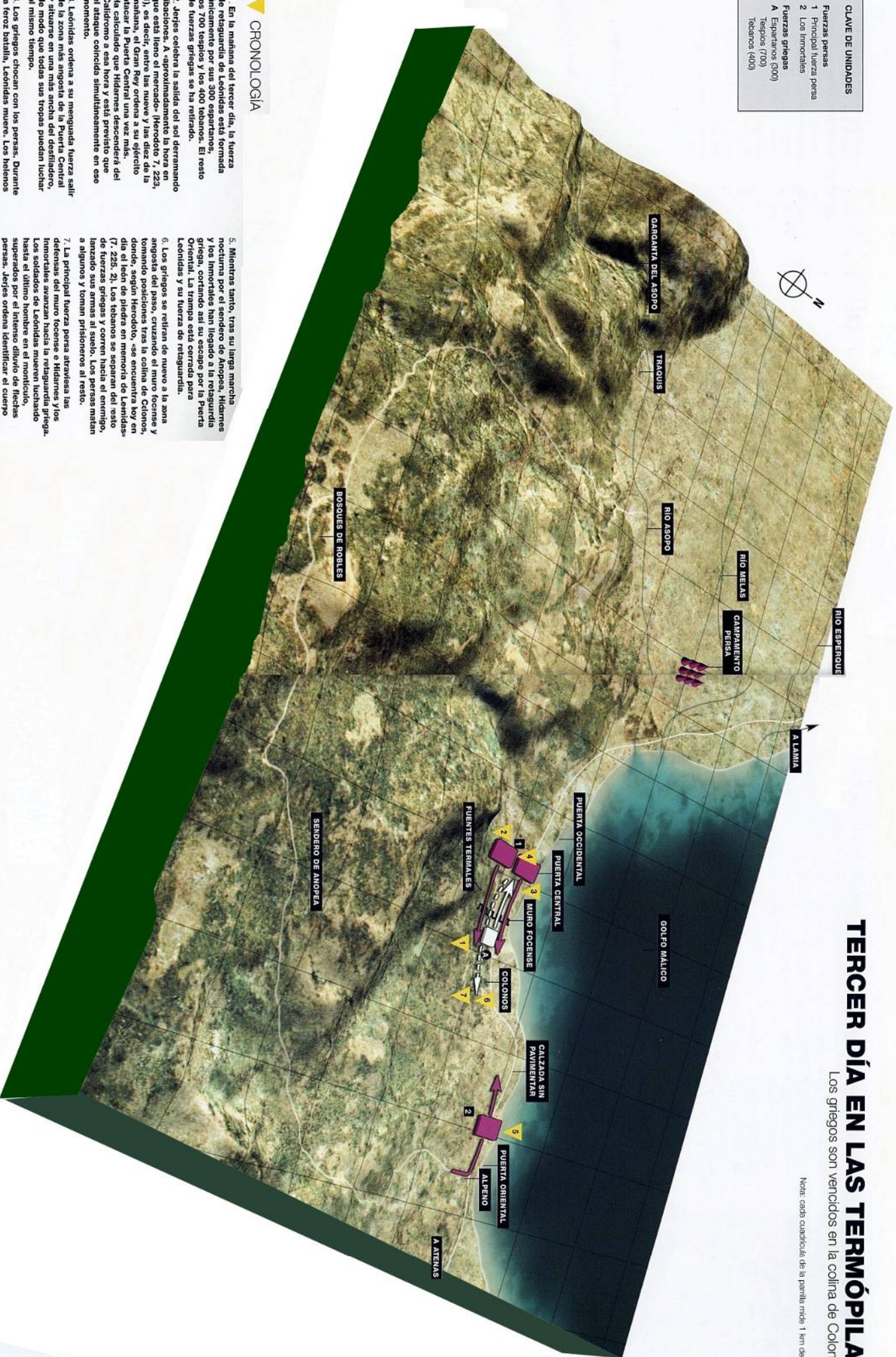
- Fuerzas persas
- 1. Principal fuerza persa
- 2. Los inmortales
- Fuerzas griegas
- A. Esparteros (300)
- Tebanos (700)
- Teucros (400)



TERCER DÍA EN LAS TERMÓPILAS

Los griegos son vencidos en la colina de Colonos.

Note: cada cuadrícula de la pantalla mide 1 km de lado.



CRONOLOGÍA

1. En la mañana del tercer día, la fuerza de retaguardia de Leónidas está formada únicamente por sus 300 espartanos, los 700 tebanos y los 400 teucros. El resto de fuerzas griegas se ha retirado.
2. Jerjes celebra la salida del sol derramando libaciones. A «aproximadamente la hora en que está lleno el mercado» (Herodoto 7, 223, 1), es decir, entre las nueve y las diez de la mañana, el Gran Rey ordena a su ejército atacar la Puerta Central una vez más.
3. Los soldados de la retaguardia del ejército de Leónidas están presionados por el ataque coincida simultáneamente en ese momento.
3. Leónidas ordena a su menegada fuerza salir de la zona más angosta de la Puerta Central y situarse en una más ancha del desfiladero, de modo que todas sus tropas puedan luchar al mismo tiempo.
4. Los griegos chocan con los persas. Durante la feroz batalla, Leónidas muere. Los helenos terminan por ganar una violenta y prolongada reñidera para recuperar el cuerpo de su rey.
5. Mientras tanto, tras su larga marcha nocturna por el sendero de Anopea, Hidarnes y los Inmortales han llegado a la retaguardia griega, covando así su escape por la Puerta Oriental. La trampa está cerrada para Leónidas y su fuerza de retaguardia.
6. Los griegos se retiran de nuevo a la zona angosta del paso, cruzando el muro focense y tomando posiciones tras la colina de Colonos, donde, según Herodoto, «se encuentra hoy en día el león de piedra en memoria de Leónidas» (7, 225, 2). Los tebanos se separan del resto de fuerzas griegas y corren hacia el enemigo, lanzando sus armas al suelo. Los persas matan a algunos y toman prisioneros al resto.
7. La principal fuerza persa atraviesa las defensas del muro focense e Hidarnes y los Inmortales avanzan hacia la retaguardia griega. Los soldados de Leónidas mueren luchando hasta el último hombre en el montículo, superados por el intenso diluvio de flechas persas. Jerjes ordena identificar el cuerpo del rey espartano, separa la cabeza del cuerpo y la coloca en una pica a la vista de todos.



La muerte de Leónidas; detalle del friso izquierdo del monumento a las Termópilas. Tras una lucha digna de Homero, los espartanos consiguieron acercarse al cuerpo sin vida de su rey. Su muerte, predicha por un oráculo, fue interpretada como el sacrificio necesario que permitiría a los griegos vencer a los persas en la guerra. (Colección del autor)

galantes tespios y tebanos, era que avanzaba de manera organizada y calculada al son de la música del *aulos*. Los espartanos tenían bastante confianza y habilidad como para marchar sin la ventaja inicial, que la mayor parte de los ejércitos helenos buscaban en el impacto de una carga lo más rápida que pudiera conseguir un hoplita bajo el peso de sus armas y sus corazas bajo el sol del Mediterráneo.

Mientras tanto, los persas empezaban a tensar sus arcos y a apuntar al compacto muro de escudos de los hoplitas, que avanzaban lentamente. En este punto, los griegos efectuaron su acostumbrado sacrificio de sangre y continuaron avanzando. Entonces, mientras las flechas enemigas empezaban a volar, Leónidas probablemente rompió la tradición espartana y ordenó a sus hombres cargar a toda velocidad contra los persas, dando inicio a un terrible enfrentamiento. El rey, que guiaba la batalla desde el frente de la refriega, no tenía medios mecánicos de comunicación; su principal función aquella mañana desesperada era mantener lo más alta posible la moral de su pequeño contingente con su ejemplo personal. Herodoto afirma que las bajas entre los persas fueron más importantes que las que sufrieron en los dos días anteriores, pues muchos enemigos se precipitaron al mar o fueron pisoteados por sus camaradas «mientras sus comandantes hacían estallar el látigo de forma indiscriminada» (7, 223, 3). Incluso si se tolera un cierto grado de exageración, es muy posible que tuviera razón. Una vez más, al avanzar (o correr), los helenos negaban a los arqueros persas un objetivo estático sobre el que descargar sus flechas, y si se hubieran desplegado en un frente más amplio, habrían infligido bajas aún mayores.

Los griegos lucharon sin piedad. Pero entonces, el propio Leónidas cayó. Aquello no sólo dejaba a los helenos sin líder temporalmente, sino que los espartanos nunca habrían abandonado el cuerpo del rey en aquel lugar, en medio del polvo y los caídos en la batalla. Así pues, los griegos no se retiraron, sino que empezaron una lucha aún más feroz alrededor del cuerpo sin vida del rey. En una escena que podría haber surgido directamente de la *Iliada*, Herodoto describe que hubo «muchos empujones» (*othismos... pollos*, 7, 225, 1) y, tras rechazar al enemigo hasta cuatro veces, arrastraron el cuerpo a la retaguardia junto a sus agotados soldados.

Los helenos que quedaron en primera línea vieron a los Inmortales que se acercaban y se retiraron hacia la parte angosta del paso, cruzando el muro focense y tomando una posición sobre la loma, donde, en palabras de Herodoto «se alza hoy el león de piedra erigido en memoria de Leónidas» (7, 225, 2). En este punto resistieron los griegos, a excepción de los tebanos, que se apartaron del resto y corrieron hacia el enemigo, arrojando al suelo las armas y alzando las manos en señal de rendición. Algunos de ellos murieron inevitablemente a manos de hombres que aún estaban sedientos de sangre, pero la mayoría de los que se entregaron fueron hechos prisioneros y marcados con el sello del Gran Rey.

El último acto de la tragedia terminó pronto. De la última resistencia nos cuenta Herodoto que a ninguno de los defensores les quedaban lanzas y que luchaban «con sus espadas, si las tenían y, si no, con uñas y dientes» (7, 255, 3). Pero los atacantes derrumbaron el muro focense y se precipitaron por la brecha, e Hidarnes y sus hombres los sorprendieron finalmente por la retaguardia. Un dato significativo que nos aporta Herodoto afirma que los persas «finalmente los superaron con sus flechas» (7, 225, 3), de manera que incluso en los momentos finales de la batalla el arma persa por elección era la flecha, disparada desde una prudente distancia.

ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Pese a que se trata de un relato espléndido, no puede tomarse al pie de la letra la trágica narración de Herodoto sobre la última resistencia de los griegos, pues no tenemos más remedio que preguntarnos cómo se enteró él de tanto detalle si todos los griegos murieron en la batalla. Por supuesto, es posible que algunos de los tebanos supervivientes se encontraran lo bastante cerca como para ver lo sucedido. Curiosamente, Herodoto cuenta que, mientras se rendían, los tebanos gritaron a los persas que «estaban en las Termópilas contra su voluntad» (7, 233, 1). No hay razón alguna para dudar de que al menos algunos de los tebanos, tras decidir que ya habían hecho bastante para una causa desesperada, optaron por rendirse y sobrevivir antes que enfrentarse a una muerte cierta.

Aun así, hay un fuerte componente de parcialidad... probablemente derivado de una fuente ateniense, en los comentarios de Herodoto sobre los tebanos, tanto aquí como en otros relatos de su narración de la batalla. Por ejemplo, afirma (2, 205, 3) que Leónidas estaba muy ansioso por recoger el contingente de Tebas que se llevó a las Termópilas a causa de graves acusaciones de «medismo» contra los tebanos. En realidad, es posible que los espartanos todavía tuvieran esperanzas de que los tebanos les apoyarían, aunque, supuestamente, esperaban un contingente superior a los 400 hoplitas que les proporcionaron, dado que Tebas era la principal *polis* de Beocia. Quizá los tebanos que estaban con Leónidas eran una representación de aquellos entre los suyos que estaban inclinados a resistir a los persas. Como afirma Diodoro, eran «del otro bando» (11, 4, 7). Más tarde, tras las Termópilas, todos los beocios, excepto Tespis (enemiga de Tebas) y Platea (aliada de Atenas), cometieron «medismo», de modo que la reputación de todos los tebanos quedó en entredicho cuando los persas fueron rechazados por fin al año siguiente. La posteridad se encargaría de inmortalizar a los Trescientos y sólo a ellos.

La leyenda de las Termópilas, la historia de una derrota gloriosa, no tardaría en nacer. Herodoto (7, 224, 1) relató con orgullo que había aprendido de memoria los nombres de los Trescientos. Como era de esperar, sólo menciona a los ilotas, servidores de estos heroicos espartanos, para decir que uno de ellos encaró a su amo ciego en la dirección de la batalla, para luego, vergonzosamente, «huir pies para qué os quiero» (7, 229, 1). Aun así, después de la batalla se hace una referencia de paso a los cuerpos de los ilotas que cubrían el campo de batalla (8, 25, 1), de lo que parece justo inferir que muchos de los 300 ilotas lucharon junto a los hoplitas espartanos con armas ligeras. Éste fue ciertamente el caso de los ilotas de Platea al año siguiente, pues afirma Herodoto que de algún modo estaban «armados para la batalla» (9, 28). Parece que los ilotas proporcionaban a los amos espartanos más que la base económica de un estilo de vida único, pues también les acompañaban en campaña, donde no sólo cargaban con el equipo y las provisiones, sino que plantaban las tiendas, iban a buscar agua, cocinaban y, armados con jabalinas o picas, incluso luchaban. Para los estudiosos antiguos, los ilotas eran considerados gentes «entre esclavas y libres».

El impacto de las Termópilas fue principalmente ideológico, una lucha entre hombres libres y esclavos, y así nació el *leitmotiv* de que los griegos en general y los espartanos en particular lucharon por voluntad propia, pero siempre obedeciendo a sus leyes y costumbres (Herodoto 7, 104, 3). Como lanceros, buscaban la batalla abierta y el combate cuerpo a cuerpo. Los persas,



Grupo de estatuas (Atenas, Museo Arqueológico Nacional, 3335) de Afrodita, Eros y Pan, procedente de Delos (h. 100 a.C.). El lujurioso Eros, que sólo en algunos momentos se encuentra bajo el control de su madre, Afrodita, no es una deidad asociada habitualmente con los sufridos espartanos. Sin embargo, justo antes de la batalla, éstos «ofrecían un sacrificio al dios del amor». (Colección del autor)





LA CAÍDA DE LEÓNIDAS (páginas 86-87)

En el famoso último día en las Termópilas, los griegos que quedaban en pie no aguardaron pasivamente al asalto del enemigo. En lugar de ello, según Herodoto (7, 223, 2), se situaron en una zona más amplia del paso. La lucha fue feroz, pues cuando la mayor parte de sus lanzas, el arma principal de los hoplitas, se hubieron partido, empezaron a luchar con sus espadas. Peor aún fue cuando Leónidas (1) cayó, pues aquello no sólo hizo que los helenos se quedaran temporalmente sin jefe, sino que también animó a los espartanos supervivientes a negarse a la retirada hasta que hubieran recuperado el cadáver del rey. Herodoto dice que «hubo muchos empujones» (7, 225, 1) hasta que los griegos lograron recuperarlo, y rechazaron al enemigo en cuatro ocasiones. La caída del rey fue el catalizador de una muestra de valor aún más feroz por parte de los espartanos, claramente visibles con sus túnicas escarlata (2). Entre los muchos persas que cayeron para obtener tan preciado tesoro se encontraron dos medio hermanos de Jerjes. Los espartanos, cegados por el polvo que levantaban miles de pies de ambos bandos, lucharon denodadamente en lo que parecía un mar de persas, que luchaban con *sagaris* (3), *akinakes* (4), lanzas y arcos. Durante una agotadora hora, las tropas continuaron luchando con uñas y dientes. Afirma Jenofonte que el legislador Licurgo había ordenado a los espartanos lucir mantos y túnicas de color escarlata, atuendos «menos afeminados y más propios de un guerrero» y llevar escudos de bronce, ya que dicho material «es fácil de pulir y difícil de deslustrar» (*La República de los lacedemonios* 11, 3). El manto militar espartano, conocida como *tribon*, se describe habitualmente

en términos de «mísera» (*phaulos*), es decir, fina, en oposición a corta. De hecho, la austeridad era el signo distintivo del estilo de vida espartano, y un espartiatá siempre mostraba claramente su severidad empleando, tanto en verano como en invierno, un único manto fino que nunca se lavaba. Este elemento en particular del uniforme del hoplita se atesoraba por encima de todos los demás, pues, si creemos a Plutarco (*Licurgo* 27, 1), éste sería enterrado sin más bienes que el manto escarlata y una corona de olivo en la cabeza. Por supuesto, por razones puramente prácticas, los espartanos se quitaban el manto antes del inicio de la batalla y lo dejaban en el campamento. Incluso en este caso, observa Plutarco (*Obras morales y de costumbres* 238F) sólo la túnica escarlata habría provocado el terror en un oponente poco experimentado y habría ayudado a disfrazar las heridas de batalla. La túnica (*chityn*) propiamente dicha podía ser una pieza de lana relativamente gruesa, aunque en aquella época era bastante ligera y a menudo se empleaba el lino en lugar de la lana. A menudo carecía de mangas y cubría al soldado desde los hombros hasta las rodillas. Mientras el uniforme, en el sentido de atuendo nacional militar confeccionado principalmente de tela y codificado de acuerdo con ciertas reglas, es un concepto relativamente moderno, para Esparta, con su íntima relación entre organización social y poderío militar, la adopción de un atuendo distintivo iba más allá de la simple idea de mostrarse distinto al enemigo. Pues la fuerza del ejército espartano no recaía únicamente en su profesionalidad, sino también en su formidable apariencia, pensada para producir el terror en los corazones de los enemigos de Esparta.



por otro lado, estaban sujetos a los caprichos de un solo hombre y sólo luchaban bajo la coerción del látigo (Herodoto 7, 103, 4; 223, 3). Eran «cobardes serviles», porque, en calidad de arqueros, evitaban el combate cuerpo a cuerpo. En Persia, el Gran Rey era el Estado, mientras que en Grecia eran los hoplitas quienes formaban el Estado. Resulta difícil separar el mito de la realidad, en especial en el caso de esta legendaria batalla.

Así que, mientras la posteridad recuerda a los Trescientos que entregaron sus vidas voluntariamente en las Termópilas, pocos se acuerdan de que más del doble de tespios murió aquel mismo día. El contingente de 700 tespios, con su *strategos* que llevaba el dionisiaco nombre de Ditirambo, probablemente estaba formado por todos los hombres adultos de Tespis aptos para el servicio como hoplitas. Fue un llamamiento extraordinario el que dejó las *poleis* sin sus ciudadanos terratenientes. Se han ofrecido varias explicaciones que dan cuenta de aquel extraordinario valor, desde la fatalista noción de que nada les quedaba en una Beocia «medizada» y dominada por su odiado rival, Tebas, hasta una genuina creencia de que su valor proporcionaría un tiempo valioso a sus mujeres y a sus hijos para evacuar Tespis.

A pesar de todo ello, es cierto que los tespios lucharon con testarudo coraje: más adelante se dice de ellos que decidieron mantenerse firmes y enfrentarse a la destrucción al menos en otras dos ocasiones: en Delión, en el 424 a.C. (Tucídides 4, 96, 3), y de nuevo en Nemea en el 394 a.C. (Jenofonte, *Helénicas* 4, 2, 20). Sea como fuere, de los 1.400 griegos que permanecieron con Leónidas, los fallecidos tespios representan al menos el 50 por ciento de los que fueron aniquilados, un porcentaje considerable cuando recordamos que formaban sólo el diez por ciento de la fuerza original helena de 7.000 hoplitas (Hanson, 1999).

Jerjes, ciertamente, no olvidó a Leónidas. Herodoto comenta (7, 238, 1) que el Gran Rey identificó el cuerpo del rey espartano y ordenó que se le cortara la cabeza y la colocaran en una pica a la vista de todos. Los otros griegos muertos, incluyendo los cadáveres de los ilotas, fueron reunidos y amontonados para que los vigías de la flota pudieran verlos. Sin embargo, el intento de Jerjes para ocultar sus propias pérdidas –enterró a toda prisa a apenas 1.000 de los 20.000 que murieron (Herodoto 8, 24, 1)– no engañó a nadie. Es posible que las bajas persas no alcanzaran los 20.000, como destaca Lazenby (1993: 148), pero sumaban más de 1.000. Humillación para un rey, las Termópilas fue la hora de gloria para otro.

Fuente de inspiración de escritores de todos los tiempos, tanto buenos como malos, desde Simónides y Herodoto, las Termópilas son una historia de oro que se ha narrado en innumerables ocasiones. En los tiempos más recientes ha aparecido la novela gráfica adaptada de la película de Hollywood *The Three Hundred Spartans* (1962), publicada como *El León de Esparta* (título castellano del filme), un trabajo pesado y poco inspirado, mientras que la producción en cinco partes titulada *Three Hundred* (1998) es una mezcla de conceptos. Por fortuna, existe la novela de Steven Pressfield *Gates of Fire* (*Puertas de fuego*, 1998), una magnífica narración épica llena de la mejor tragedia histórica que se puede leer. Las escenas de la carnicería y horror que acompañan a la batalla están descritas con todo lujo de detalles, lo que la hacen aún más desgarradora. La guerra, como comenta el narrador ilota de Pressfield, no es ni glamurosa ni heroica, pero entre el hedor a sangre y orina de la batalla, los hombres son capaces de increíbles actos de valor.



А. Шепельков

EL DÍA DESPUÉS

La masacre de un puñado de hombres en el pequeño paso rocoso de las Termópilas abrió el camino para atacar el Ática. Ahora, la mayor parte de la Grecia central, de buena o mala gana, se inclinó ante los persas, pero las gentes de Tespis y Plataea, ambas en Beocia, se refugiaron en el Peloponeso, y las del Ática fueron evacuadas. Para enfrentarse a esta amenaza en tierra, un enorme ejército griego se encontró en el istmo de Corinto bajo el mando del hermano de Leónidas, Cleombroto, y empezaron a construir un muro fortificado.

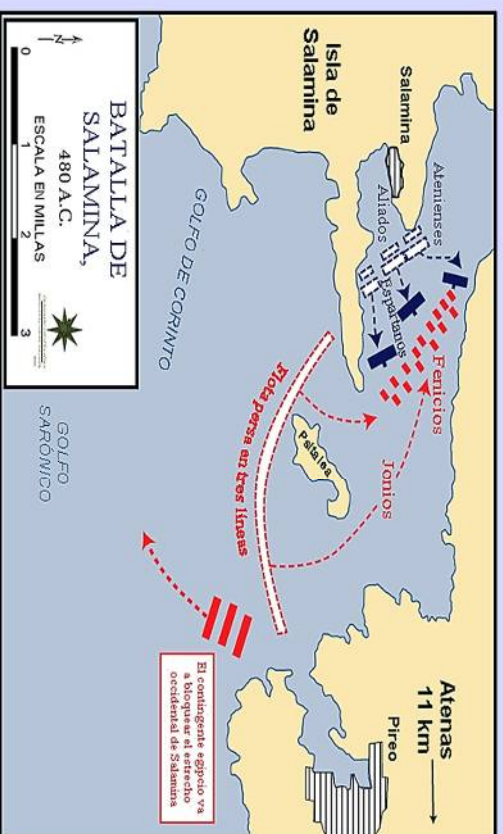
La flota griega, que había resistido sólo para retirarse de Artemisio al enterarse del destino de Leónidas, se apostó en Salamina y fue allí donde tuvo lugar el primer encuentro decisivo de la guerra. La flota persa se aventuró por las angostas aguas entre la isla y el continente, quizá como resultado de un mensaje secreto pero «falso» procedente del almirante ateniense Temístocles, y fue diezmada. Posiblemente, todavía tenía más bajelos que los griegos, pero ya no valía la pena entablar batalla y la moral de las tropas estaba baja. Entonces, dio la vuelta y atravesó el Egeo para refugiarse en Anatolia, seguido por el mismísimo Jerjes. Sin embargo, no cabía la menor duda de que el Gran Rey regresó a su palacio de invierno en Susa, con las manos asiendo fuertemente las riendas del Imperio.

Salamina no significó el final de la guerra, aunque, en medio de la euforia, los griegos pudieron pensar que así fue y entregaron ofrendas por la victoria, tratando de decidir quién debía ser premiado por su participación en ella. Pero el ejército persa, aumentado ahora por los griegos «mezclados» de Tesalia y Beocia, todavía seguía siendo invencible. Así que, probablemente, Jerjes dejó atrás el grueso de sus fuerzas terrestres para amenazar el Ática y el Peloponeso, al mando de su muy capaz primo Mardonio, que había sido el halcón en cabeza en la corte y el principal abogado de la épica invasión.

Además de general, Mardonio era un estratega y un diplomático. Pasó el invierno en Tesalia y, en calidad de sátrapa de Grecia, trató por medios diplomáticos de arrastrar a Atenas a su bando. Cuando fracasó, marchó de nuevo hacia el sur a principios del verano, obligando a una nueva evacuación del Ática y a la retirada a Salamina. Otro emisario, esta vez mandado a Salamina, tampoco pudo convencer a los atenienses. Sin embargo, la actitud vacilante de Esparta casi tuvo éxito allí donde la diplomacia persa había fracasado, y hubo un momento en que Atenas amenazó con hacer las paces con los persas. Al final, los espartanos se dieron cuenta de que sus céfensas en el istmo, un rugoso cuello de tierra que se estrecha hasta una anchura de unos 8 km, no les habría salvado si la armada ateniense caía bajo el control de los persas. Podría haber otras Termópilas. De modo que movilizaron a su ejército, que esta vez no estaba bajo el mando de Cleombroto, pues había fallecido recientemente, sino bajo el de Pausanias, su hijo y regente de su primo Plisarco, hijo de Leónidas.

Batalla de Salamina

Para los griegos, la única esperanza real de lograr una victoria definitiva era atraer a los persas a un lugar estrecho, donde su número no sería tan decisivo. En la batalla en Artemisio habían intentado minimizar la ventaja numérica persa, pero al final los griegos se dieron cuenta que necesitaban un paso aún más estrecho para derrotarlos. Por lo tanto, intentándose en los canales de Salamina para atacar a los helenos, los persas estaban jugando en el terreno que quería su enemigo. Está claro que los persas no habrían hecho eso de no estar seguros de su victoria, por lo que es evidente que el artífiz de Temístocles desempeñó un papel clave para inclinar la balanza a favor de los griegos. Salamina fue, para los persas, una batalla innecesaria y un error estratégico. El desarrollo de la batalla de Salamina no es muy bien descrito por las fuentes antiguas, y es poco probable que ninguno de los que estuviera implicado en ella, a excepción de Jerjes desde su privilegiado trono, tuviera una idea clara de lo que estaba sucediendo en todo lo ancho de los estrechos. En la flota aliada, los atenienses estaban a la izquierda, en la derecha probablemente los espartanos (aunque Diodoro dice que allí estaban los barcos de Megara y Egira) y en el centro el resto de aliados. La flota aliada probablemente formó en dos líneas, ya que los estrechos no tienen anchura para una única línea de navíos. Heródoto habla de una flota helena alineada de norte a sur, probablemente con el flanco norte frente a la costa de la actual isle Saint George, y el flanco sur junto a la costa del cabo Vavari, parte de Salamina. Parece seguro que la flota medía fue enviada a bloquear la salida de los estrechos la tarde antes de la batalla. Heródoto creyó que la flota persa en realidad entró en los estrechos al caer la noche con la intención de capturar a los aliados que huían. Sin embargo, y aunque algunos creen el relato de Heródoto, los historiadores actuales han discutido largamente este punto en consideración de las grandes dificultades para maniobrar en un espacio tan confinado en la oscuridad. Así pues, hay dos posibilidades: que durante la noche los persas simplemente bloquearon la salida de los estrechos y entraron en ellos al amanecer, o que entraron en los estrechos y se desplegaron para la batalla durante la noche.



Movimientos iniciales de las flotas griega y persa en Salamina: los efectivos persas aparecen en rojo y los griegos en azul.

Independientemente de cuando lo intentaron, parece evidente que los persas viraron su flota frente a la punta del cabo Vavari, por lo que a partir de una alineación inicial este-oeste (bloqueando la salida) acabaron en una disposición norte-sur. Parece que la flota persa se desplegó en tres líneas, según Esquilo, con la poderosa flota fenicia en su flanco derecho junto al monte Argileos, el contingente jonio en el flanco izquierdo y el resto en el centro. Diodoro dice que la flota egipcia fue enviada a circunavegar Salamina por el sur y bloquear la salida norte de los estrechos. Si Jerjes quería atrapar completamente a los aliados, esta maniobra tendría sentido (especialmente si esperaba que los aliados no lucharan. Jerjes también había desplegado unos 400 soldados en la isla llamada Psitalia, en el centro de la salida de los estrechos, con la orden de matar o capturar cualquier griego que pusiera pie en ella como consecuencia de un naufragio o un encallamiento. Una vez que la primera línea de barcos persas fue embestida por los helenos, esta obstaculizó las acciones de la segunda y tercera línea. En el flanco izquierdo de los griegos el almirante persa Atimenes, hermano de Jerjes, cayó muerto muy pronto. Sin liderazgo y desorganizados, los escuadrones fenicios fueron empujados hacia la costa, donde muchos de sus barcos quedaron varados. En el centro, los barcos aliados hicieron cuña a través de las naves persas y dividieron a la armada medía en dos. La flota persa comenzó a retroceder hacia Falero, pero según Heródoto, fue emboscada por los egipcios cuando trataban de salir de los estrechos. Los restos de barcos persas llegaron como pudieron al puerto de Falero junto al resto del ejército persa. Entonces el general ateniense Aristides lideró un destacamento de soldados hasta el islote de Psitalia para aniquilar a la guarnición que Jerjes había dejado allí. El rey persa, sentado en su trono del monte Argileos, fue testigo de la masacre de su armada. Algunos capitanes de los barcos fenicios naufragados trataron de culpar a los jónicos por su cobardía ante el final de la batalla.



Batalla de Salamina

La batalla de Platea



Tras el fracaso de los sucesivos intentos para vencer la oposición de los helenos manipulando los diversos intereses de las facciones políticas y de los estados rivales, Mardonio regresó a Beocia, que le ofrecía una base amiga, provisiones abundantes y un terreno excelente para su caballería. Fue allí, en las afueras de Platea, donde tuvo lugar el encuentro final, probablemente en el mes que ahora se conoce como agosto, cuando el mayor ejército de hoplitas jamás reunido, unos 38.700 según Herodoto (9, 29, 1), aniquiló a la masa de tropas asiáticas de Mardonio. La «lanza doria» había vencido claramente a la «brida y al arco» persa, y la muerte de Mardonio, bien visible en su corcel blanco y «rodeado por sus miles de soldados persas, la flor y nata del ejército» (Herodoto 9, 63, 1) zanjó la cuestión de una vez por todas.

Al final, los griegos vencieron no gracias a una táctica o a una estrategia brillante, ni tampoco por su mejor entrenamiento y superior equipo, sino

porque, en las dos batallas más importantes los persas se dejaron arrastrar a un tipo de lucha que no era adecuada para ellos. En Salamina, la franja de agua en la que se enfrentaron ambos rivales, redujo a la nada la superioridad numérica de los persas –si es que todavía gozaban de ella– y limitó la velocidad y la maniobrabilidad de sus barcos. Jerjes estaba en peligro y su armada, destruida. En Platea, cuando el enemigo huyó, Mardonio se metió en un enfrentamiento mucho más adecuado para los hoplitas que para sus tropas, más móviles y armadas con arcos y flechas. La lucha en el campo de Platea terminó como una batalla entre soldados más que en una dirigida por generales, y Mardonio perdió la vida y su ejército.

Así pues, la verdadera razón de la derrota persa fue la que adujeron los enviados corintios al congreso que se celebró en Esparta la víspera de un nuevo y más destructivo conflicto, la guerra del Peloponeso: «Los bárbaros cayeron sobre todo por su propia culpa» (Tucídides 1, 69, 5). No opinaba lo mismo Herodoto (7, 139, 5), que prefería hacer hincapié en la contribución y el sacrificio de los atenienses. El suyo era un punto de vista muy válido. Ningún general capaz podría haber resistido durante dos días enteros en las Termópilas. Por supuesto, en cuanto Jerjes recurrió a Efilates, reaccionó del modo correcto. Sus soldados, por otro lado, lucharon con lealtad, aunque carecían de derechos políticos y no les inspiraba el sentido de la libertad en democracia. En este sentido, los persas rehusaban muchos de los estereotipos populares sobre los soldados y la condición humana.



Batalla de Platea

LA BATALLA DE PLATEA

En la llanura de Platea se congregó el mayor ejército de hoplitas jamás reunido hasta entonces; esta infantería pesadamente armada arrolló a la infantería ligera persa - que constituía el grueso del ejército de Mardoqueo - en el choque final. Este llegó después de que los griegos, sabiéndose superiores en campo abierto, lograsen provocar una batalla tras cambiar de posición hasta dos veces.

5 EL CAMPO PERSA

Mardoqueo había instalado su campamento protegido por una muralla de madera, tras el río Asopo. Consistió de la superioridad de la infantería griega, esta que la suya cruce el río y trabaje en combate.

6 FRENTE A FRENTE

Los persas se desplazan por la otra orilla del Asopo. Según Herodoto, sus efectivos sumaban 300.000 hombres, frente a 110.000 griegos.

7 LUCHA POR LOS PASOS

Pasados ocho días desde la toma de posiciones en Platea por los griegos, mardoqueo envía la caballería, con el río Oero, con el propósito de mantener el control de los pasos occidentales del Citerón.

8 LA FUENTE, CEGADA

Dos días después de la toma del paso de Gipeocastro, Mardoqueo manda la caballería a cegar la fuente Gargafía, empresa de la que los persas salen victoriosos. Los griegos sufren la falta de agua y víveres.

9 REPLIEGUE GRIEGO

Ante la falta de agua, el ejército griego decide abandonar su segunda posición para replegarse tras el río Oero, con el propósito de mantener el control de los pasos occidentales del Citerón.

10 EL ATAQUE FINAL

Cuando espartanos y atenienses, que han protegido el repliegue de los otros cuerpos de ejército, se están repliegando a su vez, Mardoqueo confunde la maniobra con una retirada y ordena el ataque.

1 EL PASO DEL CITERON

Los griegos cruzan el Citerón, la cadena montañosa que separa las regiones de Aica y Beotia, por el paso de Gipeocastro (el único cuya anchura permite el tránsito de carros) y acampan al pie del monte.

2 PRIMERA POSICIÓN

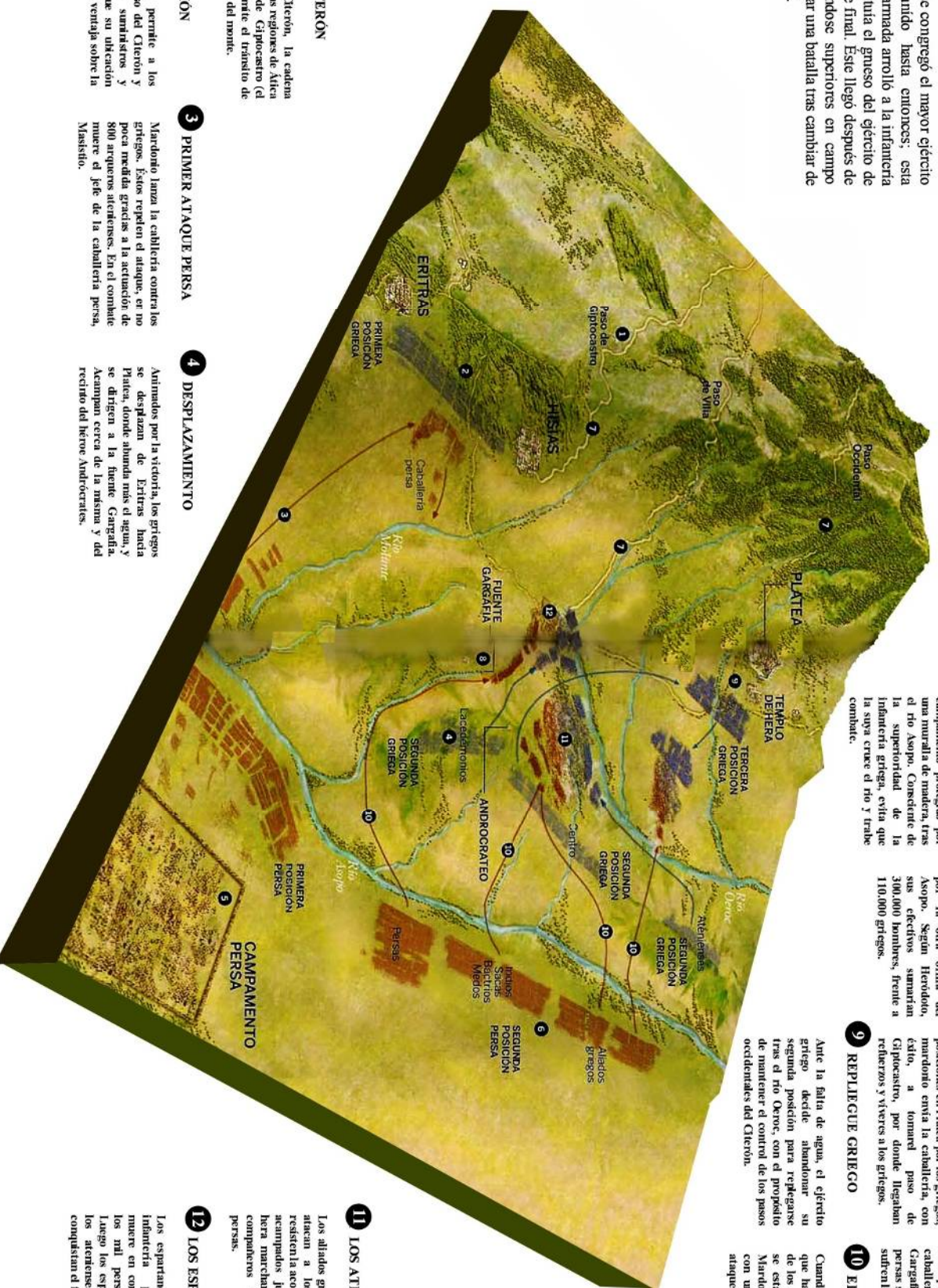
Esta primera posición permite a los griegos controlar el paso del Citerón y asegurar el flujo de suministros y rehenos, al tiempo que su ubicación más elevada les confiere ventaja sobre la caballería persa.

3 PRIMER ATAQUE PERSA

Mardoqueo lanza la caballería contra los griegos. Éstos repelen el ataque, e incluso matan a muchos persas. En el combate muere el jefe de la caballería persa, Masiesto.

4 DESPLAZAMIENTO

Animados por la victoria, los griegos se desplazan de Eritras hacia Platea, donde abunda más el agua, y se dirigen a la fuente Gargafía. Acampan cerca de la misma y del recinto del héroe Andrócrates.



11 LOS ATENIENSES

Los aliados griegos de Mardoqueo atacan a los atenienses, que resisten la acometida. Los griegos acampan juntos al templo de Hera marchan en ayuda de los compañeros atacados por los persas.

12 LOS ESPARTANOS

Los espartanos destruyen a la infantería persa. Mardoqueo muere en combate, rodeado de los mil persas más valientes. Luego los espartanos, junto con los atenienses y los tegeatas, conquistaron el fuerte persa.

En cuanto a Efiltes, huyó a Tesalia temiendo por su vida. Se puso precio a su cabeza y, aunque murió en una reyerta a manos de otro hombre de Traquis, los espartanos entregaron el dinero de la recompensa a su asesino (Herodoto 7, 213, 2).

La derrota de Jerjes fue un acontecimiento fundamental a la hora de forjar un fuerte sentido de cultura griega e identidad étnica que contribuiría a la sensación de que los helenos y los «bárbaros» estaban separados por un mar casi infranqueable. Sobre todo en Atenas, este concepto se transformó rápidamente en una lucha ideológica entre el despotismo y la libertad, la lujuria y la pobreza. Pronto adquirió proporciones míticas, y su importancia se hace patente por el hecho de que se asocia al desarrollo del edificio a gran escala de los primeros monumentos permanentes dedicados a la victoria, así como a un sinfín de poemas y obras teatrales que celebraron y glorificaron la victoria de los helenos. Su perdurable importancia se muestra por el hecho de que, casi medio siglo después, los atenienses harían referencia a su servicio en la guerra contra los persas como excusa por su posición imperial sobre otros estados griegos. Para la mayoría de la gente, el gran salvador de Grecia los esclavizaba en el presente.

La libertad es, por encima de todo, democrática y, como afirmaba Sófocles, «los hombres libres tienen lenguas libres» (927a Lloyd-Jones). En su tierra, la democrática Atenas era símbolo de libertad e igualdad. Los atenienses incluso tenían unas trirremes llamadas *Demokratia* (Democracia), *Eleutheria* (Libertad) y *Parrhesia* (Libertad de expresión). Fuera de ella, la Atenas imperial no dudaba en emplear todos los medios a su alcance para reforzar su autoridad sobre el «imperio de islas» que gobernaba. Éste fue el imperio más poderoso de la historia de Grecia y fue su armada, el legado de Temístocles, el arma con la que los atenienses alcanzaron y mantuvieron su poder y su prosperidad. Tras enfrentarse a Jerjes en nombre de la libertad, Atenas descubrió que para mantener su libertad en sus propias tierras se vería obligada a forjar compromisos difíciles fuera de ellas.



porque, en las dos batallas más importantes los persas se dejaron arrastrar a un tipo de lucha que no era adecuada para ellos. En Salamina, la franja de agua en la que se enfrentaron ambos rivales, redujo a la nada la superioridad numérica de los persas –si es que todavía gozaban de ella– y limitó la velocidad y la maniobrabilidad de sus barcos. Jerjes estaba en peligro y su armada, destruida. En Platea, cuando el enemigo huyó, Mardonio se metió en un enfrentamiento mucho más adecuado para los hoplitas que para sus tropas, más móviles y armadas con arcos y flechas. La lucha en el campo de Platea terminó como una batalla entre soldados más que en una dirigida por generales, y Mardonio perdió la vida y su ejército.

Así pues, la verdadera razón de la derrota persa fue la que adujeron los enviados corintios al congreso que se celebró en Esparta la víspera de un nuevo y más destructivo conflicto, la guerra del Peloponeso: «Los bárbaros cayeron sobre todo por su propia culpa» (Tucídides 1, 69, 5). No opinaba lo mismo Herodoto (7, 139, 5), que prefería hacer hincapié en la contribución y el sacrificio de los atenienses. El suyo era un punto de vista muy válido. Ningún general capaz podría haber resistido durante dos días enteros en las Termópilas. Por supuesto, en cuanto Jerjes recurrió a Efilates, reaccionó del modo correcto. Sus soldados, por otro lado, lucharon con lealtad, aunque carecían de derechos políticos y no les inspiraba el sentido de la libertad en democracia. En este sentido, los persas rehusaban muchos de los estereotipos populares sobre los soldados y la condición humana.

En cuanto a Efilates, huyó a Tesalia temiendo por su vida. Se puso precio a su cabeza y, aunque murió en una reyerta a manos de otro hombre de Traquis, los espartanos entregaron el dinero de la recompensa a su asesino (Herodoto 7, 213, 2).

La derrota de Jerjes fue un acontecimiento fundamental a la hora de forjar un fuerte sentido de cultura griega e identidad étnica que contribuiría a la sensación de que los helenos y los «bárbaros» estaban separados por un mar casi infranqueable. Sobre todo en Atenas, este concepto se transformó rápidamente en una lucha ideológica entre el despotismo y la libertad, la lujuria y la pobreza. Pronto adquirió proporciones míticas, y su importancia se hace patente por el hecho de que se asocia al desarrollo del edificio a gran escala de los primeros monumentos permanentes dedicados a la victoria, así como a un sinnúmero de poemas y obras teatrales que celebraron y glorificaron la victoria de los helenos. Su perdurable importancia se muestra por el hecho de que, casi medio siglo después, los atenienses harían referencia a su servicio en la guerra contra los persas como excusa por su posición imperial sobre otros estados griegos. Para la mayoría de la gente, el gran salvador de Grecia los esclavizaba en el presente.

La libertad es, por encima de todo, democrática y, como afirmaba Sófocles, «los hombres libres tienen lenguas libres» (927a Lloyd-Jones). En su tierra, la democrática Atenas era símbolo de libertad e igualdad. Los atenienses incluso tenían unas trirremes llamadas *Demokratia* (Democracia), *Eleutheria* (Libertad) y *Parrhesia* (Libertad de expresión). Fuera de ella, la Atenas imperial no dudaba en emplear todos los medios a su alcance para reforzar su autoridad sobre el «imperio de islas» que gobernaba. Éste fue el imperio más poderoso de la historia de Grecia y fue su armada, el legado de Temístocles, el arma con la que los atenienses alcanzaron y mantuvieron su poder y su prosperidad. Tras enfrentarse a Jerjes en nombre de la libertad, Atenas descubrió que para mantener su libertad en sus propias tierras se vería obligada a forjar compromisos difíciles fuera de ellas.

EL CAMPO DE BATALLA, HOY



El valiente «rey león», Leónidas, corona por derecho propio el monumento a las Termópilas. Con barba pero con el labio superior afeitado, un atributo típicamente espartano, contempla el campo de batalla con ojos profundos y expresión desafiante. Fue allí donde murió luchando junto a sus hombres como un jefe guerrero. (Colección del autor)

La mayor parte del terreno de Grecia ha cambiado muy poco desde la Antigüedad, pero hace falta un poco de imaginación para visualizar el paso de las Termópilas tal como era cuando Leónidas llegó a él y visualizar a esos muertos que la eternidad recuerda. En la actualidad, el implacable tráfico de la autopista nacional resuena como un trueno por el paso y se abren llanuras de sal en terrenos que antaño cubría el mar. A lo largo de los siglos, el golfo Málico se ha llenado de lodo y la costa moderna se encuentra a varios kilómetros de distancia del lugar de la acción. En el 480 a.C., sin embargo, el lugar elegido para la línea defensiva estaba cerca del límite del mar y apenas a 15 km a través de la Puerta Central. La carretera moderna coincide con la antigua en la mayor parte de su trazado, a excepción de algunos puntos más angostos donde la calzada antigua discurre hacia el norte. En este lugar, el visitante debe imaginarse que la carretera está más cerca de las montañas, con el mar extendiéndose a unos pocos metros de sus pies.

En 1939, Marinatos identificó el montículo donde resistieron los espartanos, que se alza unos 15 m sobre el campo de batalla y que se conoce como la colina de Colonos. Se hallaba justo allí donde lo situaba Herodoto, cerca de la carretera y justo en el interior del muro focense. En el suelo arenoso, Marinatos encontró grandes cantidades de puntas de flecha, casi todas ellas de tres filos, como las que empleaban los persas, una lanza, probablemente también persa, y una punta posterior, probablemente griega.

Lamentablemente, el león de piedra que Herodoto contempló ya no existe desde hace mucho tiempo, pero tres monumentos modernos se yerguen hoy en día en el campo de batalla de las Termópilas. En este lugar, en 1955, el rey Pablo de los helenos inauguró el monumento a los Trescientos, un monumento de mármol rodeado por una impresionante figura de bronce de un Leónidas «heroicamente desnudo». En la base aparecen escenas de la batalla y cita la lacónica respuesta del rey a la exigencia de Jerjes de que los griegos depusieran las armas. Fue erigido con fondos estadounidenses por el Gobierno de Grecia, no lejos del montículo donde los espartanos resistieron. El segundo monumento se encuentra en el mismo lugar de la resistencia y es, aparentemente, una copia del original: una tabla de mármol rosado en la que aparecen grabadas las famosas palabras de Simónides, las que forman el más breve y más recordado de todos los epitafios del poeta. El tercero y más reciente (1996) es una figura de bronce al estilo de Picasso que celebra el extraordinario valor de los a menudo olvidados tespios.

CRONOLOGÍA

- 559 a.C.** Ciro se convierte en rey de Anshan.
556 a.C. Nacimiento de Simónides en Ceos.
550 a.C. Ciro conquista Media.
546 a.C. Ciro conquista Lidia y somete a los griegos de Asia Menor.
539 a.C. Ciro toma Babilonia tras su victoria en Opis.
530 a.C. Ciro muere en la lucha contra los masagetas. Cambises sube al trono.
527 a.C. Muerte de Pisistrato. Hipias, tirano de Atenas.
525 a.C. Cambises conquista Egipto. Nace Esquilo en Atenas.
524 a.C. Cambises intenta conquistar Cush.
522 a.C. Polícrates de Samos es vencido por los persas.
Muerte de Cambises. Darío toma el poder en Persia.
518 a.C. Nace Píndaro en Tebas.
513 a.C. Darío intenta subyugar a los escitas.
512 a.C. Darío conquista Tracia.
510 a.C. Hipias de Atenas es expulsado con la ayuda de Esparta.
499 a.C. Inicio de la revuelta jónica.
498 a.C. Los atenienses y los eretrios queman Sardes (Lidia).
497 a.C. Los persas aplastan la revuelta en Chipre.
494 a.C. La flota jónica es vencida en Lade.
Los persas destruyen Mileto: fin de la revuelta jónica. Los espartanos derrotan a los argivos en Sepiade: supremacía de Esparta en el Peloponeso.
493 a.C. Victoria persa en Malene.
493/492 a.C. Temístocles, arconte de Atenas.
492 a.C. Las operaciones de Mardonio en Tracia terminan en fracaso.
491 a.C. Darío exige a los estados griegos que se sometan a su gobierno.
490 a.C. Los persas saquean Eretria (Eubea).
Batalla de Maratón.
486 a.C. Jerjes se convierte en Gran Rey.
486 a.C. Revuelta de Egipto.
485 a.C. Revuelta de Babilonia.
484 a.C. Nacimiento de Herodoto en Halicarnaso (Caria).
483 a.C. Los persas empiezan a construir un canal a través del cuello de la península del monte Atos.
483/482 a.C. Se halla un rico yacimiento de plata en Lavrion (Ática): nacimiento de la flota ateniense.
480 a.C. mediados de abril: Jerjes abandona Sardes.
finales de mayo: los griegos en el valle del Tempe.
principios de junio: Jerjes cruza el Helesponto.
finales de junio: Jerjes pasa revista en Dorisco.
finales de agosto: batallas gemelas en Artemisio y las Termópilas.
principios de septiembre: Jerjes entra en Atenas.
finales de septiembre: batalla de Salamina.
principios de octubre: Jerjes regresa a Susa.
479 a.C. principios de junio: Mardonio recupera Atenas.
mediados de julio: movilización de Esparta.
mediados de agosto: batallas de Platea (muerte de Mardonio) y Micala.
478 a.C. Los persas son expulsados de Sesto y Bizancio (Quersoneso).
476 a.C. Los persas son expulsados de Eyón (Tracia).
472 a.C. Esquilo gana el primer premio en las fiestas de Dioniso con su *Persai* (*Los persas*).
466 a.C. Batalla del Eurimedonte (Panfilia).
465 a.C. Asesinato de Jerjes.
456 a.C. Muerte de Esquilo en Gela (Sicilia).
454 a.C. Los persas destruyen la fuerza expedicionaria ateniense en el delta del Nilo.
449 a.C. El ateniense Calias negocia la paz con Persia.
431 a.C. Herodoto regresa a Atenas y muere poco después.